



VIDA  
DE  
San Juan de la Cruz



Apostolado de la Prensa.

13.







VIDA

DE

SAN JUAN DE LA CRUZ



Biblioteca del Apostolado de la Prensa.

---

**VIDA**

DE

SAN JUAN DE LA CRUZ

POR

**UN SOCIO DEL APOSTOLADO**



M A D R I D

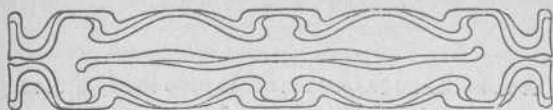
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

7, San Bernardo, 7.

—  
1913

—  
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS  
—





## Vida de San Juan de la Cruz.

### I

SUS PADRES Y PATRIA.—NACIMIENTO DEL SANTO.  
SU EDUCACIÓN.

**F**UÉ el padre de San Juan de la Cruz un caballero de noble familia de Castilla la Vieja, llamado Gonzalo de Yepes. Al quedar éste huérfano, le llevó á su lado uno de sus tíos para que le ayudase en la administración de la hacienda que tenía en Toledo.

Esta ocupación le obligaba á recorrer los pueblos donde radicaban los bienes de su tío, y era muy frecuente que en estos viajes se detuviera en el pueblo de Hontiveros, hospedándose en casa de una honrada viuda, que tenía recogida una honestísima doncella llamada Catalina Álvarez, huérfana y pobre, pero muy bien dotada de atractivos personales por la naturaleza y de muchas virtudes por la gracia divina.

De esta doncella prendóse Gonzalo de Yepes, mas al tratar de hacerla su esposa tropezó con la oposición de su tío y demás parientes, á los que pareció un enlace deshonoroso por lo desigual.

Á Gonzalo no le parecieron de peso semejantes razones, y llevó adelante su propósito, lo que le atrajo la animadversión de todos los suyos y la pérdida de la desahogada posición que ocupaba cerca de su tío, viéndose obligado á ganarse el sustento con el trabajo de sus manos en el humilde oficio de tejedor, prefiriendo atender á sus necesidades y á las de su mujer en clase de menestral, antes que recurrir á medios reprobados para mantenerse en su categoría de caballero.

De su matrimonio con Catalina Álvarez tuvo tres hijos. El primero, que se llamó Francisco, vivió en el estado seglar, pero con vida muy perfecta y de mucha oración, siendo fama que obtuvo muchas gracias espirituales del Señor, hasta que murió en Medina del Campo en gran opinión de santidad.

El segundo hijo de Gonzalo de Yepes y de Catalina Álvarez llamóse Luis, y su tránsito por el mundo fué breve, pues Dios se lo llevó en la infancia, obteniendo con menos esfuerzo y más pronto que sus hermanos la corona de la gloria eterna.

Fué el tercero de los hijos del virtuoso matrimonio, el bienaventurado San Juan de la Cruz, digno remate de tan dichosa familia, toda ella acepta á los ojos de Dios, pues á más de los tres hermanos, escogió también el Señor para sí á los padres, á juzgar por su vida ejemplar y su envidiable muerte. La de Gonzalo de Yepes, después de una vida llena de merecimientos, fué la de un santo. Y en cuanto á la madre, baste decir que Santa Teresa de Jesús la tuvo siempre en gran estima por sus virtudes y la hizo objeto de especial recomendación á sus hijas las re-

ligiosas de Medina del Campo, á las que encargó la atendiesen y cuidasen con gran solicitud y cariño, como lo hicieron mientras vivió, demostrando después de su muerte la estimación que la tenían. Enterraron su cuerpo entre las religiosas y complaciéronse en tenerlo en su convento como una valiosa joya.

San Juan de la Cruz nació al año 1542, y la circunstancia de ignorarse si su santo Patrón era el Evangelista ó el Bautista, lo atribuyen muchos de sus historiadores á designio del cielo, para que sus cualidades se conformasen á las de ambos bienaventurados, porque si fué penitente y dechado de monjes, como el Bautista, fué asimismo elevado escritor, como el Evangelista, y á mayor abundamiento, desde que nació, le eligió la Virgen Santísima para hijo suyo, como bien á las claras lo mostró en todo el curso de la vida del santo carmelita.

A la muerte de su padre, Gonzalo, quedaron San Juan y sus hermanos, todos muy niños, al amparo de su madre, pobre y desvalida, pero confiada en la Providencia de Dios, á cuyo cuidado especial corren las necesidades de los seres más olvidados del mundo. La infeliz viuda no daba descanso á sus manos para poder con el trabajo de ellas sostener á sus pequeñuelos, pero como el pueblo donde residían, Hontiveros, era de muy pocos recursos para obtener algún beneficio de las labores de una mujer, Catalina determinó pasar á Medina del Campo, cuyo gran tráfico á la sazón proporcionaba á la gente trabajadora mayores proporciones de procurarse la subsistencia.

Al cuidado de las necesidades corporales de sus

hijos, unía la santa viuda el celo más exquisito para que en sus almas floreciese la virtud. Con este fin infundió en ellos los principios y fundamentos de nuestra santa fe, enseñándoles á invocar el santo nombre de Dios y el de la Santísima Virgen con amor y reverencia. También les instruyó en los mandamientos de la santa Iglesia y les ejercitó en toda clase de obras de piedad, inspirándoles asimismo el amor á todo lo bueno y el más profundo aborrecimiento á todo lo malo.

Todos sus hijos oían á Catalina con recogida atención y profundo respeto, y lo que aun era mejor, todos ellos procuraban atemperar sus actos á sus enseñanzas, pero el que con más interés la oía y con más fidelidad observaba sus consejos, era Juan, el tercero de sus hijos, cuya predisposición á todo lo bueno hallaba en las enseñanzas de su virtuosa madre una conformidad en gran modo sorprendente con los sentimientos de su corazón y con las aspiraciones de su alma.

Lleno de humilde mansedumbre desmentía á su edad por su recogimiento, y aunque procuraba encubrirlas con su modestia, ya comenzaban á brillar en él las virtudes que con el tiempo habían de elevarle á la veneración pública en los altares.

Comenzaron á manifestarse en él las señales de una especialísima predilección del Señor y de su Santísima Madre, mostrándose para él la Providencia divina solícita en acudir á sus necesidades y pronta en socorrerle en toda clase de peligros.

En uno se halló muy grande, según refieren sus biógrafos, cuando era de poca edad y jugaba cierto

día, con el descuido propio de sus cortos años, junto á una balsa llena de agua.

El juego á que con otros muchachos de su edad se entregaba, consistía en arrojar á la balsa con todo el ímpetu que permitían sus infantiles fuerzas, unas varas de punta para que se hundieran un momento y cogerlas luego cuando volvieran á aparecer en la superficie del agua. Una de las veces que á Juan tocó echar su vara se le venció el cuerpo y fué tras ella al agua, hundiéndose en ella, pero volviendo á la superficie como si fuese una de las varitas con que jugaba y sin que se advirtiera en su semblante la más leve turbación ni el menor asomo de zozobra.

Los que presenciaron el caso vieron con asombro que el niño se mantenía con la parte superior del cuerpo fuera del agua, y que así se sostenía sin ayuda aparente de nadie, hasta que, llegándose á la balsa un labrador desconocido, le alargó la vara que llevaba, á la que se asió Juan, saliendo sano y salvo de las aguas.

Como su actitud durante el tiempo que estuvo en la balsa llamase extraordinariamente la atención de los testigos de la caída y salvamento, fué interrogado acerca de ello, y Juan respondió que al volver á la superficie de la balsa vió á una hermosísima Señora, á quien luego tuvo por la Santísima Virgen, que le alargaba una de las manos para que á ella se asiera y saliese del agua, pero que él dudó cogerla por tener las suyas llenas del lodo que había en el fondo de la balsa, y que en esta cortés disputa, la Señora ofreciéndole su mano, y él rehusándola por no manchar de barro la blanquísima de su protectora, llegó el la-

briego desconocido á cuya vara se asió desde luego, salvándose de este modo del peligro que había corrido.



En sentir de los biógrafos del Santo que refieren este maravilloso suceso, el labriego que cooperó en

---

unión de la Santísima Virgen á sacar de la balsa al niño Juan, no fué otro que el glorioso patriarca San José, y lo que si puede afirmarse desde luego, es que nadie le conocía cuando acudió á salvar al niño, ni nadie le volvió á ver por aquellos contornos.

---



## II

PRIMERAS LUCHAS DEL SANTO CONTRA EL ESPÍRITU DE LAS TINIEBLAS. — PROTECCIÓN QUE LE DISPENSÓ UN NOBLE CABALLERO. — RECIBE NUEVOS FAVORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

**A** protección especial que el Señor dispensó á San Juan de la Cruz desde los primeros años de su edad, hizo conocer al demonio que aquel niño estaba predestinado á ser un gran siervo de Dios, y por lo tanto, un adversario temible para el infierno y á quien debía éste combatir para ver de destruir antes de que llegara á sazón aquel fruto que con tanto cuidado cultivaban Jesucristo y su Santísima Madre.

Con este propósito comenzó el enemigo de las almas á atormentar al niño Juan de mil maneras, ya colocando á su paso peligros de muerte en los que cayera y se aniquilase, ó causándole sustos y zozobras que apocasen su espíritu hasta dejarle sin ánimos ni alientos para ninguna obra de virtud.

Á este propósito, refiere el venerable Francisco de Yepes, hermano de San Juan, que, siendo ambos muy niños, y yendo juntos con su madre de otro lugar á Medina del Campo, al pasar precisamente junto á la



balsa de que en el capítulo anterior hemos hablado, salió de ella un espantoso monstruo que, con la boca abierta, acometió á su hermano con evidente intención de tragarle, y que Juan, lejos de asustarse ni turbarse, hizo la señal de la cruz con gran serenidad, con lo que puso en fuga al monstruo.

De este hecho se deduce que ya debía saber el santo niño con quién se las había, cuando recurrió sin vacilar al remedio soberano contra todas las arremetidas del demonio, y que si la historia conserva la noticia de esta acometida, otras muchas debió sufrir de las que nadie tuviera conocimiento, pues, generalmente, el espíritu de las tinieblas busca la soledad para atacar á las almas, ya con la tentación, destinada á derribar la virtud, ó con el espanto, destinado á infundir pavor en el ánimo.

Tentaciones y espantos sufrió el santo niño, y resistiólos valerosamente por medio de la oración y de la penitencia, á que se entregó desde su infancia, y de este modo fué creciendo en virtud y en méritos ante el Señor, al paso que crecía en años. Acercábase á los doce cuando su madre le exhortó á que se dedicase á alguno de los oficios manuales con los que ordinariamente se gana la vida la gente pobre; pero aunque Juan, obediente, no ya á los mandatos, sino á los menores deseos de su madre, probó á aprender alguno y ponía de su parte todo cuanto le era dable para buscarse por aquel medio la subsistencia, todos sus esfuerzos se estrellaban contra su falta de maña y de habilidad, y todas sus tentativas en este sentido conducían fatalmente á otros tantos fracasos.

En cambio, mostraba una extraordinaria afición á

las letras, y en vista de ello, su madre le hizo entrar en una escuela de niños de la villa de Medina del Campo, donde recibían educación los hijos de gente pobre, y en ella dió muestras verdaderamente asombrosas de sus aptitudes para toda clase de estudios, distinguiéndose en el de la Doctrina cristiana y en toda clase de ejercicios de piedad.

Modelo y dechado de sus demás compañeros como estudiante, era todavía más perfecto en lo referente á las virtudes. Levantábase con el alba, y antes de entrar en la escuela ayudaba varias misas en el convento de Religiosas Agustinas de la Magdalena, y era tal su devoción y compostura, que aumentaba con su solo aspecto la devoción de los fieles, lo cual le granjeó muy pronto la estimación y aprecio de los sacerdotes celebrantes, que le buscaban siempre para que les sirviese de acólito.

También se captó el aprecio de todas las personas devotas de la villa, y entre ellas la de un caballero llamado D. Alfonso Álvarez de Toledo, quien tenía á su cargo la administración del Hospital General de Medina del Campo y era muy apreciado por sus virtudes y su noble generosidad.

Parecióle á dicho caballero que el niño Juan reunía cualidades que le hacían acreedor á un estado superior al de la condición de pobreza en que se hallaba, y como tuvo ocasión de apreciar su piedad, y de los informes que adquirió confirmóse en la persuasión de que aquel niño era un modelo de todas las virtudes cristianas, resolvió dispensarle su protección. Á este fin avistóse con su madre, y de acuerdo con ella, determinó admitirle en el hospital, donde, además de

servir á los pobres enfermos, podría continuar sus estudios más adelante, con el auxilio de una capellanía que pensaba darle, ponerle en condiciones de alcanzar el estado sacerdotal y llegar á ser capellán del hospital mencionado.

La madre de Juan vió, como suele decirse, el cielo abierto con la proposición generosa de D. Alfonso Álvarez de Toledo, y el santo niño la acogió igualmente con extraordinario júbilo, viendo en ella un medio de poder servir mejor á Dios cuidando de sus pobres.

Á ello dedicó el piadoso joven todos sus desvelos, dando continuas muestras de su tierna caridad para con el prójimo, sin que la natural repugnancia que ciertas enfermedades inspiran, le retrajera de prestar á los enfermos los cuidados más íntimos, ni el cansancio le venciera cuando se trataba de asistirlos.

En cada uno de ellos veía al mismo Dios, y no le dolía su propia fatiga, sino los sufrimientos que padecían aquellos desdichados, á los que abrazaba con grande amor para consolarlos, haciendo compañía á los que se quedaban solos, entreteniendo con piadosas pláticas á los desvalidos y teniendo para todos entrañas de madre.

En aquel hospital, como en todos, no faltaban los enfermos de mal carácter y aun desesperados, y no pocas veces hubo de sufrir de parte de ellos denuestos groseros y atroces injurias. Pero todo esto lo soportaba no sólo con gran mansedumbre, sino hasta con alegría, y de este modo consiguió que más de uno de aquellos desdichados, vencidos por su inalterable

paciencia y santas exhortaciones, se volviera á Dios, de quien vivía apartado á causa de una larga vida de pecados, y reconociera en su enfermedad una muestra de la misericordia divina, que le daba los medios de pagar con pasajeros dolores en este mundo las penas eternas que merecía en el otro por sus culpas.

Con los cuidados que prodigaba á los enfermos alternaba la oración y el estudio, para lo cual robaba á la noche el tiempo que para ello le faltaba en el día, y así aprendió la gramática y la retórica y comenzó á entrarse por los caminos intrincados de la filosofía y la metafísica.

De estos estudios se valía principalmente para llegar al conocimiento de Dios, y esto le hizo dedicarse con más asiduidad á aprender aquella parte de la filosofía que trata de la naturaleza y propiedad del alma, procurando entender bien sus oficios y efectos en el cuerpo, las potencias, órganos y sentidos, por cuyo ministerio obra, llevado más que del gusto, de la ayuda que hallaba en su conocimiento para entregarse con más fruto á la meditación sobre las cosas eternas á que su constante anhelo de adorar y reverenciar á Dios le llevaba.

De este modo, su alma, ya enriquecida por el Señor con luces divinas, se adornaba con las que mediante el estudio iba adquiriendo, y el fruto que recogía de su oración era más abundante y sazonado. Á ella acudía como á una celestial escuela, donde el Divino Maestro iluminaba su entendimiento y movía su voluntad para que conociera y se aficionara á las cosas eternas despreciando las perecederas, y así aprendió á negarse á sí mismo, mortificando sus ape-

titos, desasiéndose de todo afecto sensible y uniéndose cada día más al celestial Creador, cuya voluntad llegó á ser el norte y guía de todas sus acciones.



Durante su estancia en el hospital de Medina del Campo, se mostró una vez más la especial protección con que le favorecía la Santísima Virgen. Había en el

patio del establecimiento un pozo sin brocal, muy hondo y abundante de agua, y pasando por allí cierto día, bien por distracción ó por otra causa, cayóse dentro de él, sin que los que se hallaban á su alrededor pudieran evitarlo. Con grandes voces empezaron á pedir socorro, y, enterados de lo ocurrido, acudieron otros dependientes del hospital provistos de sogas, aunque sin esperanzas de salvarle, pues, como en estos casos sucede, la confusión y el atropello de los primeros momentos hacen perder un tiempo precioso.

Echaron, sin embargo, las sogas, y con gran gozo vieron que Juan se asía á ellas, y poco después tuvieron la inmensa satisfacción de verle salir del pozo sin lesión alguna y con muestras de un gran contento.

Admirados de esto, le preguntaron la causa de semejante alegría, al parecer extemporánea en las peligrosas circunstancias en que se había encontrado, y Juan, con su habitual sencillez, les respondió que una Señora muy hermosa le recibió en su manto al caer al agua, y que sobre ella le sostuvo hasta que le echaron las sogas para que saliera del pozo.

Con esto creció la admiración de los circunstantes, y el santo joven comenzó á verse objeto de la veneración de las gentes, de la que procuró sustraerse por cuantos medios estaban á su alcance, á causa de su mucha humildad.



### III

EJERCÍTASE EL SANTO EN LA ORACIÓN Y EN LA PENITENCIA, PROPONIÉNDOSE POR MODELO Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.—LE ES REVELADA SU VOCACIÓN.

**A** medida que el santo mancebo iba creciendo en edad, aumentaban sus anhelos de perfección espiritual. Seguía cuidando con la misma solicitud á los enfermos del hospital, pero cada vez era mayor el tiempo que dedicaba á la oración y más riguroso en sus ayunos y penitencias.

No contento con los ratos que durante el día podía dedicar á satisfacer su anhelo de conversar con Dios, así que llegaba la noche, y ya libre de otros cuidados, se entregaba de lleno á la oración, luchando contra el cansancio de su cuerpo hasta que lo dominaba por completo. De este modo le sorprendía muchas veces el día, sin haber tomado descanso alguno, lo que no le impedía atender á sus enfermos ni á las demás obligaciones diurnas que se había impuesto, ni que al llegar de nuevo la noche tomase otra vez la oración en el punto en que la había dejado la noche anterior.

Pero la naturaleza humana tiene exigencias á las que es necesario atender, y como el cuerpo le recla-

maba también su descanso en forma que no era posible dejar de satisfacer, el Santo veíase á veces obligado á rendirse á la tiranía del sueño; mas ya que no podía sustraerse á ella, tomaba desquite de este alivio con la incomodidad del lecho, formado con unos manojos de sarmientos, sobre los que más se quebrantaban los huesos que recibían el anhelado descanso.

Verdad es que ya debían estar acostumbrados á este trato, pues desde que San Juan de la Cruz tenía siete años lo venían recibiendo en igual forma, pues nunca desde que llegó á dicha edad se le conoció otra cama.

También desde muy niño se acostumbró al uso del cilicio y al de las disciplinas, y ya en el hospital de Medina del Campo empleaba estas soberanas medicinas contra los movimientos de la carne, con el rigor de un anacoreta, hasta el punto de que, siendo aún mozo y seglar, podía ser maestro de muchos religiosos de edad proveya en lo referente á las obras de mortificación y de penitencia.

A nadie, sin embargo, puede asombrar esta precocidad en el sufrimiento voluntario, si se tiene en cuenta el modelo que el santo mancebo se propuso imitar desde que tuvo uso de razón. Él mismo lo dice en su primer libro de la *Subida del monte Carmelo*, donde enseña á los que quieren seguir el camino de la perfección lo que él venía practicando desde su infancia.

«Lo primero—dice,—traiga un ordinario cuidado y afecto de imitar á Cristo en todas las cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera Él.»



Así lo hacía el joven Juan, teniendo siempre ante los ojos del alma la imagen de su divino modelo, para conformar con Él todos sus pensamientos, palabras, obras y deseos. Á todos ellos los hacía preceder de estas preguntas: « Si Cristo, Señor nuestro, hiciera lo que yo hago y se hallara en mi estado y representara mi persona y oficio, ¿cómo lo haría? ¿Cómo se hubiera y obrara en esta ocasión? ¿Cómo estudiaría si fuera, como yo, estudiante? ¿Cómo arguyera y disputara con sus condiscípulos? ¿Dudaría y preguntaría á sus maestros? ¿Cómo estaría en la Misa y oración? ¿Cómo asistiría á los enfermos? Y, finalmente, ¿cómo hiciera lo que debo hacer en el estado en que me hallo? Sed Vos, Señor—añadía,—mi Maestro, pues sois mi ejemplar y dechado, y enseñadme lo que debo hacer para que sepa conformarme (cuanto lo sufre la flaqueza humana) en mis acciones con las vuestras.»

Para mejor merecer esta gracia acudía el santo joven á la dispensadora de todas ellas, á la Santísima Virgen, á cuyo culto se consagró con devoción especialísima por el amor filial que desde sus primeros años profesó á la excelsa Señora agradecido á los singulares y continuos favores con que le regalaba. Diariamente rezaba su Rosario y Oficio parvo postrado de hinojos con la más ferviente devoción, y muchas veces, durante el día, se postraba ante su imagen para invocar su protección y tributarla sus más rendidos homenajes, y de este suavísimo trato con la Reina de los cielos salía siempre galardonado con mayor aumento de gracias y virtudes.

Veinte años de edad contaba y era al mismo tiem-

po sencillo como un tierno infante y reposado y sedado como un anciano. Su inocencia era verdaderamente angelical, jamás manchada por un mal pensamiento, ni turbada por ninguno de los anhelos mundanos que enardecen á la juventud. Nunca se le vió, no ya en malas compañías, pero ni aun en las de jóvenes frívolos ó ligeros. Tampoco distrajo jamás su espíritu con diversiones profanas, ni inútiles pasatiempos. Su tiempo se hallaba proporcionalmente distribuído entre la iglesia, el hospital y la escuela, y por la cordura de sus palabras, la modestia de su porte y la apacibilidad de su trato, le eran perfectamente aplicables las palabras que la Sagrada Escritura dice refiriéndose á Tobías, esto es: que siendo mozo en la edad, no se le notaba mocedad alguna.

Señales eran todas éstas de que el santo joven estaba llamado á cumplir una misión extraordinaria, y el Señor quiso dárselo á entender por medio de una señalada merced. Hallábase cierto día orando con su fervor acostumbrado y rogaba al Señor con vivas instancias que se dignara encaminarle al estado de vida donde mejor pudiera servirle, haciendo desde luego gustoso el sacrificio de su propia voluntad á la divina.

Oyó el Señor su ruego, y aceptando el sacrificio que le ofrecía, se apresuró á responder á sus anhelos con este celestial oráculo: «*Servirme has —le dijo— en una religión cuya perfección antigua ayudarás á levantar.*»

Admirado quedó el santo joven ante un anuncio tan extraordinario, cuyo misterio no acertaba á comprender. Bien se le alcanzaba que había de ser reli-

gioso, pero nada vislumbró en lo referente á la Orden en que habría de profesar, ni cómo podría coadyuvar á restituirla á su prístino estado de perfección.



Contentóse, pues, con saber que Dios le llamaba á la vida religiosa, y como éste era su mayor anhelo, descansó en la Providencia divina en todo lo demás, atento á recibir las inspiraciones celestiales para seguirlas prontamente.

No tardó el Señor en darle á conocer cuál era la religión donde había de servirle, y cierto día que pasaba junto al convento de Carmelitas de Santa Ana, que acababa de ser fundado, y al ver el hábito de uno de sus religiosos, recordó al punto la profecía con que había sido favorecido, y por el movimiento que sintió en su corazón, conoció que aquella era la Orden á cuyas puertas había de llamar, y mientras más se detenía en este punto, mayor júbilo experimentaba su alma, y más grande era todavía su ventura al considerar que aquella Orden tenía por Madre, Patrona y Protectora á la Santísima Virgen, bajo cuyo amparo se había colocado de un modo especial desde su más tierna infancia.

A esta primera impresión sucedieron otras señales que acabaron de corroborar su convicción de que aquel era el camino que debía seguir para cumplir la voluntad de Dios, y sin dudas ni vacilaciones se dispuso á hacerlo con la prontitud de espíritu y acción que ponía en todo aquello que se relacionaba con el servicio de Su Divina Majestad.

---



#### IV

##### TOMA EL HÁBITO DE RELIGIOSO CARMELITA. SU NOVICIADO Y PROFESIÓN.

**L**o primero que hizo fué consultar el caso con su confesor, y previo su beneplácito, fué al convento de Santa Ana, donde trató el asunto de su admisión con los religiosos de dicha santa casa, los que, conociendo las grandes virtudes que atesoraba el santo mancebo, le abrieron no ya las puertas de ella, sino los brazos, y el día de San Matías, del año 1563, ó sea á los veintiuno de su edad, recibió el santo hábito carmelitano, dejando su apellido Yepes para tomar el nombre del mencionado santo Apóstol, llamándose en adelante Fr. Juan de San Matías, hasta el día en que mejoró este apelativo trocándolo por el de la Cruz.

No fué el noviciado ninguna novedad para él, pues bien puede decirse que era ya maestro en la humildad, castidad, obediencia y pobreza, que son las virtudes fundamentales de la vida religiosa, cuando ingresó en el convento de Santa Ana, de Medina del Campo. La única diferencia para él consistía en el hábito, pues en lo demás tan aventajado se hallaba

como los profesos más antiguos, á muchos de los cuales edificó desde el primer día con su ejemplo.

Era el primero en acudir al coro y á los demás ejercicios de la Comunidad, y en ellos mostraba el reposo y madurez de una larga experiencia de la vida religiosa, unidos al fervor y ardimiento de los que comienzan á practicarla. Buscaba siempre los oficios más humildes y penosos, y á todos los demás religiosos tributaba el pronto homenaje de su obediencia, aunque más rendida que á todos al que le había sido designado para maestro, en el que de un modo especial veía al representante de Dios.

Una de las cosas que más admiraban en él los demás religiosos era su prudencia, unida al más ardiente celo por la gloria de Dios, por no ser generalmente aquella virtud la que más resplandece en los que comienzan á subir el áspero sendero que conduce á la perfección espiritual. Pero nadie es capaz de poner leyes á la gracia divina, y de ésta se hallaba tan llena el alma del joven novicio, que lo que otros no adquieren sino á fuerza de tiempo y de trabajo, en él casi constituía como una segunda naturaleza por especialísima merced del Señor.

De esta prudencia, que tanta admiración causaba en los demás miembros de la Comunidad, dió Fr. Juan una muestra edificante y extraordinaria en ocasión en que un religioso, á quien acompañaba, incurrió, hallándose entre seglares, en una falta que, si de suyo no era grave, desdecía del hábito que aquél vestía, y se prestaba, por lo tanto, á la murmuración de las gentes.

· Parecióle al Santo que la repetición de aquella falta

redundaría en menoscabo de la Orden carmelitana, y sobreponiéndose su celo por la Religión á la timidez propia del novicio, llamó á solas al religioso y con gran mesura y humildad le advirtió del yerro que había cometido, y tan exquisito fué el tacto con que procedió, y todo era poco tratándose de una observación tan delicada de un inferior á un superior, que el religioso quedó al par gustoso y enmendado, y tuvo de allí en adelante en gran estimación á Fr. Juan.

Cumplido el año de prueba, profesó en 1564 en el mismo convento de Santa Ana, donde había tomado el hábito, en manos del Padre provincial Fr. Ángel Salazar, con asistencia de su antiguo protector D. Alfonso Álvarez de Toledo, y el testimonio de su profesión, en el que consta la firma del Santo, se guarda hoy como preciosa reliquia, ricamente encuadernado y con la veneración que se merece, en el archivo del citado convento, en el que también se conserva su celda convertida en oratorio.

Si como novicio edificó á la Comunidad que tuvo la dicha de recibirle en su seno, como profeso fué un dechado de toda perfección espiritual.

Regiase su Orden en aquel entonces, no por la regla primitiva de San Alberto, ni aun con las modificaciones autorizadas por Inocencio IV para dulcificarla un tanto, sino por la que mitigó todavía más el Papa Eugenio IV, dispensando á los Carmelitas de sus principales rigores. Mas el espíritu de penitencia de fray Juan no se amoldaba á estas atenuaciones, y habiendo hallado un día el texto de la regla primitiva, entráronle grandes deseos de observarla, y para ello pidió á sus superiores la correspondiente licencia, que sin

ella no se hubiera determinado á realizar la obra más perfecta, pues sobre todos ellos ponía la ley de la santa obediencia.

Examinado el caso y conociendo los que habían de resolverlo los altos vuelos de la virtud del santo mancebo, determinaron otorgarle el permiso que pedía, con la condición de que en lo externo conformase su vida á la ordinaria de la Comunidad, para que ésta no advirtiese la singularidad, siguiendo en privado las observancias de la regla primitiva.

Así lo hizo el santo religioso, quien dispuso su vida de modo que siendo en el hábito y en los ejercicios ordinarios de la Comunidad semejante á los demás, era en la perfección y rigor de ellos una verdadera excepción. Con todos ellos concurría al coro, al refectorio y demás actos comunes, pero se daba tal traza que, observando rigurosamente la regla primitiva, parecía que nada hacía de extraordinario, siéndole necesario usar de gran disimulación para no descubrir lo singularísimo de su penitente vida.

Así, por ejemplo, cuando acudía al refectorio, tenía que valerse de mil medios ingeniosos para observar el ayuno obligatorio, según la regla de San Alberto, desde el día 14 de Septiembre, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, hasta la Pascua de Resurrección, pues como los demás religiosos no guardaban tan prolongado ayuno, por la mitigación de dicha regla, no se servía en la mesa de la Comunidad una gran parte de los días de tan largo período, comida que conviniese á la abstinencia que observaba el Santo, obligado á comer con los demás, ya que no era posible que lo hiciera aparte sin establecer para



él una excepción incompatible con la norma de vida establecida en la comunidad.

Érale, pues, forzoso contentarse la mayor parte de



los días con sólo pan y algunas verduras, lo cual venía á ser un aumento de austeridad sobre la que exigía la ya estrechísima regla de San Alberto. Lo mismo sucedía en lo referente al silencio prescrito por la

susodicha regla, desde las Completas de la noche precedente hasta la hora de Prima del día siguiente, siéndole preciso retirarse á su celda para evitar las ocasiones de ser interpelado por alguno de sus hermanos, á menos que por razón de obediencia ó por obligaciones ineludibles se viese forzado á detenerse fuera de ella.

En los ratos que sus deberes religiosos le dejaban libre, se dedicaba al trabajo manual, entreteniéndose en labrar cruces de madera, ó en hacer disciplinas y cilicios. De este modo evitaba la ociosidad, y al par que daba ocupación á sus manos, dejaba libre á su espíritu para abismarse en la contemplación de las cosas divinas, pues si en toda virtud sobresalió San Juan de la Cruz, en el ejercicio de la oración llegaba á las más altas sublimidades.

Fiel observante de aquel capítulo de la primitiva regla carmelitana en que se prescribe la oración de día y de noche: recogido en la celda ó cerca de ella, la practicó con una exactitud y un fervor tan extraordinarios, que obtuvo de su continuo ejercicio frutos de altísima contemplación y de gran aprovechamiento espiritual.

Con el mismo cuidado observó la virtud de la pobreza, tan recomendada en la mencionada regla, y atento á ella, no admitió ni en su celda cama ó vestido, nada que no fuese lo estrictamente necesario para la vida austerísima que había abrazado, siendo su aspecto en todo muy edificante.

---



V

SU ESPÍRITU DE PENITENCIA.—SUS ESTUDIOS.—CELEBRA SU PRIMERA MISA.—FAVOR SEÑALADÍSIMO QUE LE CONCEDIÓ EL SEÑOR.

**E**L mismo año de su profesión fué enviado San Juan de la Cruz por sus superiores al colegio que en Salamanca tenían establecidos los Padres Predicadores, entonces bajo la advocación del apóstol San Andrés, y luego bajo la de Santa Teresa de Jesús.

Su vida en la ciudad salmantina no fué menos admirada que la que había llevado en el convento de Santa Ana, de Medina del Campo, pues no se contentaba con las obligaciones de la primitiva regla en lo referente á los ayunos, abstinencias, silencio y oración continua, sino que agregó otras mortificaciones que habrían eclipsado al más penitente solitario de la Tebaida.

Su habitación era una celda muy estrecha y oscura con una ventanilla que daba á la iglesia hacia el lado del altar mayor, en cuyo tabernáculo se hallaba encerrado el Santísimo Sacramento. Una claraboya en el techo de la celda enviábale una luz cansada y tenue, á la que con gran dificultad leía ó estudiaba. Su

cama era una artesa vieja, en la que con gran trabajo podía acomodarse el tiempo, siempre escaso, que dedicaba al descanso de su cuerpo, sin colchón ni abrigo, ni otra ropa que la que tenía puesta, ni más almohada que un duro leño colocado á la cabecera de aquel extraño y mortificante lecho.

En él no puede decirse que dormía, pues más bien continuaba velando entregado á la consideración de las miserias del mundo y á las de los novísimos ó postrimerías del hombre. Los cilicios con que maceraba su carne eran asperísimos. Llevaba rodeada constantemente á su cuerpo una cadena de hierro con puntas muy agudas, y sobre ella se vestía un jubón y unos calzones de esparto, sumamente ceñidos para que arañasen con más fuerza sus miembros.

Tomaba al día varias disciplinas, tan duramente aplicadas, que siempre salían teñidos en sangre sus ramales como muestra de la mucha que derramaba de su cuerpo en tan cruenta maceración.

Sus compañeros y superiores estaban bastante perplejos y como espantados ante rigor tan extraordinario, pero no se atrevían á aconsejarle que lo moderase, porque nada le mortificaba tanto como saber que alguien estaba enterado de sus asperísimas penitencias.

Era continuo en la oración, hasta el punto de poderse decir que se alimentaba de ella, pues pasaba días enteros abismado en la contemplación de las cosas divinas, sin cuidarse del alimento material ni de dar el menor descanso á sus fatigados miembros.

Juntaba á la oración el estudio con tan bien ordenada proporción, que si, según la frase de sus biógra-

fos, estudiaba para orar, merecía orando luz para el estudio.

Su modestia corría parejas con su espíritu de penitencia, y en realidad constituía una mortificación más de sus sentidos. Cuando iba á la escuela ó volvía de ella, siempre andaba con los ojos bajos y el corazón elevado al cielo, edificando á todos con su recogimiento y compostura.

En las controversias escolásticas que se veía obligado á sostener, defendía su tesis, no con voces descompasadas, producto de los arrebatos oratorios, sino con argumentos sólidos, expuestos con gran orden y admirable moderación, buscando siempre, no el triunfo de su parecer, sino el esclarecimiento de la verdad.

Por esta razón, cuando la veía en los argumentos de su contrincante, lejos de aferrarse á su opinión, se declaraba vencido, mostrándose tan alegre con la derrota como si hubiera obtenido la más brillante victoria en aquellas lides académicas.

Así que salía de las aulas, volvía á consagrarse á la oración, sin que quedase en su espíritu la menor huella de las disputas sostenidas en aquéllas, que lo turbase con vanas imaginaciones.

Este cúmulo de perfecciones espirituales le conquistó el aprecio y la veneración de todos sus discípulos, hasta el punto de que si al hallarse en las horas de recreación divirtiéndose con algún honesto pasatiempo, veían acercarse á Fr. Juan, lo suspendían hasta que pasaba de largo, y si alguna vez les cogía de improviso, se quedaban como avergonzados cual si hubieran sido sorprendidos ejecutando alguna acción reprobable.

Tres años estuvo cursando Teología en el Colegio de Salamanca, y habiendo cumplido los veinticinco de su edad, estimaron sus superiores que había llegado el tiempo de que se ordenara de sacerdote y celebrara su primera Misa. Grande fué la resistencia que puso á.ello el humildísimo Fr. Juan, considerándose indigno de ejercer tan elevado ministerio, y á las instancias que se le hacían para que se ordenase, oponía los ejemplos de San Jerónimo y San Francisco de Asís, el primero, que aun después de ordenado no se atrevía á ejercer el ministerio sacerdotal, y el segundo, que nunca se determinó á ser ordenado. Y añadía que si dos santos tan grandes se consideraban indignos de tan elevado ministerio, con mayor motivo debía él rehusarlo, siendo tan miserable pecador.

Grande y empeñada fué la lucha que se entabló entre la humildad de Fr. Juan y los deseos de sus superiores, nacidos del convencimiento de la aptitud é idoneidad del santo carmelita para ejercer el ministerio sacerdotal; mas al fin hubo de rendirse aquélla á los mandatos de la obediencia y en 1567 recibió las sagradas órdenes, pasando nuevamente al convento de Santa Ana, de Medina del Campo, donde dispusieron los Prelados que celebrase su primera Misa, para que de ello se holgasen la madre del Santo y todos sus amigos.

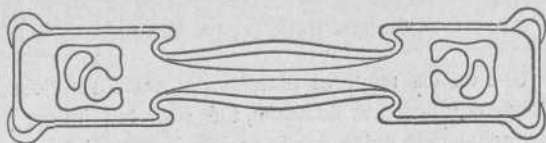
Á este acto se preparó Fr. Juan con un extraordinario aumento de ejercicios de oración y de prácticas de penitencia, y llegado el día señalado al efecto, subió al altar con una devoción tan edificante, que su sola presencia hizo derramar lágrimas de ternura á cuantos en aquella ocasión le vieron.

Uno de los mayores anhelos del santo religioso, desde que tuvo uso de razón, fué vivir tan íntima y estrechamente unido con Dios, que jamás reinase en su cuerpo el pecado ni manchase éste la pureza adquirida en las aguas del bautismo. Á este fin encaminaba siempre todas sus plegarias, y al ver entre sus manos á Jesús sacramentado, redobló de tal modo sus súplicas que mereció recibir en lo interior de su alma esta respuesta, que le llenó de santo júbilo: «Yo te concedo lo que me pides.» Al mismo tiempo sintió dentro de todo su ser una espiritual renovación que le restituyó á la inocencia de un niño en su primera infancia y le confirmó en gracia como lo fueron los Apóstoles, para que jamás llegase á ofender á Dios con culpa grave.

Su mucha humildad ocultó este favor singular, como otros muchos con que el Señor le galardonó durante su vida; pero la Divina Majestad lo reveló á las venerables Ana María de Jesús y Beatriz de San Miguel, que así lo declararon bajo juramento.

De ello también dió más de una vez testimonio Santa Teresa de Jesús, diciendo que «el P. Fr. Juan de la Cruz era una de las almas más puras y santas que Dios tenía en su Iglesia, que le había infundido grandes tesoros de luz, pureza y sabiduría del cielo; y que, en su opinión, había sido santo toda su vida».

---



## VI

PIENSA ENTRAR EN LA CARTUJA. — ES PRESENTADO Á SANTA TERESA DE JESÚS. — PRINCIPIO DE LA REFORMA DE CARMELITAS DESCALZOS.

**E**L espíritu de penitencia de Fr. Juan no se satisfacía con la observancia de la primitiva regla de los Carmelitas, aun endurecida con los rigores que sobre ella se imponía, pareciéndole que, para no ofender jamás á Dios mortalmente, era preciso vivir completamente abstraído de todas las cosas del mundo, para que nada pudiera distraerle de la contemplación de las celestiales.

Esto le hizo pensar en salirse de la Orden carmelitana para tomar el hábito de otra más estrecha, y se fijó en la de los Cartujos, por juzgar que ninguna llenaba mejor sus anhelos de penitencia y recogimiento. Apartados sus miembros del trato de los hombres, consagrados á continua oración, hasta el punto de parecer ciudadanos del cielo más que de la tierra, reunían los Cartujos todas las condiciones que había buscado el santo carmelita al abrazar la vida religiosa, y firme en este pensamiento, resolvió, después de regresar á Salamanca, donde había vuelto



después de celebrar su primera Misa, pasar á la Cartuja del Paular, en la provincia de Segovia.

Andaba por aquel tiempo Santa Teresa de Jesús pensando en la reforma de los religiosos de su Orden, después de haber dado comienzo á la misma obra en las religiosas con la fundación de su primer convento en Ávila. Para ello buscaba algunos religiosos, y elevaba al cielo sus plegarias á fin de que el Señor la deparase los colaboradores que necesitaba para su obra.

Embargada la mente con este pensamiento, fué la Santa á Medina del Campo para llevar á cabo allí su segunda fundación de religiosas, y tuvo ocasión de hablar de sus proyectos con el P. Fr. Antonio de Heredia, quien no sólo se mostró conforme con ellos, sino que ofreció ser el primero de los carmelitas reformados ó descalzos, promesa que agradeció Santa Teresa, aunque, á decir verdad, no confió mucho en que el mencionado religioso tuviera fuerzas suficientes para soportar el rigor de la reforma.

En esto llegó á Medina del Campo, procedente de Segovia, San Juan de la Cruz, con el fin de poner por obra su deseo de ingresar en la Cartuja del Paular, según ya hemos dicho. Acompañábale el P. Maestro Fr. Pedro de Orozco, que, sabedor de los proyectos de Santa Teresa sobre la reforma de los religiosos carmelitas, habló á ésta de las virtudes de Fr. Juan y muy particularmente de su espíritu de penitencia, que le llevaban á buscar una Orden más estrecha que la carmelitana, en que había profesado.

Al oírle la Santa, se llenó de júbilo y sintió que una voz interior la decía que éste era el religioso que

ella necesitaba para dar comienzo á la fundación de los Carmelitas descalzos, y con esta convicción acudió al Señor para que no se llevasen los Cartujos tan preciada joya, y tantas y tan vivas fueron sus instancias, que Su Divina Majestad la ofreció que Fr. Juan sería el primero que se descalzase, para ser la columna y fundamento de la reforma de su Orden.

Gran consuelo recibió la Santa con esta promesa, y mayor gozo fué el que experimentó todavía cuando se le presentó el P. Orozco y pudo apreciar, ocultos bajo su gran modestia, todos los tesoros de ciencia y virtud que enriquecían el alma del Santo.

Con gran sinceridad habló á la reformadora del Carmelo de sus anhelos de soledad y de la prisa que el Señor le daba para que abrazase una vida más recogida y penitente, y viendo la Santa sus buenas disposiciones le descubrió las suyas, diciéndole:

—Padre é hijo mío, tenga paciencia y no se vaya á la Cartuja, que ahora tratamos de hacer una reforma de descalzos de nuestra misma Orden, y yo sé que se consolará con la facilidad que tendrá en ella para cumplir todos sus deseos, y hará un gran servicio á su Madre.

Oyó Fr. Juan atentamente á la Santa, y por el efecto que produjeron sus palabras en su alma, conoció que habían fijado de un modo definitivo su vocación. En el acto se desvaneció de su ánimo el propósito de retirarse á la Cartuja, y ya sólo pensó en la reforma de su Orden tal y como se la había expuesto la Madre Teresa, á la que rogó que no difiriera la ejecución de sus proyectos.

No necesitaba la Santa ser espoleada en un asunto

que constituía su constante y ardiente anhelo, y así, contando ya con dos religiosos, Fr. Antonio de Heredia y Fr. Juan, como base para su reforma de descalzos, recurrió al Señor para que la proporcionase una casa donde albergarlos y fundar el convento. Sus súplicas fueron atendidas, y en los comienzos del año 1568, cuando la Santa volvió de la fundación de religiosas de Malagón á su convento de Ávila, se le presentó un caballero llamado D. Rafael Mejía Velazcas, quien, sin otra excitación que un impulso interior, ofrecióla una casa que tenía en la aldea de Duruelo, para que la dedicase al uso que creyera más conveniente al servicio de Dios y bien de las almas.

Aceptó Santa Teresa la donación con la gratitud que es de suponer, y, sin pérdida de tiempo, pasó á Duruelo para visitar la casa, que, aunque pequeña, parecióla á propósito para comenzar la reforma de los descalzos, pues su misma estrechez se ajustaba á sus deseos de fundar en la soledad y la pobreza, como los antiguos Padres, y sobre todo, porque Dios se la había así deparado.

Partió inmediatamente á Medina del Campo y comunicó á los dos Padres la nueva de su hallazgo, y cuando les explicó lo reducido de sus dimensiones y la soledad del paraje en que se hallaba situada, ambos religiosos la contestaron que no ya en aquella estrecha casa, sino en una pocilga se encerrarían gustosos tratándose de servir al Señor.

Esta respuesta, que demostraba la decisión de ambos religiosos á abrazar la reforma sin pérdida de tiempo, llenó de júbilo el alma de Santa Teresa,

quien, mientras el P. Antonio renunciaba á su oficio, determinó llevar en su compañía á Fr. Juan á la fundación del convento de religiosas de Valladolid, con el fin de tratar con él, sin perder tiempo, todo lo concerniente al nuevo Instituto de descalzos.

Así lo dice la misma Santa al tratar de dicha fundación de Valladolid, del modo siguiente:

«Como estuvimos algunos días con oficiales para recorrer la casa, y sin clausura, había lugar de informar á Fr. Juan de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas las cosas.»

Claramente se desprende de estas palabras que San Juan de la Cruz recibió de Santa Teresa las instrucciones y enseñanzas referentes á la reforma descalza, é igualmente se deduce que á él escogió el Señor para recibir las primicias de esta empresa, pues á él y no á otro comunicó la Santa Fundadora todo lo concerniente á la mencionada reforma.

Desde este punto de vista puede ser tenido San Juan de la Cruz como discípulo de Santa Teresa de Jesús, que á su vez recibió de aquél saludables enseñanzas para la vida espiritual, por el magisterio que ejerció en el convento de Valladolid, así con su Fundadora como con sus Hijas, á las que confesaba dirigiendo sus almas. De este modo llegó á ser á la vez hijo y padre espiritual de la Reformadora del Carmelo, y el primer confesor, padre y maestro que ella y sus Hijas tuvieron de su reforma de descalzos.

En esto llegaron las licencias necesarias para la fundación del primer convento de religiosos carmelitas reformados, y la Santa proveyó á Fr. Juan de

un pobre ornamento y recado para decir Misa, más el hábito reformado que había de vestir en adelante, cosido por mano de la misma Santa y de sus hijas espirituales.

Para que le ayudase á disponer la casa de Duruelo á modo de convento, le dió también por compañero á uno de los oficiales que habían trabajado en la fundación de Valladolid, y llegada la hora de la partida y al despedirse de las religiosas y tomar la bendición de Santa Teresa, delante de todas ellas dijo fray Juan á la Santa Fundadora:

—Madre, ya que Vuestra Reverencia ha sido tan gran parte para que yo emprenda esta obra en servicio de Dios nuestro Señor, pídale que me dé su gracia para que la comience en honra suya, y que sobre ella y sobre mí eche su santa bendición. Vuestra Reverencia también me dé la suya, y juntamente con las Hermanas, se acuerde de encomendarme á la Divina Majestad.

Con lágrimas en los ojos escucharon Santa Teresa y las demás religiosas estas palabras, á las que la bienaventurada Fundadora respondió por todas, en estos términos:

—Padre mío, vaya Vuestra Reverencia enhorabuena, muy confiado en que le ha de ayudar Nuestro Señor, pues comienza una obra de las mayores en servicio suyo, que se le harán en muchos siglos. La bendición de Dios le alcanzará muy larga, y la de Vuestra Reverencia es justo recibamos nosotras como de sacerdote del Señor, padre espiritual y confesor nuestro. Mis pobres oraciones y las de nuestras Hermanas tendrá muy ciertas, cuanto lo será el gozo y el

beneficio que recibiremos todas en el buen suceso de esta empresa.

Bendijolas Fr. Juan, y después de elevar sus preces al Señor para el buen resultado de la obra que emprendía, salió del convento de Valladolid para encaminarse al sitio adonde el Señor le llamaba.

---



## VII

### SAN JUAN DE LA CRUZ EN DURUELO.— CÓMO SE FUNDÓ EL PRIMER CONVENTO DE CARMELITAS DESCAL- ZOS. — PENITENCIAS Y TRABAJOS APOSTÓLICOS DEL SANTO.

**A** sí que San Juan de la Cruz dió vista á Duruelo, postróse en tierra y saludó con alegría el lugar donde iba á comenzar la vida de oración y de penitencia á que le inclinaba con irresistible impulso su gran austeridad. Después entró en la pobre casita destinada á servir de cuna á la descalcez carmelitana, y ayudado del oficial que llevaba consigo, comenzó á disponerla para darla el aspecto de un edificio religioso.

Á iglesia destinó el portal de la vivienda, á modo de representación del de Belén en que nació Cristo nuestro Señor, adornándolo y decorándolo con varias cruces toscas hechas de ramas de árboles y otras tantas calaveras que causaban temor y edificación. De coro le sirvió un desván que tenía un tejadillo á dos vertientes abovedadas, tan bajo en sus extremos, que para entrar en él era necesario arrodillarse. Servíale de ventana un agujero del techo que se abría y cerraba con una teja, que por no ajustar hermética-

mente daba paso, no sólo á la luz, sino al viento, á la lluvia y á la nieve. Á ambos lados de la iglesia, y en los extremos de la vertiente del desván, fabricó dos celdas, tan angostas y bajas, que no se podía estar en ellas más que arrodillados ó acostados sus respectivos moradores. En cada una de ellas puso un poco de heno á manera de cama, con una piedra por almohada, una cruz de madera y una calavera. También abrió en cada una de dichas celdas la correspondiente ventana á la iglesia, hacia el altar donde había de ser colocado el Santísimo Sacramento, para poder en todo momento tributarle el homenaje de una fervorosa adoración.

Debajo del improvisado coro formó el dormitorio del convento, dividiendo en tres partes el aposento sobre que cargaba aquél, y haciendo de cada una su correspondiente celda aderezada del mismo modo que las anteriormente descritas. Dividió también la cocina de la casa en dos partes, conservando una para su uso primitivo y haciendo de la otra el refectorio, en el que puso por mesa una tabla sin desbastar y como vajilla un cántaro roto y unos cascos de calabaza á modo de vasos ó tazas. La cocina quedó provista con dos ollas viejas, y aun puede asegurarse que en más de una ocasión sobrarían, pues dada la pobreza de sus moradores, más de un día seguramente no habría que echar nada en ellas.

Dispuesto así el nuevo convento, que en todas y cada una de sus partes predicaba una evangélica y perfectísima pobreza, echó de ver Fr. Juan que, ocupado todo el día en su trabajo, aun ya entrada la noche no se había desayunado, y para atender á esta



necesidad envió al oficial al pueblo para obtener algún alimento de limosna. Su postulación le valió algunos mendrugos de pan con los que pasaron la noche, y á la mañana siguiente, después de preparado con una larga oración, celebró el santo sacrificio de la Misa, poniendo sobre el altar el nuevo hábito para bendecirlo.

Acabada la Misa lo vistió y descalzóse, dejándose los pies completamente desnudos, y así se presentó al mundo como el primer carmelita descalzo y de los reformados, según la frase de uno de sus biógrafos, el primero y el mayor.

Postrado de rodillas confirmó ante el Señor sus propósitos de vida penitente en la nueva reforma, y poniendo por intercesora á la Santísima Virgen, pidió á Dios que le diese fuerza, valor y perseverancia para que aquella obra, que no había nacido de la carne ni de la sangre, sino de la voluntad del Altísimo, tuviese su debido desarrollo y perfección.

Por espacio de dos meses vivió de esta manera en completa soledad, pues no menor plazo necesitó su compañero Fr. Antonio en desembarazarse de los oficios que desempeñaba en la Orden, para poder ir á compartir con Fr. Juan la vida de recogimiento y penitencia que ambos habían abrazado.

Durante aquel tiempo llevó el Santo la vida de los anacoretas de los primeros siglos cristianos, con gran admiración de los sencillos labradores de aquellos contornos, que por primera vez veían á un ermitaño vestido con el hábito que Fr. Juan había adoptado. Pero aun fué mayor su edificación al oírle, cual otro Bautista, excitádoles á la penitencia con pala-

bras tan elocuentes y persuasivas, que bien se echaba de ver que el Espíritu Santo hablaba por su boca.

Corrían tras él las gentes como en otro tiempo seguían al santo Precursor, y fueron muchas y muy señaladas las conversiones que obtuvo, las mudanzas de vida que consiguió y lo que enfervorizó á todos cuantos tenían la dicha de escuchar sus fogosos sermones.

No se hablaba otra cosa en toda la comarca más que de aquel fraile descalzo que se llevaba tras sí los corazones de cuantos le oían, cuando llegó á Duruelo Fr. Antonio de Heredia, ya libre de los cuidados que hasta entonces le habían impedido abrazar la reforma.

Llevó en su compañía á un Hermano corista, llamado Fr. José, y después de pasar en oración la primera noche de su estancia en el nuevo convento, al día siguiente, 28 de Noviembre de 1568 y primer domingo de Adviento, celebraron el santo sacrificio de la Misa los dos sacerdotes, y luego, hincados los tres de rodillas ante Jesús sacramentado, con lágrimas de gozo en los ojos é inflamados en el amor de Dios los corazones, renovaron sus votos como carmelitas descalzos, renunciando solemnemente á la regla mitigada y ofreciendo al Señor, á la Santísima Virgen y al Rdo. P. General vivir conforme á la primitiva hasta la muerte.

Resolvieron también mudarse los apellidos para enterrar para siempre el recuerdo de su linaje en lo humano, tomando Fr. Antonio el de *Jesús*, Fr. Juan el de la *Cruz* y Fr. José el de *Cristo*, haciendo entre los tres, según la expresión de Fr. Jerónimo de San José, un Cristo Jesús Crucificado.

Días después fueron visitados por el P. Provincial Fr. Alonso González, que quedó sumamente edificado al ver el nuevo portal de Belén en que se había verificado el nacimiento de los Carmelitas descalzos. Nombró Vicario y Prior del convento á Fr. Antonio, por ser el más anciano de los tres; Maestro de novicios á Fr. Juan y destinando al Hermano José á los oficios de la casa.

De este modo instalados, trazaron Fr. Antonio y Fr. Juan las normas de su vida en la nueva casa, reservándose interiormente el segundo el derecho de aumentar sus rigores, pues en él era más ardiente el fervor, por haber sido el que recibió del Señor las primicias del espíritu de que se había de alimentar el naciente Instituto. Ya sus antiguas y austerísimas penitencias parecíanle poca cosa, y las extremó hasta el punto de convertirse en verdugo de su propio cuerpo. El jubón y calzoncillos de esparto figurábansele finos lienzos de Holanda, las disciplinas de sangre no bastaban á sus anhelos de macerar su carne, y no le satisfacían los cilicios si no taladraban sus miembros. Redujo á momentos casi inapreciables el corto tiempo que dedicaba al descanso sobre un lecho de ortigas y una almohada de piedra. Á media noche se levantaba para asistir á maitines, y después se quedaba en oración hasta que llegaba el día, y eran tan grandes los arrobamientos que experimentaba en ella, que la nieve ó lluvia que se filtraba por entre las tejas del coro calaban su cuerpo sin que se diera cuenta de ello. Verdad es que el fuego de su oración caldeaba de tal modo su cuerpo, que no le daba lugar á sentir el frío.

Empleaba la mañana en celebrar el santo sacrificio de la Misa y en confesar á las gentes que de los caseríos inmediatos acudían á lavar sus culpas en el



Jordán de la penitencia. Después se iba á pie por los lugares circunvecinos para predicar la divina palabra con gran fruto para las almas y no menor quebranto de su cuerpo, pues cansado y en ayunas volvía ya en-

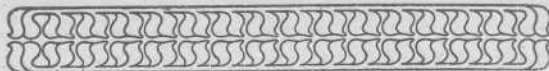
trada la noche á su convento, pudiendo decir á imitación de Cristo nuestro Redentor: «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre, que me envió para que perfeccione las almas.»

Siguiendo esta costumbre, se salió cierta tarde de un pueblo inmediatamente después de haber predicado, y ya llevaba andando bastante camino cuando le alcanzó un mensajero del cura de la parroquia donde había dirigido á los fieles la divina palabra, rogándole que se volviera para participar de la comida que se le tenía preparada. Rehusó Fr. Juan el convite, aunque agradeciendo el agasajo con buenas y corteses palabras, y como quiera que el religioso que le acompañaba le preguntase cómo estando sin comer había rehusado el convite del cura, siendo tan largo el camino que tenían todavía que recorrer para llegar al convento, el santo carmelita le respondió:

—No quiero, Hermano, que me paguen ni me agradezcan los hombres lo que hago sólo por Dios.

Hermosa respuesta, reveladora á la vez del celo apostólico del misionero y del espíritu de mortificación del penitente.

---



## VIII

TRASLACIÓN DEL CONVENTO DE DURUELO Á MANCE-  
RA.—ES NOMBRADO EL SANTO VICARIO DE PAS-  
TRANA, Y LUEGO RECTOR DE ALCALÁ.—ES NOM-  
BRADO CONFESOR DEL CONVENTO DE LA ENCARNA-  
CIÓN, DE ÁVILA.

**P**OCO tiempo después de haber sido fundado, del modo que se ha visto, el primer convento de Carmelitas descalzos, en Duruelo, quedó en él de Prior, por ausencia de su compañero Fr. Antonio, el bienaventurado Fr. Juan, y esto hizo que los primeros religiosos que nacieron de aquella reforma fueran formados por él, lo cual le constituyó, después de Santa Teresa de Jesús, en el principal fundador de la Orden de los descalzos.

Ya en posesión del gobierno de aquella santa casa, nada detuvo sus anhelos de retiro y mortificación, ni los ardores de su celo apostólico, con el que pobló su Orden de ángeles más que de hombres, y puso en el camino de la salvación eterna á innumerables almas que corrían grave peligro de perderse.

Dotado de exquisita prudencia, atraía á los novicios con apacible suavidad y encaminaba su vocación por vías fáciles, tomando el pulso á sus fuerzas naturales

para medir el trabajo que gradualmente les iba imponiendo. Con igual tacto procedía para quitarles los resabios que llevaban del mundo y disponer sus almas á la mortificación de sus apetitos y pasiones, y de este modo, casi insensiblemente, les iba llevando hasta las más altas cumbres de la perfección espiritual.

Dispuesta la traslación del convento de Duruelo al de Mancera, pasó á este último el día 11 de Junio de 1570, con dos novicios muy perfectos que había recibido en Duruelo, y con ellos y con algunos religiosos de la Observancia entró en Mancera procesionalmente con gran edificación del pueblo.

Pronto por toda la comarca se extendió la fama de los frailes descalzos por su vida ejemplar y santo celo, siendo muchos los jóvenes que acudieron á fray Juan para que les diera el hábito, y entre ellos algunos que dieron gran gloria á la Orden por sus extraordinarias virtudes.

Desde Junio á Octubre residió el Santo en Mancera, organizando el noviciado, y cuando lo dejó establecido sobre sólidas bases, pasó con el mismo objeto á Pastrana con el cargo de Vicario. Halló en aquella casa á catorce novicios, animados de vocación verdadera y de muy excelentes disposiciones para la vida religiosa, pero escasos de doctrina por no haber tenido hasta entonces un maestro fijo é idóneo. A su cargo tomó Fr. Juan la tarea de instruirlos, y en breve, bajo su sabio magisterio, el noviciado de Pastrana floreció en todas las perfecciones espirituales y sus miembros se distinguieron entre todos por su espíritu de oración y de penitencia, por la solidez de su doctrina y por su celo en el servicio de Dios.

Fundado en Alcalá un colegio de la Orden, fué nombrado el Santo, Rector de él para que le diese el carácter ejemplar, desde el doble punto de vista de la virtud y las letras, que había dado á los noviciados de Duruelo, Mancera y Pastrana. Así lo hizo Fr. Juan, bajo cuya sabia y santa dirección florecieron en aquel colegio, á más de las ciencias, el espíritu de oración y de penitencia y todas las observancias que forman al perfecto religioso.

Así lo comprobó poco después el P. Maestro fray Pedro Fernández, Comisario apostólico, cuando al visitar el colegio citado, manifestó su admiración, diciendo que más parecía escuela religiosa de San Juan Clímaco, que colegio de estudios. De tal modo imprimió el santo carmelita descalzo en sus discípulos el amor á la virtud, anteponiéndolo siempre al estudio de las letras, no por eso descuidadas, dando motivo á que quedase como proverbio común esta frase, repetida luego en todos los colegios de la Orden: «Religioso y estudiante, y el religioso delante.»

Algún tiempo después fué elegida Santa Teresa de Jesús Priora del convento de religiosas de la Orden de la Encarnación de Ávila, y habiendo solicitado y conseguido del Comisario apostólico que le enviase por confesor á Fr. Juan de la Cruz, esperando de su ciencia y virtud que mantendría á dicho convento en el mismo estado de perfección que los demás de su reforma, vióse el Santo obligado á dejar la rectoría del colegio de Alcalá, y acompañado del P. Fr. Germán de San Matías, trasladóse á la ciudad de Ávila entrado ya el año de 1572.

Llegados allí, hospedáronse en una casita inmedia-



ta al convento de la Encarnación, que les había sido señalada por alojamiento, y desde aquel mismo punto comenzó Fr. Juan á ejercer su santo ministerio cerca de las religiosas del convento mencionado.

Su vida en Ávila fué tan recogida y mortificada como en Duruelo. Encerrado en la pobre casita que le servía de alojamiento, y que por hallarse fuera de la ciudad, como el convento, tenía toda la semejanza de una ermita solitaria, pasaba los días y las noches entregado á fervorosa oración y á los ejercicios asperísimos de la más austera penitencia. En la comida era parco y mortificado, y como ésta la recibía del convento, era motivo de gran edificación para las religiosas ver que jamás reparaba en si era mala ó buena, ni se acordaba de pedirla, y aun muchas veces ni la probaba siquiera, tal era el rigor de sus ayunos.

En su trato con las religiosas observaba una exquisita prudencia, no distinguiendo á ninguna, sino atendiendo á todas con la misma solicitud de confesor y padre espiritual, sin admitir de ellas el menor obsequio, aunque fuera de objetos de devoción.

Presentábase á ellas con modesta gravedad y gran circunspección, atento sólo á dirigir sus almas en el camino de la perfección espiritual, sin emplear más palabras que las necesarias para aconsejarlas lo más conveniente para la disposición de cada cual, resolviendo sus dudas y alentándolas en sus vacilaciones, todo ello con una compostura y prudencia que las dejaba contentas y edificadas.

Como unía el ejemplo á la doctrina y no recomendaba virtud de que no fuera vivo ejemplo, los frutos de su dirección espiritual fueron tan abundantes como

sanos, y bajo su influencia puede decirse que el convento de la Encarnación era como un horno incandescente donde todas sus moradoras ardían en el amor divino. Y para que nada faltase para el mayor crédito y autoridad de tan sabio y prudente director y aumento de perfección en las dirigidas, Dios quiso mostrar algunos de los dones con que había enriquecido á su siervo por medio de un hecho prodigioso.

Había entre las religiosas del convento de la Encarnación una llamada en el siglo D.<sup>a</sup> María de Yera, á la que acometió una enfermedad tan violenta, que antes de que se la pudiera socorrer con remedio alguno la privó del uso de sus sentidos y, según se tuvo por cierto, de la vida.

Grande fué la consternación que este desgraciado accidente produjo en las demás religiosas, que apresuradamente llamaron á su santo confesor, no para que auxiliase á su infeliz compañera, cuya muerte era para ellas indudable, sino para que orase por la difunta y al mismo tiempo para darle amorosas quejas por haberla dejado morir sin Sacramentos; tan arraigado estaba ya entre aquellas religiosas el poder de la intercesión de Fr. Juan para obtener del Señor cuanto le pidiera.

Oyó el buen Padre aquellas quejas, y sin decir una palabra retiróse al coro del convento, donde se puso en oración, y ésta fué tan eficaz, que la religiosa tenida por difunta comenzó á mudar de semblante, á abrir los ojos y á mover las manos, dando con ello muestras evidentes de su vuelta á la vida.

Ante este prodigio corrieron las monjas al coro, llenas de júbilo, á comunicar á Fr. Juan tan grata nue-

va, que, lejos de sorprender al santo religioso, pareció como que la esperaba; tal fué la tranquilidad con que dijo á la religiosa que más directamente le había increpado por haber dejado morir á su compañera sin el poderoso auxilio de los Santos Sacramentos:

—Hija, ¿está ya contenta?

Después pasó á la celda de la resucitada, y hallándola con su cabal conocimiento la confesó con gran detenimiento, administrándole luego el Santo Viático y la Extremaunción, dejándola así dispuesta y prevenida para entregar, como así sucedió el mismo día, su alma al Señor, purificada de toda culpa mediante la poderosa intercesión del santo carmelita descalzo.

---



## IX

FAVORES ESPIRITUALES QUE EL SANTO RECIBIÓ DEL SEÑOR MIENTRAS FUÉ CONFESOR DE LAS RELIGIOSAS DEL CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN.

**E**L cargo de confesor de las religiosas del convento de la Encarnación puso en comunicación diaria á Fr. Juan y á la santa Madre Teresa de Jesús, siendo Dios y la reforma carmelitana el objeto constante de sus edificantes conversaciones. La Santa manifestaba á Fr. Juan sus pensamientos en lo referente á dicha reforma, y el docto director iluminaba su espíritu con los resplandores de su sabiduría y con la luz purísima de su doctrina: de este modo se fundían, por decirlo así, sus almas en un mismo sentimiento de ardentísimo amor á Dios y de celo inextinguible por la salud de las almas.

Más que conversar puede decirse que oraban, porque oraciones elevadas fervorosamente al Altísimo eran sus piadosas pláticas, en las que ninguna parte tenían las cosas humanas y todo lo ocupaban las celestiales ó divinas. Era muy frecuente que la conversación comenzada sentado el confesor en una silla en la parte exterior del locutorio, y la Santa en la de

adentro en un banco, la terminarán arrodillados ambos, transportados en los arrobamientos del éxtasis.

Así sucedió cierto día de la Santísima Trinidad en



que Fr. Juan comenzó á declarar las excelencias de tan alto misterio con las luces que infundía Dios en su alma, y una elocuencia y claridad tan soberanas, que

parecían penetrar en las profundidades insondables del maravilloso arcano. Fluían de sus labios las palabras con facundia inagotable, expresando cada vez conceptos más elevados é ideas más sublimes, y hasta tal punto fué inflamándose su corazón con la visión sobrenatural del misterio que exponía á la consideración de Santa Teresa, que no pudiendo contenerse su alma en los reducidos límites de su cuerpo, arrastró á éste en prodigiosa ascensión, elevándose con silla y todo á gran altura del suelo, no obstante los esfuerzos de su humildad para permanecer adherido á la tierra.

La Santa, por su parte, atenta á sus palabras, comenzó á experimentar los mismos efectos, y bajo el influjo de la poderosa palabra de Fr. Juan, que desarrollaba ante su vista las grandezas del sublime misterio, arrodillada, según solía estarlo cuando su director espiritual exponía ante ella algún punto de doctrina, vióse igualmente transportada fuera de sí y levantada del suelo á la misma altura que el santo carmelita.

Así les sorprendió cierta religiosa llamada Beatriz de Jesús, que entró en el locutorio para dar un recado á la reverenda Madre, y tal fué la admiración que tamaño prodigio la causó, que sin tener en cuenta el disgusto que á la humildad de ambos bienaventurados había de ocasionar la publicidad del hecho, llamó á otras religiosas para que participasen de tan milagroso espectáculo.

Luego preguntó á Santa Teresa el motivo de tan maravillosa suspensión, y habiéndolo sabido de boca de su reverenda Madre, se hizo lenguas de su santidad y de la de su insigne director espiritual.

No fué solo este favor el que San Juan de la Cruz recibió del Señor mientras tuvo á su cargo la dirección espiritual de las religiosas carmelitas del convento de la Encarnación. En él más que en parte alguna pudo advertir Santa Teresa de Jesús la frecuencia con que el piadoso varón era arrebatado en éxtasis, porque cuantas veces le hablaba, le hallaba tan embebido en la oración, que á la mitad de la plática se quedaba absorto, sin que nada de cuanto pasaba á su alrededor le hiciera salir de su arrobamiento.

Esto hacía decir á la Santa que no se podía hablar de Dios con Fr. Juan, porque luego se transponía y hacía transponer á los que le rodeaban, lo cual, no sólo se comprobó en el caso que más arriba hemos relatado, sino otras muchas veces, en una de las cuales fué tal el ímpetu de su elevación, que queriéndolo disimular se quedó en la silla en pie. Preguntóle la reverenda Madre si aquello era efecto de una suspensión, y el bienaventurado carmelita con tanta humildad como llaneza respondió:

—Creo que sí.

«En lo cual—añade la Santa al referir este caso—no sé de lo que más me maravillé, si de la alteza y perpetuidad de su oración y del recato con que procuraba evitar su exterior nota, ó ya de la humildad con que apenas confesaba lo que era tan patente.»

Otra vez hallábase orando en su estancia, puesta la consideración en los dolores que Nuestro Señor Jesucristo había padecido en la Cruz. Contemplaba con los ojos de su alma, enternecida ante tamaños sufrimientos, aquel divino rostro afeado por los golpes, la

sangre y las salivas, y el descoyuntamiento de todo su sagrado cuerpo, y el Señor, á fin de que en sus ojos y demás sentidos corporales quedase fija la visión de lo que contemplaba en su interior, se le apareció de una manera tan distinta, que luego el Santo tomó una pluma y trazó con toda exactitud la maravillosa aparición, que no podía haber duda alguna de que era copia de un original puesto ante su vista y no producto de la imaginación, según la opinión de los maestros en el arte pictórico que vieron el dibujo, cuyas copias, aun hechas por personas muy competentes, no han llegado á la perfección que obtuvo el Santo con sólo unas cuantas líneas hechas apresuradamente y sin profundos conocimientos en la pintura.

Todos estos prodigios traspasaron los muros del convento de la Encarnación y se extendieron por la ciudad de Ávila, por más que el Santo hizo toda clase de esfuerzos para encubrirlos. Era unánime la voz que presentaba al humilde descalzo como un varón del cielo cuya vida y doctrina constituían un portento de santidad y sabiduría divina. Con esta persuasión comenzaron á afluir á su pobre casita gentes de todas las clases sociales para verle y hablarle, y tan aficionados quedaban á su trato, que no dejaban de volver á visitarle, pidiéndole los unos consejos en sus dudas, otros remedio para sus necesidades ó consuelo para sus penas, buscando todos en él el oráculo y el guía.

Tenía un don especial para dirigir á las almas, desembarazando los espíritus de vanas imaginaciones enfrenando los apetitos sensuales y encaminando, en suma las voluntades á practicar el bien y á huir como de la peste de todo pecado. Como maestro



doctísimo en la vida espiritual, libró á muchas personas de la fatiga y peso de vanos escrúpulos; á otras, atormentadas de melancolías, les devolvió la paz del ánimo, y fueron innumerables las que, apartadas de buen camino por ignorancia ó por error, volvieron á él merced á sus exhortaciones y consejos.

Comunicó á muchas almas el espíritu de contemplación de las cosas divinas, en que era consumado maestro, y como á los demás conventos de religiosas llegaron las nuevas de lo que bajo su dirección había progresado el de la Encarnación, le solicitaron como guía y hubo de acudir en su auxilio para prodigarlas los beneficios de su apostolado con gran provecho para sus almas y creciente edificación de todo el vecindario, en el que se vió reproducido el fervor de los primeros siglos de la Iglesia.

---



## X

### SU PODER SOBRE EL DEMONIO. — TRIUNFOS QUE OBTUVO SOBRE LOS ESPÍRITUS INFERNALES

**U**NO de los dones más extraordinarios que el Señor otorgó á San Juan de la Cruz fué el de librar á las almas y á los cuerpos del poder del demonio. Tenía una luz particular para conocer y discernir espíritus y una gracia especial para hacerles declarar sus intentos, y de ello dió tantas y tan maravillosas muestras en el curso de su preciosa vida, que serían necesarias muchas páginas para referir los portentos que en este punto realizó.

Había en uno de los conventos de Ávila una religiosa cuya perfección y observancia excitaron muy especialmente las iras del espíritu de las tinieblas, que comenzó á mortificarla con tentaciones de blasfemia, proposiciones contrarias á la fe y deseos contrarios á la castidad. El combate fué empeñado y rudo, y la religiosa, cada vez más angustiada por las violentas acometidas del enemigo, recurrió á fray Juan, quien, conociendo al autor de su mal, aplicó inmediatamente el remedio, devolviendo la paz á la religiosa con sus consejos y exhortaciones.

Este alivio, sin embargo, era transitorio, pues ape-

nas el Santo se separaba de la religiosa, ésta volvía á ser afligida con tentaciones más fuertes y acometidas más violentas, que llegaron al extremo de tomar el demonio la figura del Santo para imbuirla en el confesonario doctrinas perniciosas.

Esta traza infernal fué atajada por el Santo, dando á la religiosa por escrito las instrucciones conducentes á desbaratar los planes del enemigo cuando por él se viera acosada; pero el espíritu de las tinieblas empleó el mismo ardid para deshacer lo hecho por Fr. Juan, con gran confusión de la religiosa, que no sabía á qué atenerse entre dos avisos contradictorios de una misma persona, según ella creía, pues el demonio imitó á la perfección la letra del Santo.

Cuando éste volvió al convento conoció la treta del enemigo, y viendo la aflicción de la pobre religiosa, valióse de los exorcismos y del poder de la oración, con lo que puso en fuga definitivamente al demonio y quedó libre para siempre la religiosa de sus asechanzas.

En otro convento recibió el hábito cierta joven, á quien, en edad de seis años, se le había aparecido el demonio bajo la forma de un hermoso mancebo, al que la niña entregó todo su afecto, prendada de su aparente belleza. Era de suyo la tal doncella de muy despierta imaginación y de vivo ingenio, y como estaba muy pagada de ello, el demonio la atacó por este flaco, prometiendo que le aumentaría estas dotes naturales, con la condición de que había de darle una cédula escrita con su sangre, ofreciendo no reconocer á otro que á él por esposo.

La doncella, deslumbrada por la hermosura con

que siempre se le aparecía el enemigo de su alma, hizo lo que le pedía, y de tal modo la comenzó á trastornar desde aquel momento, que consiguió que aborreciera á Dios y que cifrara toda su ventura en encaminar las almas al infierno.

De este modo fué creciendo en maldad al mismo tiempo que en años, y ya fuese por no poder elegir otro estado, ó más bien, y esto es lo que generalmente se creyó, porque el demonio la inspirase hacerse religiosa para pervertir al mayor número de vírgenes del Señor que le fuera posible, entró en el convento, donde fué recibida con gran gozo, tal era la seducción de sus maneras y la gracia de sus palabras.

Desde los primeros momentos mostró á sus demás compañeras conocimientos muy vastos. Hablaba todas las lenguas, era inteligente en todas las artes y discurría sobre toda clase de puntos teológicos con tanta sutileza y tal dominio de los casos que exponía, que llegaron á creer su Superiora y las demás religiosas que Dios la había dotado del dón de la ciencia infusa.

Pero en esto pasóse de listo el enemigo de las almas, que, á fuerza de querer que en todo sobresaliera su discípula, hizo á ésta sospechosa á los ojos de los varones doctos de su Orden, que determinaron examinar á fondo las maravillas que tantos celebraban.

Para ello fueron comisionados muy experimentados maestros, y con todos se las hubo la poseída, sin que lograsen cogerla en falta, aunque en el fondo de sus argumentos vislumbraban un espíritu que no era seguramente el de Dios.

En esta perplejidad acudieron á San Juan de la Cruz y le rogaron que examinase á la susodicha religiosa, seguros de que lo que él no descubriera, dadas las extraordinarias luces de que el Señor le habla dotado para leer en lo más íntimo de las almas, nadie lo podría descubrir, por ser un arcano que Dios reservaba á su exclusivo conocimiento.

La humildad del santo carmelita le hizo excusarse en un principio de entender en aquel asunto; pero los que reclamaban su auxilio hicieron un llamamiento á su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y ante este conjuro no vaciló en trasladarse al convento donde moraba la monja extraordinaria, y procedió á su examen, después de haberse preparado, según su costumbre, con ásperas penitencias y fervorosa oración.

Lo primero que pudo observar al ver á la mencionada religiosa, fué que ésta, tan locuaz y decidora en presencia de cuantas personas la hablaban, quedó como muda ante su presencia, y poseída de un temblor tan perceptible, que bien á las claras mostraba la turbación que la dominaba.

Bastóle esto á Fr. Juan, con el dón que el Señor le había concedido de profundizar en lo más recóndito de las almas, para conocer la naturaleza de las redes en que el demonio tenía apresada á la infeliz religiosa, y así se lo comunicó á sus superiores, explicándoles cómo aquella monja era víctima de un horrendo engaño, del que sólo podía salir á fuerza de conjuros, por ser muy antiguo el dominio que sobre ella ejercía el enemigo de las almas.

Con esto dió por terminado su cometido el bien-

aventurado Padre; pero los Prelados de la religiosa le rogaron que, ya que había conocido su enfermedad, á nadie más que á él correspondía curarla, con tanto mayor motivo, cuanto que su sola presencia había hecho enmudecer al espíritu locuaz que hablaba por boca de aquella monja.

Estas razones y su santo deseo de librar á la infeliz religiosa de la dominación satánica á que estaba sometida, movieron á Fr. Juan á encargarse de su curación, y en el primer conjuro se confirmó el terror que inspiraba al demonio, pues volvió á repetirse en la monja el fenómeno de mudez y de turbación, que la dejó como paralizada en la primera entrevista que tuvo con el santo religioso.

En el segundo conjuro revistióse Fr. Juan de la autoridad que Dios le había dado, y mandó al demonio que hablase, y éste, ante la fuerza incontrastable del exorcismo, se vió obligado á declarar el tiempo que llevaba en posesión de aquella alma, los daños que la había causado y los engaños de que la había hecho víctima, sin omitir la circunstancia de la cédula, que había hecho firmar con su sangre á la crédula doncella.

Esta forzada confesión fué muchas veces interrumpida por accesos de furor tan violentos del enemigo de las almas, cuya soberbia llegó al más alto grado de irritación al verse de tal modo humillado por un pobre fraile, que en ocasiones pareció que iba á despedazar el cuerpo en que se aposentaba. Y á tal punto llegó el terror que las contorsiones de la infeliz profesas inspiraban á las religiosas que esta escena contemplaban, que todas ellas huyeron despavoridas,

y aun hubiera hecho lo mismo el compañero de Fr. Juan, si éste no le hubiera animado diciéndole que nada podía temer de la furia del demonio un sacerdote del Señor.

Con los conjuros unió las exhortaciones, y la monja, que sólo perdía el sentido cuando la exorcizaba, viendo que el Santo conocía su mal, se lo declaró con más pormenores. De esto se aprovechó Fr. Juan para ir ganando su confianza, y unas veces moviendo su voluntad, y otras iluminando su entendimiento con razones tan persuasivas acerca de la misericordia de Dios y de la bondad con que recibe á los que á Él acuden, que la extraviada religiosa comenzó á desear el remedio de sus males y el término de la esclavitud á que el demonio la tenfa sometida.

Esto irritó sobremanera al enemigo de las almas, que empleando la astucia de tomar la forma del Santo, llegóse á la portería del convento y dijo á la tornera que llamase á la monja profesa al locutorio. Hizolo así, y el falso confesor comenzó á turbar el espíritu de su penitente, oponiendo á la prudente benignidad del verdadero una severidad exagerada, representando á la infeliz monja la enormidad de sus culpas, que la hacían indigna de perdón. Y por este estilo fué infundiendo en su ánimo una amarga desconfianza en la misericordia divina, hasta el punto de que la religiosa comenzó á desesperar de su salvación y á concebir una gran aversión hacia aquel confesor que la había infundido primeramente las más halagadoras esperanzas para la salud de su alma, y ahora se complacía en destruirlas haciéndola ver que nada podía ya librarla de la condenación eterna.

Una voz interior avisó á Fr. Juan en aquellos momentos de la trama que estaba urdiendo á la sazón el demonio, y, sin pérdida de tiempo, se trasladó al



convento y pidió hablar con la religiosa encomendada á sus cuidados.

—No podéis verla ahora—respondió la tornera—porque está hablando con Fr. Juan de la Cruz.

—¿Cómo puede ser eso—replicó el Santo—si yo



soy Fr. Juan de la Cruz, y no el que está en el locutorio?

Y sin decir más, entró en él, y al punto que le vió se desvaneció el demonio, dejando á la infeliz monja casi desesperada. Hablóla el santo carmelita, haciéndola conocer el error de que acababa de ser víctima, poniéndola de manifiesto la flaqueza de su enemigo, que huía despavorido ante un pobre y humilde fraile, y la piedad que con ella usaba el Señor acudiendo en su auxilio en los precisos momentos en que, engañada por Lucifer, comenzaba á desesperar de su misericordia. Con lo cual quedó la monja reanimada y deseosa de verse de una vez libre de la dominación satánica que sobre ella pesaba.

En esto fueron acudiendo al locutorio las demás religiosas, y á presencia de todas ellas conjuró fray Juan á los demonios con tal autoridad y energía, que no sólo les hizo abandonar definitivamente el cuerpo de la religiosa, sino devolver la cédula que ésta en mala hora entregó al enemigo de su alma, quedando la monja desde aquel momento, y para siempre, libre de la servidumbre á que la había recluído el espíritu de las tinieblas.



## XI

CONVIERTE Á MUCHOS PECADORES.—ES TENTADO POR EL DEMONIO Y LE HACE HUIR VERGONZOSAMENTE.

**N**O se limitaba el apostolado de San Juan de la Cruz á dirigir las almas de las religiosas, sino que se extendía también á las personas seglares á las que iluminaba con sus consejos, alentaba con sus exhortaciones y encaminaba al bien, más que con la elocuencia de sus palabras, con la fuerza incontrastable de su ejemplo.

Muchos fueron los pecadores que debieron su salvación eterna al santo carmelita, y muy sorprendentes las conversiones que logró, entre las que merece ser citada la de cierta joven rica y bien nacida, y más tocada todavía del vicio de la vanidad, que en más de una ocasión la llevó á comprometer su decoro.

Sabía que era hermosa y gustaba de que se lo dijeran, y con esto tenía seducidas á muchas almas, presas en los lazos de sus devaneos.

Algunas personas de su familia que la veían correr rápidamente á su pérdida, trataron de separarla de la senda peligrosa en que se había engolfado, pero la

aturdida doncella desoía sus amonestaciones y consejos y cada día daba un paso que la acercaba más á la deshonra.

Alguien, compadecido del inminente riesgo en que se hallaba, la indicó que se confesara con Fr. Juan de la Cruz, creyendo, y con gran fundamento, que sólo un siervo de Dios, tan lleno de virtudes y talentos como el santo carmelita, podía ser capaz de volver al buen camino á aquella oveja extraviada que tan á punto se hallaba de perderse.

Resistióse la doncella á tomar el remedio que se la ofrecía y puso tanto empeño en huir del santo varón, como su caritativo consejero en que lo conociera. Mas la gracia de Dios tomó parte en la contienda, y la joven consintió en ver á Fr. Juan, á quien bastaron muy pocas palabras para decidirla á confesarse, lo que hizo no sin gran temor, creyendo que á la austeridad de su porte correspondería una rigidez de carácter que no lo permitiría salir del trance de la confesión sin una reprimenda muy agria y una penitencia no menos severa.

Pronto, sin embargo, se tranquilizó acerca del primer extremo, pues halló en el santo carmelita una acogida muy bondadosa y un trato tan apacible y sencillo, que hizo para ella facilísima la tarea de confesar sus culpas, que en un principio había tenido por empresa insuperable.

En cuanto á la austeridad de la penitencia, ella misma fué quien se la impuso, pues bastaron las suaves consideraciones que Fr. Juan la hizo sobre los peligros que corría su alma y la ingratitude con que correspondía al amor de Nuestro Señor Jesucristo,

que derramó hasta la última gota de su preciosísima sangre para redimirnos de la esclavitud del pecado, para que la hasta entonces distraída doncella mudase de vida, trocando las sedas y brocados por la jerga y edificase con sus austeras mortificaciones á las personas á quienes había escandalizado con sus vanidades y devaneos.

Otra conversión más notable por la calidad y circunstancias de la persona vuelta á la gracia de Dios por ministerio de nuestro Santo, fué la de cierta desgraciada que, habiéndose comprometido con voto solemne á guardar perpetua castidad, lo rompió sacrílegamente, encenagándose en impuros amores con gran escándalo de toda la ciudad.

Dios, en su infinita misericordia, llevó á aquella desventurada á los pies de Fr. Juan, quien supo inspirarla un dolor tan sincero de sus culpas y un propósito tan firme de enmendarlas, que de allí en adelante fué un verdadero portento de penitencia y un dechado de virtud.

Por cierto que el sacrílego cómplice de sus pecados, furioso por una conversión que le privaba de satisfacer su lubricidad, determinó tomar venganza en el instrumento de que el Señor se había servido para lograrla. Con este mal propósito, esperó cierta tarde al santo carmelita, y cuando éste salía del Convento de la Encarnación de confesar á sus religiosas, le apaleó tan bárbaramente, que dió con él en tierra, dejándole muy malparado, pero muy gozoso por haber podido padecer algo por Cristo.

De sobra conoció Fr. Juan de quién era la mano que tan alevosamente le había maltratado; pero lejos

de denunciarle, le vivió siempre agradecido y no dejó de pedir por él un solo día, como por el mayor de sus bienhechores.



Sus triunfos sobre el enemigo de las almas le concitaron la ira de todas las potestades del infierno, que, como el león rugiente de que nos habla San Pedro, se lanzaron sobre él con el propósito de devorarlo. Para ello, determinó el demonio atacar el ba-

luarte de su castidad con una tentación tanto más peligrosa, cuanto más inesperada.

Ya hemos dicho que San Juan de la Cruz tenía su habitación en una casita situada en las afueras de la ciudad de Ávila, cerca del convento de la Encarnación, y hallándose en ella cierta noche, á hora bastante avanzada, entregado á la oración, vió entrar de improviso en su celda una hermosa mujer que, sin darle lugar á reponerse de la sorpresa que experimentó ante aquella súbita aparición, se le fué acercando con ademanes que no dejaban lugar á dudas acerca de sus propósitos.

El santo carmelita tomó aquello por una invención de Satanás y armado con la señal de la Santa Cruz, é invocando el dulce nombre de Jesús, se preparó á rechazar el asalto. ¡Pero cuál no sería su asombro cuando lo que él tomaba por visión diabólica, lejos de desvanecerse y evaporarse ante el signo siempre vencedor, se acercó más á él, diciéndole que era una mujer verdadera y no contrahecha por parte del demonio, y además, una de sus hijas de confesión que no había podido dominar el fuego impuro que hacia él la arrastraba!

Miróla entonces el Santo y hubo de rendirse á la evidencia, porque realmente se trataba de una mujer y era cierto cuanto decía, lo cual aumentaba el peligro, porque no se trataba de luchar con invenciones del demonio, sino con realidades en su forma más seductora, por tratarse de una doncella hermosa y noble, y honesta hasta el momento en que entró en ella el espíritu infernal para tentar al siervo del Señor.

Midió éste de una ojeada toda la magnitud del

riesgo, y sabiendo que nadie es casto si Dios no le da gracia para serlo, apeló en aquel momento crítico al arma de la oración, y con ella, no sólo logró verse libre de la tentación, sino que además consiguió que la desenvuelta doncella, conociendo la magnitud de su pecado, se arrepintiera de él, y echándose á los pies del Santo le pidiera como una gran merced le impusiera la penitencia que merecía su culpa.

El efecto que esta derrota produjo en los espíritus infernales se manifestó de un modo visible, pues con grande estrépito abandonaron el cuerpo de la desgraciada mujer, en el que habían entrado con el único y exclusivo objeto de perder á Fr. Juan, quien á su vez despidió á la arrepentida joven, que, vuelta á su casa, satisfizo con asperísimas y múltiples penitencias el extravío pecaminoso á que la había llevado el demonio con el propósito ya dicho.

El furor que en él produjo este nuevo triunfo del Santo, le incitó, aprovechándose de la licencia que para ello le daba la permisión divina, á maltratar el cuerpo de Fr. Juan con mil diabólicas torturas y á mortificar su espíritu con las más espantosas visiones; pero como de todos estos trances saliera el Santo victorioso y con más merecimientos á los ojos de Dios, varió de táctica, levantando contra él la persecucion de que trataremos en el capítulo siguiente.

---



## XII

PERSECUCIÓN LEVANTADA CONTRA EL SANTO POR EL ESPÍRITU DE LAS TINIEBLAS.—PRISIONES QUE SUFRIÓ Y CASTIGOS QUE LE FUERON IMPUESTOS.—ADMIRABLE RESIGNACIÓN CON QUE SOPORTÓ ESTAS PRUEBAS.



ANTES de que esta nueva maquinación del espíritu de las tinieblas empezara á surtir sus efectos, tuvo de ella aviso del cielo el santo carmelita, y así lo manifestó éste á una religiosa del convento de la Encarnación, de Ávila, á la que pidió oraciones para que el Señor le sostuviera en los trabajos y penalidades que le esperaban. Y como la religiosa le manifestara sus dudas de que pudiera resistir más carga de trabajos estando ya tan agobiado, gastado y flaco por sus austeras penitencias, el Santo replicó que tuviera por cierto que así sería, como luego lo demostraron los hechos.

Cinco años llevaba Fr. Juan de residencia en Ávila confesando á las religiosas del convento de la Encarnación, cuando los Padres Carmelitas de la regla mitigada, descontentos de que los descalzos continuasen cuidando de dicho convento después de haber terminado su priorato en él Santa Teresa de Jesús, ya



establecida en el monasterio de San José, enviaron de orden del Vicario general, Fr. Jerónimo Tostado, á un religioso de su observancia para que los echase de allí, teniéndoles, con evidente error, por rebeldes contumaces.

Así lo hizo el comisionado con escándalo de la ciudad y con tan poco miramiento que, cual si se tratara de empedernidos criminales, llevóse preso á San Juan de la Cruz al convento de Toledo, y á su compañero Fr. Germán al de Moraleja. No contento con esto, y creyendo con esto servir mejor al extraviado celo de sus Prelados, trató en el camino á Fr. Juan con tanta dureza, que el mismo mozo de mulas que los acompañaba, le ofreció su ayuda para que se escapara, y la misma oferta repitió al llegar á una venta, de acuerdo con el dueño de ella.

Á ello se negó resueltamente el Santo, para quien era causa de gozo el padecer por Dios, y con la serenidad que le prestaba su inocencia, llegó á Toledo, donde fué recibido por los Padres Observantes como si se tratase de un fraile apóstata, tales fueron las repreciones y amenazas que le hicieron y el mal trato que le dieron.

Á unas y otro se resignó con paciencia y humildad extraordinarias el santo religioso, limitándose á defender su descalcez con argumentos tan irrefutables, que frustraron todos los ardidés que contra él se emplearon para cogerle en falta. Sus jueces, sin embargo, ateniéndose á las instrucciones que habían recibido del Vicario general, Fr. Jerónimo Tostado, le trataron como á rebelde incorregible, y, en concepto de tal, le mandaron encarcelar, dándole frecuentes y

ásperas disciplinas, severas reprensiones é imponiéndole ayunos de pan y agua y otras penitencias, con las que creyeron castigarle, cuando, en realidad, coad-



yuvaban á llenarle de merecimientos y coronas á los ojos de Dios.

La cárcel en que le metieron era una celda de seis pies de ancho por diez de largo, sin más luz ni venti-

lación que la que podía entrar en ella por una hendidura hecha en lo alto de la pared, que no pasaba de tres dedos de ancho, viéndose obligado Fr. Juan para rezar el Breviario á subirse en un banquillo, aprovechando la reverberación de los rayos del sol.

Su cama consistía en unas tablas y dos mantas viejas, y para que nadie pudiera entrar á hablarle cerraron la puerta de la estrecha celda con un candado, cuya llave, así como la de la sala que precedía á su prisión, tenía el carcelero, para hacer más segura la incomunicación.

Todas las noches era bajado al refectorio, donde, después de haber cenado, le daban todos los religiosos la disciplina llamada *circular*, dándole cada uno su azote por orden del Prelado, castigo que sólo se empleaba con los rebeldes contumaces. En un principio recibió la infamante disciplina todas las noches, luego, tres días á la semana, y por último los viernes, hasta que, cansados de tanto azotarle y al ver la paciencia con que el Santo recibía la flagelación, lo hicieron más de tarde en tarde. Así y todo fué tan violento el castigo, que el santo carmelita solía decir con apacible donaire que había recibido durante su prisión más azotes que San Pablo, y éstos fueron tan rigurosos que, aun pasados muchos años, parecían frescas las cicatrices que llenaban sus doloridas espaldas.

De ello dió testimonio un enfermero á quien el Santo hubo de manifestar la causa de dichas cicatrices, compelido á ello al ser curado de otra dolencia.

El ayuno que se le impuso no fué menos riguroso. Los días que era azotado en el refectorio, se le daba

en él, pan y agua, y no era otro el alimento que recibía en su celda. Su vestido consistía en un hábito viejo de carmelita calzado, que le vistieron por fuerza en Ávila y que hubo de llevar durante los nueve meses que duró su prisión, lo que le hizo criar tantos parásitos inmundos, que la comezón que esto le produjo no fué el menor de los tormentos que padeció en su injusto cautiverio.

Á estos sufrimientos corporales se añadía el tormento moral de las más ásperas reprensiones. Con las más duras palabras era acusado de haber desprestigiado á la Orden carmelitana, con lo que sus detractores llamaban gran desatino de los descalzos, cuyas singularidades sólo servían para introducir la discordia entre los religiosos y dar que hablar á los seglares. Llamábanle hipócrita, que no buscaba ser santo, sino parecerlo; ni la edificación del pueblo, sino su aplauso. Culpábanle de haberse apresurado á descalzarse para adornarse con el título de primer descalzo y á fin de que le tuvieran por reformador de la Orden, siendo así que apenas servía para portero de un convento, y uniendo, por último, el escarnio al insulto, le invitaban á que aparejase sus espaldas para recibir la «reforma» que él más que los demás merecía.

Todos estos oprobios fueron recibidos por San Juan de la Cruz, no sólo con resignación, sino con tanto gozo y persuasión de su bajeza, que le parecía que aun se quedaban cortos los que de tal suerte le injuriaban, y era tal su deseo de recibirlos, que habiéndosele olvidado cierta noche á su carcelero bajarle al refectorio para ser ultrajado, se le quejó al día si-

guiente, porque le había privado de lo que él tenía por gran consuelo y regalo.

Estaba plenamente convencido de la santidad de la reforma que había abrazado, y en modo alguno creía haber ofendido á su Orden al descalzarse, pero hallaba en sí tantas miserias é imperfecciones, que tenía por muy merecidos todos los castigos y humillaciones que se le imponían. Recibíalos, por lo tanto, con alegría como medio de satisfacer á Dios algo de lo que le debía por sus culpas, y lejos de considerar á sus jueces como seres injustos y crueles, les tenía por instrumentos del Señor para enmendarle y purificarle.

Pero de esta alegría que experimentaba al ser reprendido y castigado sacaban sus acusadores argumentos para humillarle y vejarle, llamándole «lima sorda», «agua mansa» y «mátalas callando», con otros dicterios significativos de la doblez y perfidia de que tan ajeno era el carácter sencillo y noble del Santo.

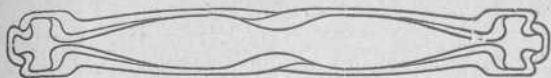
Algunos religiosos observantes llevaban su encono á Fr. Juan haciéndose abrir la sala que servía como de antecámara á su celda, y allí, esforzando la voz para que el siervo de Dios lo oyera, hablaban de sus pleitos con los descalzos y de las medidas que decían iban á tomarse contra ellos, llegando á presentar al Nuncio de Su Santidad, como tan contrario á la descalcez, que no se contentaban con menos que con hacer prender á los que la habían abrazado, y que á todos ellos, sin excluir á la Madre Teresa de Jesús, les tenía por unos herejes, peores que el mismo Lutero. Y añadían que con todos ellos iba á hacerse un castigo ejemplar, dejándolos infamados por toda su

vida y extinguido para siempre el Instituto de los descalzos.

Á todas estas mortificaciones y torturas añadió el Señor la sequedad que comenzó á invadirle en la oración, dejándole sumido en grandes desalientos y congojas, apenado por el peligro en que veía á los que habían abrazado la reforma de la descalcez y temiendo haber dado él motivo con sus culpas á que se desatase contra ellos tan terrible tempestad, en lo cual se corroboraba al no hallar en la oración el consuelo y la fortaleza que hasta entonces le habían sostenido.

Afligiale también sobremanera el no poder celebrar el santo sacrificio de la Misa, y aumentaba su dolor la carencia de toda comunicación con sus Hermanos los descalzos, víctimas como él de la más amarga tribulación.

---



### XIII

EN PREMIO DE SU RESIGNACIÓN, VUELVE EL SEÑOR  
Á CONSOLARLE EN SU PRISIÓN.—LE LIBRA DE  
ELLA LA PROTECCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

**D**E este modo se deslizaban los tristes días de San Juan de la Cruz en su prisión, cuando el Señor, movido por la constancia y resignación con que soportaba tan duras pruebas, determinó consolarle con los favores espirituales de que, para más acrisolar su virtud, le había privado durante algún tiempo.

Cesó de repente la sequedad que tanto le había atormentado, y la oración fué de nuevo para él fuente de inagotables consuelos y delicias espirituales. Á este favor inestimable se añadieron otros que aliviaron las molestias corporales que padecía en su prisión y se la hicieron más llevadera.

Una de las cosas que más le molestaban era la falta de luz para leer el breviario, cansada é insuficiente durante la mayor parte del día, como ya hemos dicho, y nula en absoluto durante la noche, pues no le daban ni una miserable candela para alumbrarse. Mas Dios vino en auxilio de su siervo, y á falta de la luz de la tierra, envióle la del cielo, inundando todas las noches su estrecha cárcel de res-

plandores celestiales, que con ventaja sustituían á los mismos rayos del sol.

El carcelero del Santo advirtió aquellos resplandores, y temiendo que alguien, valiéndose de llaves falsas, hubiera facilitado luz á su prisionero, corrió á poner el hecho en conocimiento del P. Prior, que con otros religiosos se trasladó á la celda de Fr. Juan, y efectivamente, vió la iluminación que había en ella por las junturas de la puerta, mas al abrir ésta, la luz desapareció, y hallando la prisión á obscuras, y no encontrando en ella ni vela, ni lámpara, ni materia alguna combustible, marchóse persuadido de que todo ello había sido efecto de alguna alucinación del carcelero, que se le había comunicado á él por sugestión.

Confortado con estos favores, recobró el Santo su antiguo valor para soportar con alegría las torturas físicas y para las que le imponían sus carceleros, y más todavía creció su fortaleza cuando cierta noche, á más de los resplandores que iluminaban su celda, oyó la voz del Señor que le decía: «No temas, Juan, que Yo estoy á tu lado y te libraré.» Entonces fué cuando compuso aquellas hermosísimas canciones que comienzan con la frase *¿Adónde te escondiste?*, y que el mismo Santo explicó luego y hoy figuran entre sus obras impresas.

No menos favorecido que por Jesucristo nuestro Señor, lo fué por su Divina Madre, la Virgen María, que se le apareció en varias ocasiones para darle la seguridad de que presto terminaría aquella prueba, de la que saldría triunfante y justificado.

De tres de estas apariciones hacen especial men-



ción los biógrafos del Santo, y dió ocasión á la primera, el haber entrado en su celda el Prior con otros dos religiosos hallándose Fr. Juan de rodillas puesto en oración, y tan postrado por los malos tratamientos de que era víctima, que no tuvo fuerzas para levantarse al ver entrar en la prisión á sus visitantes.

Tomólo esto el Prior á descuido ó á afectación, y le reprendió según su costumbre, severamente, pero el Santo le pidió perdón con tanta humildad, que en tono menos duro añadió:

—¿En qué estaba pensando que tan embebido se hallaba?

—Acordábame—respondió el Santo—que mañana es la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, y me consolaría mucho decir Misa.

—No en mis días—replicó ásperamente el Prior, saliendo airado de la celda.

Volvió Fr. Juan á su oración, y durante gran parte de aquella noche y el día siguiente ofreció sus deseos como homenaje á la Reina de los cielos, quien al caer de la tarde se apareció al Santo llena de celestiales resplandores y asistida de una brillante corte de coros angélicos, alentándole con estas palabras:

—Hijo, ten paciencia, que presto se acabarán estos trabajos, saldrás de esta prisión, dirás Misa y te consolarás.

Grande fué el gozo que el penitente carmelita descalzo experimentó con esta aparición, y después de agradecerla con fervorosas jaculatorias, dióse á pensar cómo podría salir de aquella prisión, pues ni tenía medios para ello ni se le ocurría la forma de

encontrarlos. La promesa de la Santísima Virgen, sin embargo, era para él una segura garantía de que todo



sucedería como le había anunciado, y descansando en ella, decidió aguardar la decisión de la Providencia divina, que había de seguir necesariamente al aviso.

No fué larga la espera, porque uno de los días de la octava de la mencionada festividad vióse nuevamente favorecido con la aparición de Nuestro Señor Jesucristo acompañado de su Santísima Madre, que respondiendo á las dudas que acerca de su libertad se le ocurrían, le dijeron que se animase, que quien había hecho que el profeta Eliseo pasase con la capa de Elías el Jordán, le sacaría á él de su prisión sin dificultad alguna.

Esto acabó de alentarle, y desde aquel punto sólo pensó en estar preparado para aprovechar los medios que Dios no dejaría de ofrecerle para salir de su prisión, cuyas puertas bien se le alcanzaba que no le habían de abrir los que le tenían encerrado, y que le sería forzoso, por lo tanto, burlar su vigilancia, como claramente le fuera manifestado al anunciarle que Dios, y no los hombres, le sacaría de su prisión por modo tan extraordinario como el que empleó para hacer pasar á Eliseo el río Jordán.

No tardó en conocer cómo había de realizarse su salida de su estrecha prisión, pues la Santísima Virgen se le apareció por tercera vez, mostrándole en espíritu una ventana del convento que daba al río Tajo, mandándole que por ella se descolgase sin temor alguno, pues Ella misma le sostendría con su mano. Y como el Santo presentara en su ánimo la dificultad de romper las cerraduras de su celda y de la sala que á ella precedía, para llegar á la galería donde estaba la ventana por la que había de verificarse su evasión, la misma Virgen le indicó el medio de que había de valerse para ello, y que Fr. Juan prometió ejecutar al pie de la letra.

Por especial permisión del Señor el antiguo carcelero que cuidaba del Santo fué sustituido por otro más humano, que edificado por la paciente humildad con que Fr. Juan soportaba los malos tratamientos de que era inocente víctima, procuraba dulcificar su situación, sacándole algunas noches á la galería del convento para que, á lo menos, se consolase con la vista del cielo, de que se hallaba privado en su obscura y estrecha mazmorra.

En uno de estos paseos vió el santo carmelita la ventana que caía al río, de que le había hablado la Santísima Virgen en su última aparición, y fijando en su mente su posición y el espacio que había que recorrer desde su prisión á aquel sitio que se le había designado como punto de embarque para llegar al puerto de su salvación, volvióse á la celda, suplicando al caritativo carcelero que le trajera un jarro de agua fresca para aplacar su sed.

Mientras iba y volvía el carcelero, el Santo aflojó las armellas del candado que cerraba la puerta de su cárcel, á fin de poder forzarla fácilmente en caso necesario; y después que se quedó encerrado en ella, hizo tiras las dos mantas viejas de su cama, y uniéndolas entre sí, formó una á manera de cuerda para poder verificar su descenso desde la ventana que se le había designado, al caudaloso río Tajo.

Quedaba por vencer la dificultad que ofrecía la segunda puerta, ó sea la de la cámara que precedía á su celda, y cuya llave también conservaba el carcelero; pero también aquí vino en auxilio de Fr. Juan la Divina Providencia, haciendo que acudiesen al convento gran número de frailes forasteros, á los que, no

pudiendo acomodar en otra parte, colocaron en la sala adonde daba su prisión. Allí se les preparó las camas, y cuando estuvieron acostados, después de dejar pasar el tiempo que Fr. Juan calculó tardarían en dormirse, empujó la puerta de su celda, que cedió fácilmente á su embite, é invocando la protección de la Santísima Virgen, salió á la sala donde estaban acostados los frailes, provisto de la cuerda que había hecho con las mantas de su cama y de un candil que en la prisión se había dejado olvidado el carcelero.

Por muy despacio que anduviera el fugitivo, no pudo evitar hacer algún ruido, que bastó para que algunos de los frailes se despertaran diciendo: «¿Quién anda ahí? *Deo gratias.*» Inmóvil quedóse el Santo; conteniendo la respiración, y como los frailes no volvieran á sentir ruido alguno, sosegáronse, quedándose de nuevo dormidos, y Fr. Juan salió de la sala, encaminándose á la galería donde se hallaba la ventana por donde había de realizar su evasión.

Llegó á ella felizmente, y después de haber atado á su alféizar la improvisada sogá, valiéndose como garfio para asegurarla del candil del carcelero, se fué descolgando por ella hasta que llegó á su extremo, viendo entonces con terror que sólo había andado la mitad del camino, pues para llegar al suelo tenía que bajar lo menos otro tanto que lo que había recorrido.

En tamaña extremidad se acordó de la promesa de sostenerle con su mano, que la Santísima Virgen le había hecho, y lleno de confianza se dejó caer, yendo á parar á unos peñascos que para él fueron blando colchón de plumas, pues á pesar de la gran altura

desde que se tiró y de la violencia del golpe, no experimentó daño alguno.

Pero no por esto cesaron sus congojas, pues al examinar el sitio donde se encontraba, vió que aun estaba dentro de la cerca del convento, de la que no veía medio de salir y en mayor peligro que nunca, pues al ser descubierto en aquel lugar en flagrante delito de tentativa de fuga, no sólo sería castigado cruelmente, sino encerrado en sitio de donde humanamente no pudiera salir.

De nuevo invocó el auxilio de Dios y la intercesión de la Santísima Virgen, y trepando por las anfractuosidades de una pared, se halló en el cercado de un convento de religiosas de la Concepción, lo que aumentó más su zozobra por el escándalo que podía sobrevenir de encontrarle en aquel sitio. Todo acogojado, hincóse de rodillas solicitando con fervorosas plegarias el auxilio del cielo para salir del amargo y peligroso trance en que se encontraba, y ya había hecho al Señor el sacrificio de su honra y de su vida, persuadido de que no podía salir de aquella segunda cárcel, cuando vió brillar una luz y oyó una voz en la misma direccion que le decía: *Sígueme*.

Confortado con este auxilio de la Divina Providencia, se acercó al sitio donde la luz brillaba, y vió que se hallaba junto á la pared del convento de monjas que daba á la calle. Al mismo tiempo sintióse elevado por una fuerza desconocida, y antes de que volviera de su asombro se halló en la plaza de Zocodover, de Toledo, y libre, por lo tanto, de todo peligro; pero tan deslumbrado por la luz resplandeciente que le había guiado, que, según él mismo confesó, tuvo por

espacio de dos días los ojos como quien ha estado mirando al sol fijamente por espacio de largo tiempo.

Caminando á la ventura, pues nunca había estado en Toledo, vagó durante una gran parte de la noche por las calles de dicha ciudad, y falto de fuerzas, se recogió en el zaguán de una casa, hasta que, llegado el día, Dios le llevó á la puerta de un convento que resultó ser el de Carmelitas descalzas. Enterado de ello el Santo, llamó al torno y dijo á la Madre Leonor de Jesús, que acudió al llamamiento:

—Hija, Fr. Juan de la Cruz soy, que esta noche me he salido de la cárcel: avise á la Madre Priora.

Cumplió la tornera apresuradamente el encargo, y la Priora y demás religiosas acudieron al locutorio, y al ver al Santo, quedaron tan admiradas como gozosas.

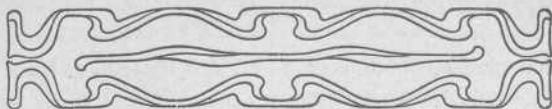
Otro hecho providencial vino en aquel momento á impedir que se frustrase la fuga del santo carmelita en el mismo puerto de salvación, y fué que una religiosa enferma comenzó á pedir con vivas instancias confesión, y aprovechándose de la llegada del bienaventurado Padre, la Priora le llevó á la celda de la enferma á tiempo que algunos de los frailes de la Observancia penetraron en el convento con varios alguaciles en busca del preso.

Registraron escrupulosamente la iglesia, la sacristía y el locutorio, y como no pudieron penetrar en la clausura por no tener autorización para ello, hubieron de marcharse mohinos y desconfiados, prometiendo volver inmediatamente provistos del correspondiente permiso para registrar todo el convento. Mas fué

vana su diligencia, porque la Priora aprovechó el respiro que se le concedía para avisar á D. Pedro González de Mendoza, canónigo tesorero de la iglesia catedral y muy afecto á los descalzos, quien tomó á su cargo ocultar en su casa á Fr. Juan, al que regaló durante algunos días para que se repusiera de los malos tratos sufridos en su prisión, mandándole después bien resguardado al convento de Almodóvar.

---





## XIV

PASA SAN JUAN DE LA CRUZ AL CONVENTO DEL CALVARIO. — EJEMPLOS DE VIRTUD QUE EN ÉL DIÓ. — CURA Á UN ENDEMONIADO. — LAS MONJAS DE BEAS LE ESCOGEN POR CONFESOR.

**G**RANDE fué la alegría que la libertad de San Juan de la Cruz produjo en todos los Carmelitas descalzos, que, reunidos en Capitulo en el convento de Almodóvar, donde aquél se había refugiado, le eligieron por Vicario del convento del Calvario, en Andalucía, para ponerle á cubierto de las persecuciones que había padecido en Castilla, y en sustitución del que hasta entonces había desempeñado dicho cargo, al ser enviado á Roma por los Padres descalzos para tratar de los asuntos de su Instituto. Por cierto, que al despedirse el mencionado religioso de Fr. Juan, éste le pronosticó el mal éxito de su comisión, con estas palabras:

—Vuestra Reverencia, P. Fr. Pedro—le dijo—va á Roma descalzo y volverá calzado.

Predicción que, si no en la forma, se confirmó en el fondo, pues aunque volvió á España descalzo materialmente, en espíritu ya estaba con los calzados, con

los que se puso de acuerdo en Roma, dando de mano la comisión que llevaba, y á los que más tarde se unió definitivamente en España, abandonando la austeridad de la descalcez, dejando en ella un mal ejemplo y perdiendo él mismo la perfección que en ella había conquistado y que jamás volvió á recobrar.

Antes de tomar posesión de su Vicariato del Calvario pasó por la villa de Beas, donde las Carmelitas descalzas tenían ya convento, del que era Priora la venerable Ana de Jesús, y en el poco tiempo que residió en dicha población tomó á su cargo dirigir las, con gran aprovechamiento espiritual de aquella comunidad.

Continuó luego su viaje y entró en el Calvario con extraordinario júbilo, cual náufrago que, después de haber sido juguete de las embravecidas olas del mar, logra llegar á seguro puerto.

No fué menor la alegría con que le recibieron los religiosos de aquel convento, que ya tenían noticias de sus extraordinarios méritos y de la cruelísima persecución que había sufrido por defender su Instituto, y después de los recíprocos plácemes que entre uno y otros se cambiaron, tomó Fr. Juan posesión de su cargo, comenzando su gobierno en aquella santa casa, más con el ejemplo que con las palabras, según tenía por costumbre.

Á que en ella reinasen la oración y la penitencia, bases de la vida monástica, con el silencio y el recogimiento, que son su guarda, consagró todos sus desvelos. En todo esto resplandecía el santo carmelita, y como toda la Comunidad abundaba en su espíritu, pronto el convento del Calvario fué un fiel tra-

sunto de las austeridades de que en los tiempos primitivos de la Iglesia dieron ejemplo los solitarios de la Tebaida.

La comida de los religiosos del Calvario consistía exclusivamente en hierbas silvestres cocidas en agua, sin otro condimento que algunas cabezas de ajo, y sólo en los días de fiesta extraordinaria eran las hierbas sustituidas por calabazas sazonadas con vinagre y aceite, más del primero que del segundo.

El silencio llegó á ser tan riguroso, que á los religiosos les causaba temor abrir la boca cuando por necesidad tenían que hablar; oraban día y noche constantemente, y las disciplinas que se daban y las demás mortificaciones que se imponían eran tan extraordinarias, que á milagro podía atribuirse el que tuvieran fuerzas para soportarlas. Á todos ellos, en éste como en los demás extremos, aventajaba San Juan de la Cruz, como caudillo valeroso y experimentado en sus continuas luchas con los tres enemigos del alma. Hecho á padecer trabajos y á soportar toda clase de mortificaciones, la vida asperísima que llevaban los religiosos del Calvario constituía para él un alivio, del que tuvo escrúpulo en aprovecharse, y esto le movió, no tan sólo á observar el régimen de austeridad que en aquella casa halló establecido, sino á redoblar su aspereza con penitencias increíbles, que reservaba para él solo y procuraba humildemente que no fueran conocidas por sus hermanos.

De lo que sí hizo participar á todos ellos fué de su espíritu de pobreza, que llevó al extremo de prohibirles que, aun en casos de gran necesidad, saliesen á postular por los pueblos comarcanos. Y en esto no

obraba por presunción temeraria de tener sujeta á su voluntad á la Providencia divina, sino por confianza filial en la misericordia de Dios, á la que procuraba tener propicia á fuerza de súplicas y de obras satisfactorias.

Y esto era lo que le impulsaba á decir muchas veces que el desconfiado se asemeja al infiel, porque rarísimas veces sufre la esperanza detrimento sin que la fe lo padezca también, y así, cuando en alguna ocasión vió á sus religiosos andar acongojados por el temor de que los llegara á faltar lo estrictamente necesario, lo sentía en extremo y no ocultaba su pesar por ello.

Los hechos, por otra parte, justificaron más de una vez el fundamento de su ilimitada confianza en la Divina Providencia, y algunos milagros con que fué remediada la extrema necesidad de sus religiosos, demostraron el agrado con que el Señor veía el filial abandono con que el santo carmelita se echaba en sus brazos.

Cierto día faltó pan para la Comunidad, y como Fr. Juan no consentía á sus religiosos que fueran á pedir limosna, acudieron á él exponiéndole el caso, decididos á conformarse con lo que el Santo dispusiera.

Éste mandó que le llevaran siquiera un mendrugo de pan, pues no dejaría de haber alguno en la casa. Lleváronselo, y acto continuo hizo sentar á los religiosos en la mesa del refectorio, sobre la que echó con el mendrugo de pan su bendición, como si estuviera dispuesta la comida, y les dirigió una plática tan elocuente y conmovedora en alabanza de la santa

pobreza y sobre el mérito de la conformidad con la voluntad de Dios, que todos los religiosos se levantaron satisfechos, á pesar de no haber comido un



solo bocado, y teniendo como un especial favor de Dios aquella privación.

Quando, después de haber dado las gracias como

si hubieran comido, se recogieron en sus celdas, llamaron con gran apresuramiento á la puerta del convento, encontrándose el portero con un hombre que llevaba una carta y una carga de provisiones para Fr. Juan. Llevó la primera á éste, que se hallaba en oracion ante el Santísimo Sacramento, y apenas comenzó á leerla se llenaron sus ojos de lágrimas, como si hubiera recibido una mala nueva. El Hermano Brocardo de San Pedro, que así se llamaba el portero, se determinó á preguntarle la causa de aquella aflicción, y el Santo le respondió:

—Lloro, Hermano mío, porque Dios nos tenga por tan flacos que no podamos llevar mucho tiempo la abstinencia, y así no la ha fiado de nosotros un solo día, pues que ya nos envía qué comer.

Esta aflicción del Santo es una de las muestras más evidentes de su extraordinaria virtud. Porque lo común y corriente es llorar por la carencia de las cosas necesarias para la vida y alegrarse cuando éstas se consiguen. Pero así obran los mundanos, y Fr. Juan, que estaba lleno del espíritu de Dios, no podía ver las cosas de la misma manera que los que se dejan llevar de los movimientos de la carne y de la sangre. Para él el único bien que existía era gozar y ver la hermosura divina, y como no ignoraba el valor inestimable de las penalidades y trabajos temporales para desasir al alma de las cosas terrenas y perecederas y unirla á las espirituales y eternas, de aquí que lamentara la pérdida de toda ocasión que le permitiese padecer algo por Dios, y que tuviese por gran calamidad lo que los aficionados á las cosas de la tierra miran como gran ventura.

No es, pues, de extrañar que, habiendo llegado á tal extremo de perfección, temblasen ante él las potestades infernales, y bien lo demostró, á más de las veces de que ya hemos hablado en capítulos precedentes, en el caso que le ocurrió con un endemoniado de Iznatoraf, á quien el enemigo de las almas atormentaba cruelmente y de tal modo le tenía sujeto, que todos los exorcismos que se empleaban para que abandonase el cuerpo y el espíritu de su infeliz víctima resultaban ineficaces.

En esta extremidad, gentes piadosas acudieron á Fr. Juan para que acudiese en auxilio del pobre poseído, y el siervo de Dios, cediendo á los ruegos que se le hicieron, y, sobre todo, á su ardiente celo por la salvación del prójimo, salió de su convento y se trasladó á Iznatoraf para reñir una batalla más con el espíritu de las tinieblas.

Su sola presencia ante el endemoniado bastó para que el diabólico espíritu que le poseía se echase á temblar, exclamando:

—Ya tenemos otro Basilio en la tierra, que nos persigue.

No le dejó el Santo tiempo para reponerse de aquella primera impresión de temor; antes bien, aprovechóla al vuelo, mandando al demonio que abandonase el cuerpo del hombre á quien venía atormentando desde hacía tanto tiempo. Al punto obedeció el mal espíritu; pero queriendo jugar una mala pasada á Fr. Juan, entró inmediatamente en el cuerpo de una mujer que allí cerca estaba y la indujo á que saliera al encuentro del Santo y le excitase al pecado con palabras y acciones descompuestas.

Hízolo así la mujer, convidando al santo carmelita con mesa y aposento en su casa, haciendo al mismo tiempo tan significativas demostraciones, que bien á las claras manifestaba el espíritu impúdico de que estaba poseída.

Pero el siervo de Dios no era hombre que se dejara sorprender por las añagazas del enemigo de las almas, por seductoras que fueran las formas de que las rodeara, y con severo ademán y airado tono rechazó las proposiciones de la poseída, diciéndola ásperamente que, obligado á escoger, preferiría la compañía del mismo demonio á la de una mujer deshonesta. Con lo cual bastó para que ésta y el espíritu infernal que la poseía huyeran despavoridos de la presencia del Santo.

Por aquel mismo tiempo las religiosas de Beas se hallaban bastante atribuladas por la falta de un confesor que las guiase en el camino de la perfección que exigía la austeridad de la regla que habían abrazado. En este sentido escribió la Madre Ana de Jesús, Priora de dicho convento, á Santa Teresa de Jesús, que la contestó con estas palabras:

«En gracia me ha caído, hija, cuán sin razón se queja, pues tiene allá á un Padre, Fr. Juan de la Cruz, que es un hombre celestial y divino. Pues yo le digo, mi hija, que después que se fué allá no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto afervore en el camino del cielo. No creará la soledad que me causa su falta: miren que es un gran tesoro el que tienen allá en este Santo; y todas las de esa casa traten y comuniquen sus almas, y verán cuán aprovechadas están, y se hallarán muy adelantadas en todo



lo que es espíritu y perfección, porque le ha dado el Señor para todo esto particular gracia.»

Las religiosas del convento de Beas, que ya habían tenido ocasión de comprobar la exactitud de las palabras de su santa Fundadora, cuando Fr. Juan se detuvo en aquel pueblo, de paso para el Calvario, rogáronle, por conducto de su Priora, la Madre Ana, que se encargase de una manera estable de su dirección espiritual. El santo carmelita accedió á sus ruegos, y aunque para ello tenía que recorrer una legua por camino quebrado y á pie, según su costumbre, todas las semanas se trasladaba desde su convento al de Beas para confesar á sus moradoras, que presto llegaron á ser modelos acabados de la perfección monástica.

---



## XV

FUNDA EL COLEGIO DE BAEZA.—MUESTRA EN ÉL SU GRAN DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA TRINIDAD. SUS PIADOSAS REPRESENTACIONES DEL NACIMIENTO DE JESÚS.—SUS ENSAYOS DE MARTIRIO.

**A**UN no hacía siete meses que San Juan de la Cruz regía el convento del Calvario, cuando en Junio del año 1579 pasó á fundar el Colegio de Baeza, del que fué su primer Rector, haciendo brillar en él con feliz consorcio las virtudes y las letras, como antes lo hiciera en Alcalá, donde con gran brillantez dió las primeras muestras de sus aptitudes docentes.

De las pruebas que dió en el Colegio de Baeza de su ciencia y santidad, escribió un testigo presencial el siguiente testimonio:

«En este Colegio—dice—se recibieron algunos novicios, y no fué inconveniente, porque los estudiantes, en oración, silencio, mortificación y puntualidad, en todo, excedían á los mismos novicios, y así este Colegio más parecía casa de noviciado y de desierto, que de colegio, porque además de ser los religiosos unos ángeles, el P. Rector, que era el P. Fr. Juan de la Cruz, con sus pláticas de espíritu trataba tan

altamente de Dios, que traía los ánimos de los religiosos fervorosos en los ejercicios de las virtudes y con gran puntualidad en la observancia regular, y particularmente encendidos en devoción y amor á Dios. En fin, en esta casa se vivía con la perfección y santidad que se podía vivir en los yermos de Egipto.»

Durante su permanencia en el Colegio de Baeza recibió el Santo nuevas luces acerca del Misterio de la Santísima Trinidad. Frecuentemente celebraba la Misa correspondiente á esta festividad y habiéndole sido preguntado cuál era el motivo que le movía á hacerlo, respondió inmediatamente:

—Digo la Misa de la Santísima Trinidad, porque la tengo por el mayor Santo del cielo.

Otra vez se declaró más abiertamente sobre tan sublime asunto, diciendo á unas religiosas:

—De tal manera comunica Dios á este pecador el Misterio de la Santísima Trinidad que si Su Divina Majestad no esforzara mi flaqueza con particular socorro del cielo, me fuera imposible vivir.

Hallándose en el convento de Beas diciendo la Misa de la Santísima Trinidad, por la intención de una religiosa que así se lo había rogado, se le aparecieron, al tiempo de consagrar, las tres Divinas Personas en una nube resplandeciente, y tan grandes y regalados fueron los favores que el Santo recibió en esta celestial aparición, que al referírseles á la mencionada religiosa, añadió:

—¡Oh, hija, y cómo la agradezco haya sido ocasión de que me mandase el Señor decir Misa de la Santísima Trinidad! ¡Oh, qué gloria y qué bienes gozaremos con su vista!



Y después de decir esto, quedó su rostro inflamado como el de un serafín, y sumido por más de hora y media en arrobamiento extático.

Otra vez, hablando ante la misma religiosa y las demás de su comunidad, del mismo inefable Misterio,

quedó arrobado dos veces en la misma plática, y aunque al volver en sí, movido de su mucha humildad, atribuyó al exceso de sueño su enajenamiento, bien conocieron las religiosas su verdadera causa, que no era el sueño corporal, sino el éxtasis que suspendía su alma.

Todas estas manifestaciones de los efectos que en él producía su extraordinaria devoción al Misterio de la Santísima Trinidad, se repitieron con mayor intensidad, según hemos dicho, en el Colegio de Baeza, con tanto asombro como edificación de cuantos las presenciaban.

Cierto día, hallándose celebrando el santo Sacrificio en la iglesia de dicho Colegio, sintió que en los transportes de su arrobamiento su alma comenzaba á elevar á su cuerpo del suelo, y aunque forcejeando consiguió clavar sus pies en el pavimento y consumir la Sagrada Forma, quedóse en éxtasis largo rato con el cáliz en la mano. Algún tanto vuelto en sí, sin darse cuenta de lo que hacía, trató de irse á la sacristía sin acabar la Misa, con asombro de los circunstantes, que, con la vista fija en Fr. Juan, no acertaban á explicarse lo extraordinario de su acción. En esto, una mujer que gozaba de gran fama de santidad y á quien todos los vecinos de Baeza conocían por el dictado de «Madre Penuela», levantó la voz, en medio del silencio que en la iglesia reinaba, diciendo estas palabras: «Llamen á los ángeles del cielo para que acaben esta Misa, que sólo ellos pueden proseguirla con tanta devoción, pues este Santo no está para ello.»

Avisados los demás religiosos del Colegio de lo que ocurría, acudieron inmediatamente, y uno de ellos

revestido de los ornamentos sacerdotales, subió al altar, y ayudando al santo Rector en lo que faltaba para terminar la Misa, se lo llevó luego á la sacristía, sin que Fr. Juan hubiera salido por completo de su arrobamiento.

No era menor su devoción para santificar las fiestas y solemnidades de la Humanidad de Jesucristo, que la que manifestaba en la contemplación de los Misterios de la Divinidad. Á más de celebrar aquéllas sin omitir nada de lo que prescribe la liturgia, improvisaba, á modo de piadosa recreación, representaciones de los hechos conmemorados en dichas fiestas.

En la vigilia de la Natividad del Señor hizo, en cierta ocasión, que sus religiosos se distribuyeran por el claustro en unos mesones figurados, excepto dos de aquéllos que habían de representar á la Santísima Virgen María y al glorioso patriarca San José cuando iban en busca de alojamiento por la ciudad de Belén. El santo Rector era quien pedía posada para los sagrados huéspedes, y al ver que eran despedidos de los que hacían el papel de mesoneros, y con ellos el Hijo de Dios, aun en las entrañas de su augusta Madre, exponía en una patética plática los extraordinarios méritos y la altísima dignidad de los peregrinos rechazados y la dureza de corazón de aquellos desalmados mesoneros que no dudaban en dejar á la intemperie á los seres más grandes que existían en el mundo.

Después consolaba á la Santísima Virgen y á su santo Esposo con palabras tan tiernas y conceptos tan elocuentes, que todos los religiosos, conmovidos hasta lo más íntimo de sus almas, se deshacían en lágr-

mas, capaces de ablandar á los más empedernidos corazones.

Al día siguiente, ó sea el de la Natividad, festejaba al Niño Jesús, ya nacido, para lo cual, se servía de una de las esculturas del Divino Infante que es costumbre exponer en las iglesias á la veneración de los fieles. Ante ella representaba la adoración de los pastores y de los Magos de Oriente, concluyendo por tomar la sagrada efigie en sus brazos, para dirigirla la más dulces palabras, dando rienda suelta á su numen poético en tiernas letrillas y llegando á bailar ante ella con tan fervoroso entusiasmo, que parecía fuera de sí hasta quedarlo realmente en los transportes de un santo deliquio.

Otro de los recreos á que se entregaba frecuentemente con sus religiosos, era lo que llamaba «el ensayo del martirio», y que introdujo en el Colegio de Baeza para enfervorizar á sus religiosos.

Comenzaba esta heroica diversión con una plática fervorosa, en la que con palabras de fuego exponía la dicha de padecer los más crueles tormentos hasta dar la vida por Cristo, y cuando había inflamado los corazones de sus oyentes hasta el punto de hacer nacer en ellos el ansia del martirio, les decía:

—Ahora bien, por si Dios nos concediera la gracia de ser mártires de veras, probemos á serlo, siquiera sea en apariencia, y ensayémonos para morir por Él para cuando se ofrezca hacerlo efectivamente.

Después señalaba á cada uno el papel de la persona que había de representar. Á uno, el de tirano; á otro, el de acusador, y á un tercero, el de verdugo, reservándose él el de mártir, para alentarles con su

ejemplo, pues en lo que á su persona se refería, el simulacro se convertía en realidad, como lo demuestra el hecho que pasamos á relatar.

Cierto día organizó uno de estos ensayos, en unión del Maestro de novicios del convento de la Manchuela, de Jaén, reservándose ambos el papel de mártires, y á otros religiosos los de jueces, acusadores y verdugos. Así dispuestos, fueron ambos acusados como cristianos, tomándolos declaración los que hacían de jueces, la que prestaron con la misma formalidad que si se hallaran ante un tribunal de verdaderos paganos, confesando con gran fervor á Jesucristo y abominando de toda falsa creencia. La sentencia fué la de azotes, desnudos de cintura arriba y atados á dos naranjos de la huerta, y la flagelación había de durar hasta que los mártires dejaran de confesar á Jesucristo.

Los llamados á representar el papel de verdugos obedecieron al juez, comenzando á flagelar á Fr. Juan y al Maestro de novicios con la misma violencia que si el castigo fuera efectivo y no figurado. Mas lejos de quejarse de esto el santo Rector, se puso á increpar á los verdugos, acusándolos de flojedad y cobardía, incitándoles á que le azotaran más recio. Y como vacilasen en hacerlo, se lo mandó en nombre de la santa obediencia á que estaban obligados, y de tal modo, en vista de esta conminación, apretaron, de modo que la sangre manaba copiosamente de las espaldas del Santo, que más júbilo manifestaba mientras más crueles eran los golpes que recibía.

En vista de esto, y viendo que de dejar la terminación del ensayo al arbitrio del penitente carmelita, el



---


martirio simulado hubiera podido ser verdadero, hasta llegar á trance de muerte, decidieron los demás religiosos dar por concluído el ensayo, no sin prometer á Fr. Juan, á instancias de éste, repetirlo con frecuencia.

---



## XVI

ES TRASLADADO Á GRANADA.—MARAVILLAS  
QUE OBRÓ EN EL GOBIERNO DE DICHO CONVENTO

BTENIDO del Papa Gregorio XIII el Breve erigiendo en provincia distinta de los Carmelitas de la Observancia ó calzados, á los de la Reforma ó descalzos, reuniéronse éstos en Capítulo, el día 4 de Marzo de 1581, en la ciudad de Alcalá de Henares para proceder á la elección de cargos. Fueron designados primeramente los Definidores, y entre los cuatro elegidos, uno de ellos fué San Juan de la Cruz, que, terminado el Capítulo, regresó á Baeza para cumplir el tiempo de su rectorado, pasando el 14 de Junio del mismo año al convento de Granada, que le eligió Prior.

En este cargo habíale precedido el P. Fr. Agustín de los Reyes, varón doctísimo y de extraordinaria virtud, y á quien Fr. Juan conocía y estimaba mucho, por haberle tenido como primer discípulo y novicio en Pastrana, y podido apreciar, por lo tanto, sus grandes merecimientos, pulidos y abrigados en la escuela de perfeccion espiritual del santo Fundador de los descalzos.

Halló, pues, éste en su nuevo convento sólidamente

establecida la austeridad de la descalcez y entronizadas todas las virtudes de su vida monástica; pero aun su extraordinario espíritu de penitencia y el ardor de su piedad halló el medio de encender más todavía en los corazones de aquellos religiosos el divino amor y el santo anhelo de abrazarse, con la más completa negación de sí mismos, á la cruz de Cristo.

Era suave y firme á la vez en su gobierno; jamás se alteraba ante ninguna falta, ni la reprendía con aspereza, guardándolas todas para sí mismo; pero era tal la persuasión de su palabra y más aún la de su ejemplo, que á los más tibios convertía en modelos de fervor, y á los menos austeros en portentos de penitencia.

Todos sus súbditos temblaban en su presencia, no á causa de temor servil, sino por efecto del amor que le tenían, y que les hacía considerar como una gran desgracia el hacer sufrir á un Superior tan bueno, pues harto sabían que cada una de sus faltas las castigaba su santo Prior, no en las personas de ellos, sino imponiéndose á sí mismo las más ásperas penitencias. Esta convicción hacía que se esmerasen no sólo en el cumplimiento exacto de sus obligaciones, sino en añadir á ellas abundante suplemento de oraciones fervorosas y de toda suerte de mortificaciones, así corporales como del espíritu.

En todos los conventos que rigió dió grandes ejemplos de santidad, pero en el de Granada fueron tan extraordinarios, que llegaron á rayar en lo milagroso. Era tanto su amor al retiro, que notando sus religiosos que ni aun salía del convento para devolver las visitas de personas de gran autoridad que recibía, le

rogaron que, para que no se tomase esta omisión á descortesía, fuese alguna vez á visitarles.

Largo tiempo resistió el Santo estas sollicitaciones, mas al fin, vencido por las súplicas de sus súbditos, se decidió á visitar al Arzobispo y al Presidente de la Chancillería, comenzando por éste, á quien pidió perdón por no haberle visitado antes, á lo que el Presidente le contestó:

—Padre Prior, más queremos á Vuestra Paternidad y á sus frailes en sus casas, que en las nuestras; porque con lo primero nos edifican, y con lo segundo nos entretienen. El religioso retirado nos lleva el corazón, y el que sale por salir, ni á nosotros edifica, ni para sí gana crédito.

Bastó esto á Fr. Juan para dar por terminada su visita y volverse al convento sin pasar á ver al Arzobispo, diciendo por el camino al religioso que le acompañaba:

—Padre, confundido nos ha este hombre, y quisiera que toda la Orden hubiera oído lo que nos ha dicho, para que se persuadieran nuestros Hermanos de cuán poco ganamos con esta impertinencia de visitas que el demonio quiere introducir entre nosotros con capa de necesidad.

Y luego, así que llegó al convento, reunió á la Comunidad, á la que contó lo que le había sucedido, añadiendo:

—Padres míos, ningún testigo más fiel de lo que quieren los seglares, que ellos mismos. No nos quieren cortesanos, sino santos; ni aun en sus casas, sino en las nuestras, encomendándoles á Dios.

Su abandono en manos de la Providencia divina

llegó á ser tan grande, que habiéndole avisado cierta noche el Hermano encargado de la despensa que nada había para que al día siguiente comiera la Comunidad, á fin de que le diera licencia para buscarlo, el santo Prior le contestó:

—Aun tiene tiempo Dios para proveernos, sin que tan pronto le acusemos la rebeldía. Esta noche habemos cenado, gracias á Dios, y quien hoy dió la cena, mañana dará la comida.

Los hechos confirmaron las palabras de Fr. Juan, pues á la hora de Prima presentóse un hombre en el convento y dijo al portero:

—¿Qué necesidad hay en esta Santa Casa, que en toda la noche no me ha dejado dormir una voz interior que me decía: «Tú estás regalado, y con gran necesidad los frailes de los Mártires»?

Refirióle entonces el portero cómo no había en el convento ni una migaja de pan para alimentar á los religiosos en el día que empezaba, y el hombre dió una buena limosna á la Comunidad, que así salió de su apuro.

Otro día se presentó al Santo el Procurador del convento para anunciarle que no tenían los religiosos qué comer, y que, por lo tanto, solicitaba su licencia para ir á buscarlo. Fray Juan le dijo que se aguardara, mas como se tardara en responder á su demanda, volvió á insistir, y el santo Prior le dijo entonces:

—¡Válgame Dios, hijo! Para un día que falta, ¿no tendremos paciencia? Ande, déjelo y váyase á su celda á encomendar á Dios esta necesidad.

Hízolo así el Procurador, pero viendo que el día avanzaba y que no se vislumbraba por ninguna parte

el remedio de la perentoria necesidad que la Comunidad padecía, volvió por tercera vez á la celda de Fr. Juan, quien al verle entrar tan compungido, no pudo menos de sonreirse, diciéndole con gran sosiego:

—Vaya y verá qué presto le confunde el Señor por su poca confianza.

Obedeció el Procurador, y no había andado diez pasos fuera de la celda cuando tropezó con un relator de la Chancillería, llamado Bravo, con el importe de una multa que los magistrados de Granada aplicaban por vía de limosna al convento.

---



## XVII

### LAS VIRTUDES DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—SU AMOR Á DIOS Y SU CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO

**A**UNQUE basta con saber que el humilde carmelita descalzo Fr. Juan de la Cruz figura en el número de los bienaventurados á quienes la Iglesia venera en los altares, para afirmar que poseyó en grado heroico la virtud de la caridad, reina de todas ellas, creemos conveniente, para edificación del piadoso lector, referir aquí algunas de las extraordinarias pruebas que de dicha virtud dió el Santo en el curso de su preciosa vida.

Su amor á Dios era tan ferviente, que con sólo pronunciar su santo nombre el rostro de Fr. Juan se llenaba de resplandores, reflejo del fuego que inflamaba su corazón en adoración constante á la Majestad divina.

Esta manifestación exterior de su ardiente caridad para con Nuestro Señor se hacía aún más visible cuando predicaba, y se dió el caso, con gran admiración de cuantos presenciaron el hecho, de que estando pronunciando una de sus piadosas pláticas en cierto convento de su Orden, ante una imagen del Niño Jesús, salieran del pecho de ésta muchos rayos

luminosos que iban á dar en el pecho del Santo y se reflejaban en los de sus oyentes. Con este prodigio, dicen los historiadores del Santo, dió á entender Su



Divina Majestad que las palabras de su siervo eran centellas salidas del pecho de Dios, y que con ellas comunicaba luz y ardor á quien le oía.

Una religiosa del convento de monjas Carmelitas de Granada le vió cierto día, desde la reja del coro,



arrodillado y en oración ante el Santísimo Sacramento, y notó que al concluirla se levantó Fr. Juan con el rostro tan alegre y encendido, que no pudo menos de preguntarle la causa de semejante júbilo.

—¿No he de tenerlo—respondió el Santo,—habiendo visto y adorado á mi Señor? ¡Ah, hija mía!—añadió juntando las manos,—¡qué Dios tan bueno tenemos! ¡Cuán bueno es Dios!

Muchos religiosos doctísimos, hablando del amor que á Dios profesaba el santo carmelita, decían que el Señor le había enviado á la tierra para utilidad de los hombres, pues era la fe en obra y la doctrina de Cristo en hecho.

Hijo legítimo de su amor á Dios era el que profesaba á su prójimo, cuyas necesidades le inspiraban una tierna compasión, y el celo que ponía en la salvación de sus almas y la solicitud con que procuraba el remedio de sus miserias corporales. Los enfermos, especialmente, se llevaban, por decirlo así, todo su corazón, y bastaba que uno de sus religiosos experimentase algún malestar físico, para que no se diera punto de reposo hasta conseguir su alivio.

Uno de los frailes de su convento perdió por completo el apetito, y así que lo advirtió el santo Prior, dióse á explorarle el gusto, proponiéndole aquellos manjares que más gratos podían ser á su paladar; mas la desgana del religioso era tan grande, que nada la podía vencer.

No por eso se desanimó Fr. Juan, y cierto día en que halló al enfermo más inapetente, acercóse á él, y en tono jovial le dijo para animarle:

—Hijo, voy á disponerle la comida por mi mano y

á dársela yo mismo, y le prometo aderezarla con una salsilla que le ha de saber muy bien.

Al efecto asó una pechuga de ave, y poniéndola en un plato, echó en él un poco de sal con agua y así se la dió al enfermo, que la comió con apetito y gusto, cual si realmente la pechuga hubiera sido condimentada con una salsa exquisita. Y realmente era así, según hace notar uno de los historiadores del Santo, que no hay mejor salsa y más sabroso condimento que el cuidado y la cariñosa solicitud del Prelado con sus súbditos, pues con ella hace Dios muchos milagros.

Un Hermano lego de su convento de Granada enfermó gravemente hasta el punto de ser desahuciado por los médicos. El santo Prior, viendo lo mucho que su lego sufría con las atroces bascas que le daban, les preguntó si no habría algún remedio para que á lo menos cesaran aquellos tormentos, y los médicos, insistiendo en que para su mal no lo había, le dijeron que podrían proporcionarle algún sosiego con cierta poción que no se habían determinado á recetar por lo muy costosa que era, pues no dejarían de llevarle por ella bastantes ducados.

Al oír esto Fr. Juan, mandó que se la recetasen al punto, é inmediatamente mandó por ella, y él mismo se la dió al enfermo con sus manos y no dejó que otro que él le asistiese, para de este modo alentarle á que tuviera conformidad en aquel trabajo. Tal era el aprecio que hacía de la salud del último de sus súbditos, siendo muy de notar que cuando envió por la medicina, que por lo costosa no habían recetado antes los médicos, se hallaba el convento muy falto de di-

nero y sin otra esperanza de salir de su estrechez que el auxilio de la Providencia divina.

Bien es verdad que en ésta tenía el Santo puesta toda su confianza, y que sobre ella giraba los fondos de que había menester para las necesidades de su Comunidad, sin que se diera el caso de que fueran protestados sus giros, como la experiencia lo demostró siempre en los casos más apretados, como lo comprueba, entre otros, el siguiente ejemplo:

Corría el año 1584, funesto para España á causa de las malas cosechas y de la carestía de víveres que dicha calamidad trajo consigo. Los pobres, principalmente, padecieron mucho á causa de ella, y aunque la Comunidad de Carmelitas descalzos que gobernaba San Juan de la Cruz, sólo se sostenía con las limosnas de los fieles, y éstas eran muy escasas, pues hasta las clases ricas sufrían en sus intereses los efectos de la carestía, todavía el Santo, puesta su confianza en Dios, y sin atender á otras consideraciones que aquellas que le dictaba su inagotable caridad, halló medio de socorrer, no sólo á los indigentes que llamaban á las puertas de su convento, sino á los vergonzantes que ocultaban su miseria dentro de sus casas.

Nunca como entonces brilló con tan espléndidos resplandores la caridad del santo Prior, ni nunca se manifestó con mayor largueza la Providencia divina para hacer prosperar las obras misericordiosas del siervo de Dios.

Daba limosna á los necesitados sin tasa ni medida, y mientras más daba, más le quedaba para dar, y aunque fueron innumerables los pobres á quienes so-

corrió, todavía le sobró trigo para el año siguiente, cosa que no le había ocurrido al convento en años de abundancia.

Pero donde más resplandecía el amor que San Juan de la Cruz tenía á sus prójimos, era en el cuidado que le inspiraba la salvación de sus almas y en la solicitud que ponía para volver al buen camino á los extraviados. Con gran dulzura y prudencia corregía los defectos que advertía en sus religiosos, y cuando por rara excepción tropezaba con un díscolo, en lugar de imponerle la penitencia que merecía por su rebeldía, le confundía con un acto de tan extraordinaria humildad, que le dejaba más corregido que con el veto de mayor severidad.

Así le sucedió con cierto religioso á quien tuvo necesidad de reprender en presencia del P. Fr. Jerónimo de la Cruz, á quien se debe la publicidad del caso. El religioso reprendido, no obstante la suavidad de la admonición del Santo, tomó ésta tan á mal, que replicó á su Superior con frases destempladas llenas de recriminaciones contra éste, invirtiendo los términos de tal modo, que el reprendido se convirtió en acusador y el súbdito parecía el Prior. Mas lejos de mostrar el enojo que tamaña é irreverente insolencia merecía, apenas comenzó á increparle el desafortado religioso, quitóse Fr. Juan el capillo, y prostrado en tierra, la boca pegada al suelo (que entre los religiosos que se reconocen culpados es la postura empleada para oír la reprensión que merecen), escuchó toda la filípica de su súbdito, y cuando éste terminó de desahogar su ira, levantóse el siervo de Dios, y besando su escapulario para poner con esta

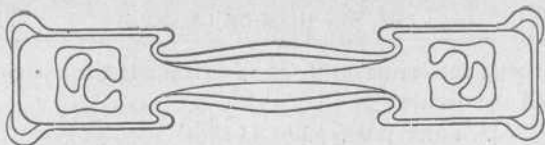
nueva demostración el sello á su humildad, se contentó con decirle:

—¡Sea todo por el amor de Dios!

Lo cual causó tal confusión en el colérico religioso que, postrándose á su vez ante el santo Prior, le pidió perdón por su desafuero, rogándole con lágrimas de verdadero arrepentimiento que le impusiera una severa penitencia proporcionada á su rebeldía.

En esto dió muestras el santo Prior de su profundo conocimiento de la naturaleza y condiciones de carácter de sus súbditos, sabiendo, cuando así convenía á la salvación de sus almas, sacrificar á su caridad las prerrogativas que le daba su condición de Superior, pues sólo á impulsos de ella, y no porque careciese de la energía tan necesaria al que gobierna para corregir á los soberbios, se abatió ante aquel religioso, al que sólo un acto de sublime humildad podía apartar de la pendiente de perdición en que se hallaba su alma.

---



## XVIII

### SU PROFUNDA HUMILDAD

**E**N esta santa virtud, base de todas las demás, sobresalió, como ya ha podido verse en los capítulos precedentes, el bienaventurado Fundador de los Carmelitas descalzos, y fueron tantas las muestras que de ella dió en el curso de su preciosa vida, que serían necesarios muchos libros para enumerarlas.

Nada había que más le mortificara que el más leve elogio á su persona, y hasta cualquiera alusión á la dignidad de los oficios que desempeñó en la Orden de descalzos le disgustaba en tales términos, que habiendo dicho un religioso en su presencia y delante de algunas personas que Fr. Juan había sido Prior en cierto convento, el Santo, huyendo de la buena opinión que de él pudieran formar por esta causa los que le escuchaban, se apresuró á añadir, por vía de corrección, á las palabras de su compañero:

—También en ese mismo convento fuí cocinero.

En otra ocasión, y hallándose en Granada, tuvo que visitar al P. Provincial de otra Orden religiosa emparentado con un Grande de España, y en el curso de la conversación manifestó lo muy contento que se

hallaba en el convento de los Mártires por su soledad y aislamiento.

El Provincial, entonces, haciendo gala de donaire y en tono de chanza, se permitió decirle:

—Por lo visto, Vuestra Paternidad debe ser hijo de algún labrador, cuando tan amigo es del campo.

Á lo que inmediatamente respondió el Santo con serena mesura:

—No soy, Padre reverendísimo, tanto como eso, sino hijo de un pobre tejedorcillo.

Esta escena fué presenciada por algunos religiosos, que quedaron maravillados ante la muestra de profunda humildad del Santo y menos disgustados ante la salida de tono del Provincial, quien, á fuer de buen religioso, como por otra parte lo era, conoció su yerro y trató de enmendarlo, desprendiéndose de la vanidad que hasta entonces había tenido á causa de su linaje, y tratando de allí en adelante con gran consideración á Fr. Juan, de quien no se cansaba de decir que era un Santo sobre la tierra.

No se contentaba éste con aparecer humilde en las palabras, sino que demostraba serlo con los hechos, tomando en todos los conventos que estuvo, aunque fuera como Superior, los oficios más penosos y bajos, y era muy común, cuando alguna persona iba á visitarle en Granada, encontrarse al santo Prior bariendo el claustro ó fregando la vajilla.

Otra de las cosas en que más se manifestaba su humildad era en el cuidado que ponía en ocultar sus penitencias. Ya hemos visto las industrias á que recurría en el convento de Santa Ana, de Medina, para que no advirtieran los demás religiosos que obser-

vaba, autorizado por sus superiores, la regla primitiva de San Alberto, sin las mitigaciones aprobadas más tarde por los pontífices Inocencio y Eugenio IV.



Los nueve meses que pasó preso en el convento de la Observancia de Toledo, sufriendo toda clase de injurias y denuestos y aun las más atroces calumnias



sin despegar los labios en su defensa, antes al contrario, recibiendo con júbilo aquellos oprobios por considerar que aun los merecía mayores por sus culpas, constituyen por sí solos la prueba más palmaria de que San Juan de la Cruz era verdaderamente manso y humilde de corazón, á imitación perfectísima de su Divino Maestro.

Gran muestra de humildad dió, asimismo, oyendo arrodillado y con el rostro pegado en tierra, la insolente réplica de aquel religioso díscolo á quien había reprendido muy justamente con su dulzura acostumbrada. Y esta humildad, no ya con sus superiores é iguales, sino con sus súbditos, hasta los de más ínfima categoría, formaba en él como una segunda naturaleza, hasta el punto de que muchas veces, cuando acudía á ayudar en las faenas á los legos y donados, movido de aquella inagotable caridad que le hacía ser todo para todos, no sólo les hablaba con dulce familiaridad y llaneza, como invitándoles á que le trataran de igual á igual, sino que llegaba á pedirles consejo, y encontraba una singular satisfacción en someterse al parecer del que parecía entre todos más despreciado é ignorante.

Nada le costaba más trabajo que aparecer, por razón de los cargos que desempeñó en su Orden, como superior jerárquico de otros religiosos, y ya que esto no podía excusarlo en los actos oficiales, se desquitaba luego en el trato particular, y sobre todo en las horas de recreación, tomando el último lugar, y se complacía en que todos se olvidasen en aquellos momentos de su autoridad.

Nadie diría, al verle fuera de los actos solemnes

de la Comunidad, que él era el Superior, ni por su porte ni por el trato que se daba. Su hábito era el más viejo y remendado de todos los que vestían los demás religiosos; su celda la más estrecha, y el menaje de ella el más pobre y desvencijado.

Á esta humildad incomparable tenía que ir unido necesariamente un espíritu de obediencia llevado hasta la completa negación de sí mismo, pues ambas virtudes son inseparables, y en él, como en todas las virtudes que practicó durante su vida, sobresalió en grado heroico. Porque no consistía en aquella especie de sumisión que se limita á cumplir estrictamente los mandatos del superior, reservándose la libertad de juzgar en su fuero interno de la oportunidad ó inoportunidad de la orden recibida ó del acierto ó desacierto del mandato. No; San Juan de la Cruz, al recibir cualquiera orden de sus superiores, rendía á la par su entendimiento y su voluntad, y para él, no sólo debía ser cumplida inmediatamente, sino que había de ser tenida por lo mejor que pudiera hacer el súbdito si le hubieran dado á escoger.

De la prontitud de su obediencia da clara idea el siguiente suceso. Hallándose en la fundación del convento de Bujalance, en la provincia de Córdoba, ocupado en el despacho de múltiples y urgentes asuntos, recibió aviso del P. Provincial, Fr. Nicolás de Jesús María, para que fuese á verse con él en Madrid, para tratar de cosas concernientes á la Orden.

Era á la sazón riguroso invierno, y el Santo se hallaba además bastante molestado por graves achaques, lo que hacía doblemente peligroso para su quebrantada salud ponerse en camino para un largo y

accidentado viaje, como lo era en aquel entonces el de Bujalance á Madrid; pero se trataba de obedecer una orden del superior, y no era Fr. Juan hombre que por nada del mundo se excusase de ello.

Recibió el aviso á altas horas de la noche y dispuso su marcha para el amanecer del día siguiente: como los religiosos que con él estaban le representasen lo crudo del tiempo y la conveniencia de esperar á que éste mejorara algo, pues en ello, dado su mal estado de salud, podía irle la vida, el Santo les respondió:

—Mal podré yo después amonestar á los religiosos la puntual obediencia si en mí no la ven puntualmente ejecutada.

Y, sin vacilar, emprendió la marcha á Madrid, arrojando toda clase de riesgos, sacrificando su salud á los deberes de la santa obediencia.

---



## XIX

SUS VISITAS Á LOS CONVENTOS DE SU ORDEN.  
CÓMO VIAJABA EL SANTO.—CURACIÓN MILAGROSA.

**P**ARA mantener siempre vivo el espíritu de la descalcez carmelitana en los conventos sometidos á su jurisdicción los visitaba con frecuencia, llegando á ellos sin ninguna clase de aparato y rehusando formalmente toda clase de agasajos, y cuando podía hacer en el día la visita, volvía en seguida á su retiro. Una sola ojeada le bastaba para conocer las necesidades y deficiencias de los conventos, á cuyo reparo acudía con presteza, poniendo especial cuidado en examinar á cada uno de los religiosos para enterarse de sus trabajos, tentaciones y otras penalidades, aquilatando su espíritu de oración y de penitencia y todos los grados, en suma, de su aprovechamiento espiritual.

Enterábase también minuciosamente del cuidado con que los Superiores de las casas que visitaba atendían á las necesidades espirituales de sus súbditos, y las faltas que en esto advertía, eran severamente reprendidas, pues únicamente se mostraba inexorable con la falta de celo de los que tienen á su cargo el

gobierno de una Comunidad, pues de ellos depende la salvación ó la perdición de muchos.

Enterado de todo, ponía inmediatamente el remedio, y como el Señor le había comunicado el don de la sabiduría y en el más alto grado el de la perfección espiritual, con pocas palabras dictaba seguras reglas de vida perfecta que todos los religiosos aceptaban gozosos, pues siempre eran acomodadas á las circunstancias de cada cual y en armonía con sus fuerzas y espíritu.

De este modo quedaban alentados los tibios, confirmados los fervorosos, corregidos los extraviados y todos satisfechos, pues jamás imponía precepto cuya razón no hubiera expuesto antes con gran claridad y sólidos argumentos; y al salir del convento visitado, no sólo se llevaba la seguridad de haber remediado sus necesidades, sino el júbilo interior que proporciona saber que el remedio ha sido aceptado, no sólo con sumisión, sino con gratitud.

No menos ejemplar que en sus visitas á los conventos, lo era en su manera de viajar. Decía frecuentemente que el religioso que se aprovecha de su salida del convento para sacudir el peso de la regla, no entiende su obligación, que consiste en guardar siempre la observancia conforme á los tiempos, necesidades y lugares. «Fraile en casa y seglar en el camino—añadía,—es un monstruo de dos opuestas naturalezas.»

A estos preceptos ajustaba su conducta cuando viajaba, y cuando tenía necesidad de trasladarse de un pueblo á otro para hacer sus apostólicas visitas, lo hacía con la mayor modestia, y cuando sus achaques no le permitían viajar á pie lo hacía en un ju-

mento, en el que alternativamente montaban él y el Hermano lego que le acompañaba, y á quien mandaba subir en su montura la mayor parte del camino, sirviéndole el Santo humildemente de espolista.

Cuando el cansancio, y las súplicas de su acompañante le obligaban á subir en el jumento, iba generalmente sentado, leyendo el Breviario ó la Biblia, ó entonando himnos ó algunas coplas que componía, todo en alabanza del Señor. Empleábase también en la oración mental, y sólo hablaba con su compañero para enfervorizarle ó alentarle á soportar las incomodidades del camino con santas consideraciones.

—Hermano—dijo yendo una vez de viaje con el lego Fr. Martín de la Asunción,—hagamos cuenta de que somos soldados de Cristo y que caminamos entre infieles, determinados á dar la vida por su amor. Si ahora saliesen algunos moros ó herejes á matarnos, y topando primero con vuestra Caridad le diesen muchos golpes y palos, ¿cómo lo llevaría?

—Con paciencia, Padre—respondió el lego,—mediante el favor de Dios.

—¿Con esa tibieza lo dice y no con deseo de que le hicieran pedazos por Cristo?—replicó el Santo indignado.—Poco fervoroso es—añadió,—poca ansia tiene de padecer por quien tanto padeció por nosotros.

Jamás llevó en sus viajes repuesto alguno de provisiones, dejando á la Providencia divina el cuidado de alimentarle. La mayor parte de las noches las pasaba al raso, ó se acogía á alguna choza ó establo, y solamente cuando el tiempo era muy crudo ó no podía pasar por otro punto, se hospedaba en alguna

venta ó mesón, buscando el lugar más oculto para rezar de rodillas el Oficio divino y el parvo de la Santísima Virgen, sin ocuparse en tomar alimento alguno como el lego que le acompañaba no se lo llevase.

Recogíase para dormir en el lugar más humilde, y por toda cama tendía en el suelo la manta que llevaba el jumento, y sobre ella se acostaba, teniendo por almohada una piedra.

A pesar del cansancio del viaje, dedicaba muy poco tiempo al sueño, y apenas lo descabezaba, como se dice vulgarmente, se levantaba para entregarse á la oración, en la que le sorprendía el alba y con ella el momento de reanudar su marcha.

Nunca se cuidaba de sí ni tomaba precaución alguna para preservarse de los accidentes tan comunes en todo viaje, y más en la forma incómoda en que los realizaba el Santo, y ni los golpes, ni las caídas, ni el agua, ni el viento, ni la nieve eran motivos para que se detuviera en parte alguna que no estuviera comprendida en el itinerario á que previamente ajustaba su marcha.

En cambio, su solicitud por el lego que le acompañaba era verdaderamente paternal, y más de una vez usó del don de milagros que Dios le había concedido, para librar, para preservar á sus acompañantes de los riesgos del camino ó para remediarlos una vez ocurridos.

Cierto día, al salir de Porcuna acompañado del ya citado lego Fr. Martín de la Asunción y de un Hermano donado llamado Pedro Santa María, éste, en una cuesta que va á parar al río, tropezó con una piedra, dando tan terrible caída, que se rompió una pierna.

Inmediatamente acudieron en su auxilio el Santo y el lego, y halláronle en tan mal estado, que parecía imposible pudiese recobrar la salud, pues los huesos de la pierna rota estaban tan destrozados, que sonaban como una caña cascada al chocar sus pedazos unos con otros.

Fray Juan entonces encargó al lego que sostuviera la pierna del donado, mientras él, después de haber orado fervorosamente unos momentos, frotó la parte dañada con su propia saliva, atando luego la pierna con un pañuelo.

Como el infeliz donado no podía tenerse en pie le cargaron sobre el jumento que como sola cabalgadura para los tres llevaban, sujetándole cada uno por un lado para que no se cayera. De este modo llegaron á la venta de Los Villares, y, al entrar en ella, dijo el Santo al herido:

—Aguarde, Hermano, que vamos á apearle para que no se lastime.

—¿Qué es eso de lastimar, Padre? — exclamó el donado. — ¡Si ya no me duele la pierna!

Y así era, en efecto, pues aunque se apretó con fuerza la parte lastimada, no experimentó la menor molestia, y, lleno de júbilo, saltó á tierra completamente sano, gritando en unión del lego que aquello era un milagro.

La humildad del Santo se alarmó ante estas voces reveladoras del prodigio que acababa de hacer, fingió enfadarse y con voz severa les dijo:

—¡Cállense al momento! ¿Qué saben ellos de milagros?

En otra ocasión cualquiera, habría bastado esta



reprimenda para que ambos Hermanos enmudecieran, pero el hecho era tan evidentemente portentoso y redundaba en tanta gloria de su amado Superior, que



no cesaban de aclamarle pregonando el milagro, hasta que Fr. Juan se vió obligado á mandarles callar en nombre de la santa obediencia y á rogarles luego que guardasen acerca de esto el más absoluto secreto.



## XX

UNA MUESTRA DEL ESPÍRITU DE MORTIFICACIÓN Y DE LA PROFUNDA HUMILDAD DEL SANTO.—MÁS MILAGROS.—SU DON DE PROFECÍA Y DE PENETRACIÓN EN LOS ESPÍRITUS.

**A**UN con las molestias é incomodidades que el Santo padecía en sus viajes, no por eso se dispensaba de sus acostumbradas mortificaciones y penitencias. Seguía llevando cuando iba de camino sus calzones interiores de esparto pegados á la carne, y al vérselos un día al montar en su jumento el lego que le acompañaba, empezó á compadecerse de él y hasta quiso persuadirle á que se quitase tan áspero cilicio, que yendo montado había de causarle mayor molestia, á causa del continuo roce con el lomo de la bestia. Pero Fr. Juan, echando el asunto á broma, le contestó con su habitual donaire:

—Hijo, bástenos ir á caballo, que no todo ha de ser regalo.

A más del mencionado cilicio, llevaba otro consistente en una cadena de hierro erizada de púas y apretada fuertemente á su cintura, cuidando mucho de que nadie la viera, para ocultar esta nueva mortificación. Mas Dios quiso, por la edificación que de

ello había de resultar, que el secreto se descubriese, y al llegar cierto día al convento de Guadalcázar, le dió un fuerte dolor de ijada que le privó del sentido, siendo opinión del médico que acudió á visitarle, que la enfermedad era mortal.

—No es llegada la hora de mi muerte—exclamó el Santo volviendo de su desmayo.—Mucho me hará padecer esta enfermedad—añadió,—pero no moriré, porque aun no está acabada de labrar la piedra.

Llevaronle á la cama, y el médico le recetó una untura, sin que de ello se diera cuenta Fr. Juan, y como el Hermano Martín acudió á dársela sin dejarle tiempo de quitarse aquel cilicio, vióle el lego con no menos admiración que espanto, pues estaba tan adherido á la carne, que en muchos sitios se había introducido en ella y fué necesario tirar con fuerza de la cadena para poder arrancarla, con gran tormento del paciente.

No fué éste, sin embargo, el que más le afligió, sino el que hubiera un testigo de la penitencia que con aquel férreo cilicio se había impuesto desde hacia siete años, y ya que no podía evitar que éste fuera conocido por Fr. Martín, procuró que no se enterase ninguna otra persona, para lo cual ordenó al lego que callara en nombre de la santa obediencia. Fray Martín lo prometió y guardó en su poder la cadena, mas el Señor, para gloria de su siervo se sirvió, de ella, obrando el milagro que á continuación vamos á relatar.

Años después de tener Fr. Martín en su poder la cadena, y hallándose en Andújar, se la prestó á un señor llamado Diego de los Ríos, persona muy principal y gran bienhechor de la Orden, quien la aplicó

al cuerpo de un hijo suyo gravemente enfermo de calentura y ya desahuciado de los médicos, y fué tal el efecto curativo de aquella piadosa aplicación, que al día siguiente quedó completamente sano el paciente, y el pueblo edificado de la virtud del santo carmelita, pues fué ya imposible á Fr. Martín ocultar por más tiempo la procedencia de la milagrosa cadena y las circunstancias en que había llegado á sus manos.

Otro milagro tan admirable como el presente obró San Juan de la Cruz con sólo el contacto de su sombrero y la eficacia de su palabra. Yendo de Granada á la Mancha de Jaén, vió salir de una venta á dos hombres desaforados con las espadas desnudas y tirándose múltiples tajos y mandobles, con el propósito manifiesto de quitar el uno al otro la vida. Uno de ellos, herido en una mano y cegado por la cólera, trataba de vengarse matando á su adversario, y al verlo el Santo, corrió hacia los combatientes, diciéndoles en tono de sana autoridad:

—¡En nombre de Cristo nuestro Señor, os mando que no riñáis más!

Y quitándose el sombrero que cubría su cabeza, lo arrojó en medio de los dos adversarios, que al contacto de aquella prenda sintieron desvanecida toda su cólera y mudada en profundo y misterioso temor, mirándose atónitos el uno al otro.

Fray Juan entonces se apeó de su jumento, y hablando con más dulzura á los dos hombres, les exhortó á que hiciesen las paces, y lo consiguió tan completamente, que no sólo se dieron las manos, jurándose eterna amistad, sino que, besándose recíprocamente

los pies, se pidieron humildemente perdón, todo lo cual se tuvo por milagro por cuantos presenciaron el hecho, pues sólo mediante un prodigio podían pasar



en un momentó dos hombres del odio más sañudo á la más estrecha y tierna amistad.

Otro día, iba caminando con el Hermano Pedro de



Juan Orozco de Covarrubias, andaba muy esperanzado de que iban á darle cierto obispado en Italia. Comunicóselo así á Fr. Juan y éste le dijo, que debía desear no obtenerlo, porque si conseguía la mitra padecería muchos sinsabores y correría graves peligros que le obligarían á abandonarla.

Despreció el arcediano el aviso del Santo, y prosiguió sus gestiones, que dieron el resultado que él se proponía, y muy contento y satisfecho se fué á su obispado, en el que experimentó tan graves disgustos y padeció tan violentas persecuciones, que tuvo que salir huyendo de su sede y volverse á España para salvar la vida.

Su don de leer los pensamientos ajenos era también extraordinario. Un barbero, llamado Francisco de Ureña, y que por la mucha devoción que tenía á los Padres descalzos, les rasuraba de caridad, iba cierto día camino del convento pensando en que le hacía falta un jubón.

Con este pensamiento, fijo en su ánimo, afeitó á todos los religiosos, y al marcharse, le llamó aparte el P. Procurador y le dió la prenda que deseaba. Admirado quedóse el barbero, pues á nadie había dado cuenta de su pensamiento; pero aun fué mayor su asombro cuando el P. Procurador, para vencer la resistencia que el barbero oponía para aceptar el jubón, añadió:

—Tómelo vuestra merced, porque nuestro P. Prior, Fr. Juan de la Cruz, me manda que os lo entregue.

Con lo cual no le quedó duda al buen hombre de que el Santo había leído su pensamiento, y por gratitud á la caridad, que hacía á los religiosos, pro-

curóse el jubón mientras les estaba afeitando y le sorprendió con su regalo.

Dos religiosos del convento de Segovia andaban tratando secretamente de pasar á la Cartuja inducidos á ello por el espíritu de las tinieblas, que quería perderlos, como á otros muchos, con el señuelo de una mayor perfección. San Juan de la Cruz leyó en el pensamiento de ambos religiosos, y á uno de ellos, llamado Fr. Bernabé, después de descubrirle su secreto, le exhortó á que se apartara del otro religioso que con él andaba tratando la mudanza de Orden, pues se hallaba tan poseído del demonio, que acabaría por despeñarse en el abismo de su perdición y arrastraría en él al que le siguiera.

Obedeció Fr. Bernabé á su santo Superior, y los hechos demostraron pronto la exactitud de su pronóstico pues el otro religioso persistió en pasar á la Cartuja, y una vez en ella, lejos de encontrar la perfección con que el demonio le había seducido, perdió la que había adquirido y pereció miserablemente.

Á otros dos religiosos les descubrió los juicios temerarios que habían formado acerca de otro religioso de su Comunidad, y hallándose una noche en oración, le fué revelada por el Señor una tribulación espiritual que sufría cierta religiosa de un convento de Segovia, y de este modo pudo llegar á tiempo para socorrerla.

Otra religiosa del mismo convento declaró que estando confesándose con Fr. Juan, éste, al acabar la confesión, la preguntó si se le había olvidado algo, y habiéndole respondido la religiosa que no, el Santo la dijo:



---

—Acuérdese de esto y de esto.

Y así la fué enumerando todos los olvidos que había tenido en la confesión.

Fueron muchos los religiosos, religiosas y seglares cuyos pensamientos más íntimos leyó como en un libro y muy extraordinarios los avisos que les dió acerca de cosas futuras que habían de sucederles, y sobre los remedios que habían de poner á las desgracias que les amenazaban, viniendo á ser para gran número de personas á modo de foco luminoso que les advertía de los peligros que habían de salirles al paso en esta vida y les conducía á puerto de salvación.

---



## XXI

### PUREZA ANGELICAL DE SAN JUAN DE LA CRUZ SUBLIMIDAD DE SU ESPÍRITU

**E**L hecho de haber consagrado al Señor su virginidad, y la fidelidad con que cumplió este voto durante toda su vida, bastan para que quede demostrado que San Juan de la Cruz poseyó la virtud de la castidad en grado tan heroico como las demás virtudes. No obstante esto, por la singularidad de las gracias que en orden á esta virtud de la pureza le concedió ampliamente Dios, por intercesión de la Santísima Virgen, hemos de detenernos, siquiera sea breves momentos, en este punto, para honra del Santo y edificación del lector.

San Juan de la Cruz, desde que llegó al uso de razón, tuvo en tanta estima esta angelical virtud, que huía de toda ocasión, no ya próxima, sino lejana, que le pusiera en el menor asomo de peligro de menguarse. Así le vemos niño, y ya penitente, porque sabía que la mortificación de los sentidos y la maceración de la carne son los más eficaces preservativos contra los apetitos sensuales. Por esto le vemos también dedicando á la oración los ratos que sus compañeros dedican al recreo, y vemos asimismo cómo el

Señor recompensa esta constante vigilancia sobre su pureza, restituyéndole á la inocencia de su más tierna infancia cuando celebró su primera Misa.

Desde aquel punto pudo ya considerarse inmune contra todo pecado impuro, como quedó plenamente demostrado en los asaltos que el demonio dió á su inmaculada castidad; pero lejos de dormirse en esta seguridad, le vemos cada vez más mortificado y cada vez más cuidadoso de su pureza, como si temiera verse en trance de perderla á cada momento.

No podía el Señor dejar sin premio estos esfuerzos, y se lo otorgó tan singular y precioso, que no sólo sirvió de galardón al siervo de Dios, sino de remedio para muchos contra las tentaciones de la carne. Dióle, en suma, el privilegio de que su pureza fuese comunicativa, pues su sola presencia bastaba para hacer cesar en otros los asaltos de la impureza, haciendo á los sensuales castos y evitando á éstos caer en pecado impuro.

Este dón preciosísimo de San Juan de la Cruz brilló en muchas ocasiones, y una de ellas fué la que le proporcionó la entrada en un convento de religiosas de su Orden de una doncella noble, llamada, por su hermosura y riqueza, á brillar en el mundo.

Sintió el demonio de un modo extraordinario aquel suceso, por ser la doncella cebo muy á propósito para inducir al pecado á muchos, y ya que otra cosa no podía hacer, acometió á la religiosa con graves tentaciones contra la castidad, que la traían atrozmente atormentada, sin darla otro punto de sosiego que el que experimentaba á la vista de San Juan de la Cruz, pues en el acto que éste se presentaba ante

ella cesaba la tentación y recobraba la paz del espíritu.

Así que el siervo de Dios se alejaba, volvía la tentación, hasta que, gracias á las oraciones del Santo, cesó por completo, quedando definitivamente derrotado el enemigo de las almas.

Otro tanto le sucedió con un prebendado de Segovia, á quien también libró con su presencia de las tentaciones de la carne, y que por esto solía decir que Dios había comunicado al Santo el privilegio de la Santísima Virgen, que transmitía la pureza con su vista.

Nada de esto, después de todo, puede causar extrañeza en quien andaba tan penetrado del espíritu de Dios, que más que hombre mortal parecía un ángel que pasaba por la tierra para comunicar la virtud á las gentes.

Su comunicación con Dios era tan continua, que no bastaban á distraerle de ella las obras externas á que por razón de su cargo tenía que atender, y le era necesario muchas veces pincharse con un alfiler ó apretarse fuertemente el cilicio para no quedar del todo arrobado en uno de los éxtasis que elevaban su alma sobre todas las cosas terrenas.

Muchas veces le preguntaban las religiosas de los conventos de que era director espiritual qué había comido, y nunca supo dar razón de ello, y era muy frecuente que en medio de su plática con ellas se detuviera preguntando:

—¿En qué estábamos de nuestra plática?

De esta suspensión del espíritu solían participar también las personas que le escuchaban, pues era tal

la fuerza de su espíritu y lo persuasivo de su palabra que dejaba á todos embelesados y tan absortos en la consideración de las cosas divinas, que perdían la noción del lugar y tiempo en que se encontraban.

Y de esta espiritual suspensión llegaron á participar hasta los animales, para mayor honra del Santo. En uno de los conventos en que éste vivió había un perro que solía penetrar en el refectorio á las horas de comer, y pudo advertirse que, cuando hablaba San Juan de la Cruz, arrebatando á sus oyentes con su elocuentísima palabra, el animal, sentado sobre sus patas traseras y con los ojos clavados en el Santo, parecía escucharle atentamente, y así que dejaba de hablar salía del refectorio, hasta el día siguiente, en que repetía la misma operación, como así consta en las informaciones que se hicieron en el expediente de beatificación del bienaventurado.

Tenía Fr. Juan en todos los conventos donde vivió un lugar retirado, á modo de cueva, en la huerta, donde gustaba recogerse para orar, y allí daba rienda suelta á su fervor, dejándose llevar de sus ardores, seguro de que sus arrobamientos no habrían de ser contenidos por la consideración de que otra persona pudiera presenciarlos.

Pronto, sin embargo, conociase que algo extraordinario le ocurría, cuando le veían volver de su retiro arrebolado y encendido el rostro en brillantes resplandores y tan fuera de sí, que muchas veces pasaba al lado de los demás religiosos sin verlos ni oírlos, aunque esforzasen la voz para llamar su atención.

Observaron también que á la entrada de su impro-

visada gruta se congregaban innumerables pajarillos que con sus gorjeos parecían darle música ó acompañar con la armonía de sus arpadas lenguas á los



cánticos que el siervo de Dios entonaba en loor del Altísimo.

En los años que estuvo en Segovia observaron, así

los religiosos como los seglares, que le acompañaba en su celda una paloma de mayor hermosura que las ordinarias, de plumas resplandecientes, que nunca arrullaba ni hacía ruido alguno, ni jamás se apartaba de la estancia donde se hallaba el Santo. Y esto mismo dijeron también los religiosos de Granada y los de otros conventos; de lo que se deduce que aquella misteriosa paloma acompañaba á San Juan de la Cruz á todas partes, y algunos coligen de ello que era la figura adoptada por el Espíritu Santo para asistir más de cerca al siervo de Dios.

No es, pues, maravilla, dice uno de sus historiadores, que quien tan asistido se hallaba del espíritu de Dios, fuese visitado de los ciudadanos de su Corte, y así sucedió al santo Padre en este tiempo en su convento de Segovia, estando con su venerable Hermano Francisco de Yepes, el cual, habiéndosele muerto todos los hijos que tenía, vino desde Medina á consolarse con nuestro Santo. Pusiéronse ambos en oración, y en ella se le apareció su madre, Catalina Álvares, gloriosa, y en su compañía todos los hijos del siervo de Dios Francisco de Yepes, también gloriosos, con que quedaron ambos consolados.

---



## XXII

SU DIRECCIÓN ESPIRITUAL EN EL CONVENTO DE RELIGIOSAS DE GRANADA.—SU HABILIDAD PARA EXPULSER LOS ESPÍRITUS MALIGNOS.—CÓMO DESTROYÓ UNA AÑAGAZA DEL DEMONIO.

**P**ARTE muy principal tuvo San Juan de la Cruz en la fundación del convento de religiosas carmelitas de la ciudad de Granada, pues en ella acompañó á la venerable Madre Ana de Jesús, que llegó á dicha ciudad con el mencionado objeto, y á las demás religiosas que iban con la citada Madre.

Durante el viaje á Granada, que las religiosas hicieron en un carro, y el siervo de Dios, acompañado de su lego, en un jumento, repartió Fr. Juan el tiempo entre los ejercicios religiosos, tales como el rezo del oficio divino, oración mental y demás observancias, como si estuviera dentro del claustro, y la dirección espiritual de las religiosas que, por su parte, también observaban la regla de su Instituto como si no fueran de camino.

Cuando llegaban á las posadas, procuraba el siervo de Dios á las religiosas un departamento cerrado donde pudieran estar, en lo posible, como en clausura; confesábalas y daba la Comunión en los lugares



á propósito para ello, y durante el camino les dirigía pláticas espirituales para su mayor aprovechamiento y aumento de su fervor.

De este modo, cuando las religiosas llegaron á Granada, se hallaban tan recogidas y enfervorizadas como si hubieran viajado en un convento portátil, hasta el punto de que nada tuvieron que mudar en su nueva casa de lo que habían hecho en el camino.

Una vez fundado el convento, siguió asistiendo á sus religiosas en calidad de padre y maestro espiritual, y de tal modo las dirigió, que en breves días llegaron á un grado eminente de perfección.

No menor solicitud tuvo el Santo por la salud temporal de aquellas religiosas, como lo demuestran, entre otros, los casos siguientes:

Yendo del citado convento de Granada al de Málaga algunas religiosas, una de ellas, María del Cristo, dió tan peligrosa caída en un peñasco, que todas las personas que la acompañaban la tuvieron por muerta: Largo rato estuvo sin sentido, derramando de la cabeza mucha sangre, hasta que el siervo de Dios, que también las acompañaba en aquella fundación, puso sus manos sobre la herida, limpió la sangre con su pañuelo, y sin otra diligencia quedó sana la religiosa.

A otra, llamada Isabel de la Encarnación, dió tan mortal accidente, que el médico dispuso que fuese inmediatamente sacramentada. A este fin llamaron á San Juan de la Cruz, quien, al despedirse de la enferma después de haberla administrado, la leyó el capítulo XVI del Evangelio de San Marcos, y al llegar al pasaje que dice: *Super aegros manus imponent et bene habebunt*, se las puso en la cabeza, y tan mara-

villosa efecto produjo esto en la enferma, que al día siguiente se levantó curada por completo. Á esta misma religiosa la pronosticó el Santo varios trabajos que había de padecer, y de tal modo la previno de remedios para ellos, que la religiosa se sobrepuso á todos y gozó luego de gran tranquilidad.

Á otra religiosa llamada Mariana de Jesús la libró de un gran trabajo que padecía, sin otro remedio que renovar en sus manos los tres votos de la profesión, y á la Hermana Ana de Jesús la recordó en la confesión una falta que había cometido siendo niña y de la cual no se acordaba.

Á una doncella que iba á tomar el hábito de religiosa la tentó el demonio de modo que instantáneamente la quitó la intención de hacerlo, y la hizo formar el propósito de no entrar jamás en clausura. Hallábase presente Fr. Juan, y como Dios le revelara la turbación de aquella alma y hasta dónde llegaba el permiso que el demonio tenía para tentarla, la instó para que solamente pusiera los pies dentro del claustro, aunque después se saliera si quería. Á ello accedió la doncella, no sin bastante resistencia, y apenas puso los pies en la clausura, desapareció la tentación y pidió el hábito con vivas instancias.

Otra vez vió San Juan de la Cruz, desde su convento de Granada, que en el de Caravaca se hallaba la Madre Ana de San Alberto muy afligida por ciertos escrúpulos que sin cesar la atormentaban, y antes de que la religiosa, que pensaba acudir á él, le escribiese exponiéndole sus dudas, recibió carta del Santo resolviéndoselas y devolviendo á su alma el sosiego. Y fueron tantos y tan extraordinarios los prodigios que

realizó en este punto, que fué opinión muy estendida entre las religiosas del convento de Granada, que parecía que veía sus corazones y que desde su celda registraba cuanto pasaba en sus almas y en las de las personas ausentes que tenía á su cargo.

Estos dones de que dió muestras en la dirección espiritual de las religiosas del convento de Granada, los manifestó en beneficio de muchas almas, así seglares como de otras Órdenes religiosas. Grandes fueron los triunfos que con ellos obtuvo sobre el espíritu de las tinieblas, é innumerables las almas que de su poder arrancó.

Había en Granada un hombre poseído de un mal espíritu, sin que ninguna clase de exorcismos pudiera librarle de él. En esta situación, llamaron á San Juan de la Cruz, quien solamente con verle conoció que no era el mal espíritu que poseía á aquel hombre de la clase de los que se expulsan con conjuros, sino con oraciones y ayunos. Y así, dejando á un lado los exorcismos, se puso á orar sosegadamente mientras el demonio vomitaba toda clase de injurias por la boca del pobre hombre. De este modo estuvo el Santo largo rato, y cuando ya conoció que el enemigo estaba vencido, se levantó diciendo:

—Ya el Señor nos ha concedido la victoria contra este enemigo. No hay que temer.

Y seguidamente mandó al mal espíritu que saliera de aquel hombre, y al punto fué obedecido.

Otra vez, mientras salía Fr. Juan á confesar á la iglesia, vió una persona muy espiritual que en uno de los rincones del templo había muchos demonios con apariencias de leones, osos, escuerzos y gran

número de sabandijas ponzoñosas, que salían de vez en cuando para tentar á las personas que en la iglesia estaban. Mas observó también que cuando el Santo levantaba ó volvía los ojos hacia ellas, todas las alimañas, atropellándose unas á otras, huían á esconderse en su rincón. De todo lo cual dedujo que no hay lugar en donde el hombre pueda estar libre de tentaciones, y que Dios había concedido á San Juan de la Cruz gran poder sobre los demonios, cuando de tal modo se aterraban á su vista,

Y así era efectivamente, y por esto mismo andaba siempre el demonio viendo el medio de poderse vengar del santo religioso, ya que no podía vencerle. Para ello intentó infamarle con una treta de las suyas, y fué que, saliendo cierto día Fr. Juan de su convento, se le acercó una mujer, y mostrándole un niño que llevaba en brazos, comenzó á decir que, pues que era suyo, lo sustentase.

Apartóle de su lado el Santo, sin hacer caso de aquella calumnia, pero la mujer volvió con gran desvergüenza á la carga, y ya fué cosa de que el siervo de Dios se encarase con ella para deshacer aquel infernal enredo.

—¿Quién dicen que es su madre?—preguntó á la mujer.

—Una señora principal—respondió la hechadiza de Satanás,—y tiene estado de doncella.

—¿Y de dónde ha venido esa señora á Granada?—volvió á preguntar Fr. Juan.

—Es natural de aquí—dijo la embustera mujer,—y en toda su vida ha salido de la ciudad media legua.

—¿Y qué edad tiene el niño?—pregunto de nuevo el Santo, prosiguiendo su interrogatorio.



—De un año, poco más ó menos—dijo la mujer.

—Sin duda—exclamó entonces con gran donaire el Santo,—es hijo de gran milagro, porque yo no ha un

año que vine á Granada, y en toda mi vida he estado antes en ella, ni en muchas leguas á la redonda.

Con lo cual quedó desvanecida la artimaña de Satánás contra el Santo, y éste tenido en más estimación y aprecio por las personas que presenciaron el hecho.

---



## XXIII

### DEL GOZO INALTERABLE DE SU ESPÍRITU Y DE SU PACIENCIA Y CONSTANCIA EN LOS TRABAJOS Y ENFERMEDADES

**N**O era San Juan de la Cruz, á pesar de la austeridad de su vida y del recogimiento de su espíritu, un hombre huraño y desapacible en su trato. Lleno de los dones del Espíritu Santo, florecieron en su alma todos sus frutos, y singularmente la paz y el gozo espiritual, que manifestó en todos los actos de su vida y en su comunicación con el prójimo. Jamás, fueran las que fueren las muchas contradicciones que sufrió, se pudo observar en él la menor alteración de semblante, y esto no por esfuerzo violento de su voluntad sobre los primeros movimientos del ánimo, que tan difíciles son de dominar aun en personas muy virtuosas, sino porque en su alma, á causa de la inocencia infantil que le fué devuelta cuando celebró su primera Misa, unida á su extraordinaria fe, que le hacía creer firmemente que nadie puede tocar á un solo cabello del hombre sin la permisión de Dios, todo cuanto le acaecía de bueno ó de malo lo remontaba á tan celestial origen y lo recibía con el mismo júbilo, convencido de que el Señor se lo en-

viaba porque así convenía á la salvación de su alma.

Su inagotable caridad, por otra parte, le llevaba á compadecerse de los males de sus prójimos en el orden y la proporción de su importancia, atendiendo primeramente á los del alma y luego á los del cuerpo; y esto le hacía ver, cuando se le infería alguna ofensa, no al enemigo de quien tomar venganza, sino al enfermo á quien es necesario curar.

Templado de este modo su espíritu en las aguas de la caridad, como el acero en las de los ríos, ninguna injuria le conmovía, ni desafecto alguno era capaz de turbar su ánimo.

En las mismas reprensiones que se creía obligado á dirigir á sus hijos espirituales, se advertía aquella suavidad que nacía de la paz de su alma, y como en ellas no tomaba parte la pasión, sino el deseo de que los reprendidos se enmendasen para obtener su perfección, y con ella su salvación eterna, procedía con la misma tranquilidad que el hábil cirujano al operar al paciente á quien, lejos de tener aversión, compadece sinceramente.

Sólo las empleaba como medicinas espirituales y no para dar rienda á su ánimo irritado, y así le vemos, cuando un religioso irascible se rebela contra su admonición paternal y le dirige destempladas recriminaciones, oirlas postrado en tierra, sin que de sus labios salga otra frase que la de «Sea todo por Dios», con que puso término á la filípica de su súbdito.

Ni las incomodidades de sus viajes, ni la falta del alimento necesario para sus religiosos, ni las inculpaciones que le dirigen sus adversarios logran afli-



girle ó conturbarle un solo momento. Con semblante siempre apacible soporta las fatigas, sufre la escasez y oye los más insultantes dicterios, y es que reina en su alma la alegría espiritual de una buena conciencia, á la que sólo puede turbar el temor de ofender á su Divino Creador.

Y esta paz inalterable y este gozo interior del espíritu es lo que le da una paciencia heroica para soportar los mayores trabajos y penalidades, lo que le hace conllevar, no ya con resignación, sino con júbilo, los dolores de sus enfermedades, lo que le hace decir al cirujano que va á abrirle la pierna que tiene inflamada, para alentarle: «Si es menester cortar más, córtese muy enhorabuena, y hágase la voluntad de mi Señor Jesucristo, que yo estoy dispuesto para lo que Su Majestad mandase y ordenase de mí.»

Ante los ojos de su alma tiene siempre presente la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y de esta constante contemplación saca las fuerzas necesarias para sobreponerse á los desfallecimientos de la flaqueza humana, y cuando los religiosos que rodean su lecho de muerte tratan de dar consuelo á sus sufrimientos con palabras de consuelo, este Job del Nuevo Testamento les recuerda los dolores del Job del Antiguo; ante los que él experimenta le parecen tan poca cosa, que más bien cree que deben felicitarle por ellos en lugar de deplorarlos.

Los nueve meses que estuvo encerrado en la prisión del convento de Toledo fueron un continuo ejercicio de la virtud de su paciencia. Allí fué cruelmente y repetidas veces azotado, diariamente se vió obligado á escuchar los más groseros insultos; se le

calificó de hipócrita, se le llamó ignorante, hasta se le increpó con el epíteto más denigrante para un religioso, diciéndole que era un apóstata, y el Santo, dejando entregada á todos los baldones su propia persona, sólo abrió los labios para defender la pureza de la reforma de la descalcez, acusándose de ser causa por sus imperfecciones de la persecución que sufrían sus hijos espirituales.

¿Pero qué mucho que con tanta longanimidad aceptase aquellos oprobios y malos tratos? ¿Qué de extraño tiene que sufriese, no ya con paciencia, sino con júbilo, los dolores de su cuerpo enfermo, el desgarramiento de sus carnes por el bisturí del cirujano, el escozor punzante de los cauterios y los ardores insoportables de las fiebres?

¿Acaso no le hemos visto inventar, como diversión y recreo, el heroico entretenimiento á que dió el nombre de ensayo del martirio? ¿No le hemos visto reclamar siempre en él el papel de mártir para que su cuerpo fuera cruelmente flagelado, y cuando no lo era según sus ansias de padecer por Cristo, denostar á los otros religiosos que hacían los papeles de verdugos, acusándoles de flojedad y excitándoles á que le azotaran con mayor fuerza?

Los férreos cilicios, su vestido interior de esparto, sus ayunos prolongados, las disciplinas que él mismo se daba, ¿qué otra cosa eran más que continuos ejercicios en que templaba su alma para acostumarla á padecer hasta lograr que en el dolor cifrase sus más inefables goces?

Pacientísimo fué San Juan de la Cruz hasta la muerte, en cuyo terrible trance no se le oyó exhalar

---

un gemido, ni se viera su rostro contraído por el dolor, ni su cuerpo agitado por la más leve convulsión.

El hecho mismo, al parecer sencillo, de arreglarse las ropas momentos antes de su muerte, es una prueba más de su inalterable paciencia, pues no sólo quiso que todo fuera compostura en su ánimo, que la procuró hasta en las mismas telas que le envolvían, á fin de que no hubiera en ellas la menor arruga.

---



## XXIV

### VARIAS FUNDACIONES.—TIENE REVELACIÓN DE LA PROXIMIDAD DE SU MUERTE

**N**O era San Juan de la Cruz persona que se contentase con afianzar lo que había fundado, sino que procuraba hacer nuevas fundaciones allí donde hallaba ocasión para ello, y así le vemos en 1586, no sólo atender al gobierno del convento de que era Prior, sino salir de él para emprender largos y peligrosos viajes, á fin de extender la familia de los descalzos en muchas leguas á la redonda.

Entre las fundaciones que hizo en el citado año, merece especial anotación la del convento de Córdoba, donde fundó el convento de San Roque el 18 de Mayo, y en ella obró el Señor con su siervo una muy señalada maravilla.

Para proceder á la construcción de la iglesia hubo necesidad de derribar una pared muy antigua, y de tal manera socavaron sus cimientos, que, sin dar tiempo á prevenir el daño, cayó sobre la celda que ocupaba el bienaventurado Fr. Juan, que quedó envuelto entre los escombros.

Religiosos y trabajadores hirieron el aire con sus gritos de espanto, creyendo muerto al siervo de Dios,

y todos á porfía acudieron al lugar del derrumbamiento, sin más esperanza que la de hallar destrozado el cuerpo del Santo y la de poder darle decorosa sepultura.

Con gran cuidado comenzaron los trabajos de descombramiento, y al fin hallaron á San Juan de la Cruz en un ángulo que aun permanecía en pie de la derruida celda, no muerto, como temían, sino sano y alegre, como si se hallase entregado á las tareas ordinarias.

Todos quedaron llenos de admiración ante caso tan prodigioso, y habiéndole preguntado cómo había podido librarse de un peligro tan grande, el santo Fundador de los descalzos respondió con inefable sencillez y dulzura:

—Es que he tenido buenos puntales, porque la de la capa blanca ha detenido este ángulo de pared, salvándome milagrosamente de este riesgo.

*La de la capa blanca*, como el lector lo habrá adivinado, no era otra que la Santísima Virgen con el hábito del Carmen; y aunque el Santo nada más dijo acerca de su milagrosa salvación, todo hace creer que en aquel peligroso trance se le apareció la excelsa Señora y de una manera visible detuvo los dos trozos de pared que formaban el ángulo de la celda donde Fr. Juan fué encontrado.

Acabada aquella fundación, y después de detenerse en Córdoba el tiempo necesario para consolidarla con su gobierno y ejemplo, se trasladó á Sevilla, con el fin de visitar á los Carmelitas descalzos de dicha ciudad, que tanto habían trabajado y padecido para defender la Reforma en los tiempos de persecución y

de prueba por que había pasado durante la prisión del Santo. Recibiéronle aquellos religiosos como á padre y maestro, y con ellos vivió algunos días, que



fueron de gran provecho para la Comunidad; pues aunque era grande la observancia de la regla que en ella había, la presencia de su santo Fundador les en-

fervorizó de tal modo, que al despedirse de ellos más parecían serafines inflamados en el amor divino, que hombres mortales sujetos á las miserias de la flaqueza humana.

Durante su permanencia en Sevilla tuvo ocasión de ver lo mal situado que se hallaba el convento de religiosas carmelitas en la calle llamada de la Pajería, y en la vecindad de mujeres nada honestas, cuyos continuos escándalos turbaban y afligían á aquellas vírgenes del Señor. San Juan de la Cruz puso mano en ello, y no paró ni descansó hasta que les proporcionó casa en sitio más decente y tranquilo, y cuando quedaron instaladas en ella, volvióse á Córdoba para acabar de dejar bien asentada la fundación que allí había hecho.

Hacia el mes de Septiembre del mismo año se ofreció la fundación en Madrid de un convento de religiosas carmelitas, cuya dirección tomó Fr. Juan, quien, acompañado de la Madre Ana de Jesús y de dos monjas, salió de Granada, tomando en los conventos del camino las demás necesarias para formar la nueva Comunidad.

Durante el viaje las fué instruyendo, como tenía por costumbre, con diarias pláticas, y haciéndolas observar todas las prácticas de la regla en cuanto lo permitía su condición de viajeras, logró que la galea en que iban las religiosas fuese á modo de un convento ambulante, en el que se observaba, en lo posible, hasta la clausura; pues sólo salían de ella para pasar la noche en algún mesón, en el que entraban enteramente cubiertas, encerrándose inmediatamente en el aposento que de antemano las tenía preparado

el Santo, que para este fin se adelantaba con su lego en el jumento que le servía para todas sus santas expediciones, á fin de que todo estuviera bien dispuesto en el lugar donde habían de pernoctar.

En este viaje quiso mostrar el Señor una vez más la santidad de su siervo con una maravilla que obró en el río Guadiana, cuya crecida era tan formidable, que sólo á costa de grandes esfuerzos y de no poco peligro pudieron las religiosas que iban en su galera vadearlo.

No sucedió lo mismo á San Juan de la Cruz, quien, después de haber pasado á la otra orilla las religiosas, se lanzó al agua, dejando á su jumento en libertad, para que con su instinto buscara el vado, mientras él atravesaba el río sentado sobre su líquida superficie, sin que ésta le mojara el hábito, como pudo comprobarse por lo seco que estaba al toma tierra el Santo en la ribera opuesta.

Después que dejó fundado el convento de Madrid, volvióse á su provincia, donde atendió, en Octubre del mismo año, á la fundación del convento de religiosos de Mancha Real, y al año siguiente fundó el de Caravaca, sin que fuera obstáculo el mal estado de su salud para estar en tan continuo y fatigoso movimiento.

Al terminar su oficio de Vicario general en Andalucía, fué elegido por tercera vez para gobernar el convento de Granada, con gran júbilo de los religiosos de aquella santa casa, para los que la dirección de su bienaventurado Fundador era una garantía de aprovechamiento espiritual.

El ejemplo de sus virtudes y la suavidad de su go-



bierno eran motivos más para que sus súbditos le tuviesen profunda veneración, y para que, teniéndole por santo, se disputaran los pedazos de los hábitos que desechaba, cuando de puro inservibles no podía llevarlos, y hasta las sobras de su comida, como preciosas reliquias. Y estos santos anhelos de poseerlas llegaron al extremo de que los religiosos carmelitas de Granada, cuando por el rigor del tiempo tenían que quedarse á comer en su convento, recogían cuidadosamente los mendrugos de pan que Fr. Juan tomaba con sus manos, y los comían con tanto fervor, que no sólo les servían de alimento para el cuerpo, sino también para el alma, cuya perfección sentían aumentarse después de estas piadosas refecciones.

Un hecho maravilloso, entre otros muchos, vino á justificar el deseo que todos tenían en poseer algo que le hubiera pertenecido. Llevaba por aquel tiempo San Juan de la Cruz un hábito viejísimo, y á ruegos de uno de los religiosos de su convento consintió en trocarlo por otro menos deteriorado. Hecho el cambio, el religioso vistióse con el hábito que había dejado el santo Prior, y en el mismo instante comenzó á percibir una fragancia tan exquisita, que los demás religiosos llegaron á presumir que su compañero, llevado de un punto de sensualidad, se había cargado de perfumes impropios de su estado.

Reprendiéronle por ello, y el religioso se excusó, manifestando lo ocurrido, y para comprobación de su aserto quitóse el hábito, y entonces se vió de un modo patente que la fragancia procedía del hábito del santo Prior, y no de perfumes usados por el mencionado religioso.

Estas muestras tan visibles de la santidad del humilde Fundador de los descalzos, eran señal evidente de que el Señor le iba perfeccionando tan rápidamente, que no tardaría en hallarse maduro para el Cielo. Y así era, efectivamente, pues á fines del mismo año en que por tercera vez se encargó del gobierno de Granada, ó sea el año 1587, cuatro antes de su muerte comenzó á sentir vivas ansias de dejar este mundo, y pronto tuvo señales de que aquellos votos, que para lograrlo hacía, serían pronto cumplidos. Entonces suplicó encarecidamente al Señor tres cosas, que dan elocuente testimonio de su ferviente amor á Dios y de su profunda humildad, á saber:

1.<sup>a</sup> Que no le llevase de esta vida siendo Prelado, sino humilde súbdito y ejercitado de su Superior.

2.<sup>a</sup> Que le diese que padecer por su amor.

Y 3.<sup>a</sup> Que muriese abatido donde no le conociesen.

Estas tres peticiones fueron atendidas por Su Divina Majestad, como lo confirmaron los hechos que más adelante expondremos á la consideración del lector.

---



## XXV

ES NUEVAMENTE ELEGIDO DEFINIDOR. — PENITENCIAS Á QUE SE ENTREGÓ PARA ACABAR DE PERFECCIONAR SU ALMA.

**A**L año siguiente, 1588, dejó el gobierno del convento de Granada á consecuencia del Breve del Papa Sixto V, por el que la reforma de los Carmelitas descalzos fué erigida en Congregación y dividida en provincias. Para cumplir esta disposición pontificia se reunió en Madrid el primer Capítulo general, que eligió Vicario Superior de todos los descalzos al P. Fr. Nicolás de Jesús Maria Doria y seis Definidores Consiliarios con voto decisivo para resolver todos los asuntos de la Congregación, siendo designado San Juan de la Cruz como el primero de todos ellos, con residencia en el convento de Segovia, por haber sido el primero que dispuso desde Granada la fundación de aquella santa casa, y nadie más indicado que él para poner digno coronamiento á aquella obra, á causa de la veneración que le tenían sus fundadores, D.<sup>a</sup> Luisa de Peñalosa y su hermano D. Luis, Oidor del Consejo Real.

Una vez acordado todo esto, y habiéndose ausentado el Vicario general Fr. Nicolás para hacer la visita

de la Congregación, quedó Fr. Juan de Presidente de la Consulta, que fué el nombre que tomó el Tribunal de Definidores, y de Prior del convento, con lo cual se multiplicaron sus muchas obligaciones.

Durante el tiempo que ejerció la presidencia dió brillantes y repetidas muestras de su exquisito tacto y admirable prudencia, que no excluyó la entereza que era menester manifestar en tan delicado cargo para resolver los asuntos que le estaban encomendados sin respetos ni temores humanos y atento únicamente al servicio de Dios y á la prosperidad de la Orden.

No fueron menores sus desvelos como Prior y el acierto que presidió á todas sus determinaciones. Primeramente ocupóse en trasladar el convento á un sitio más á propósito, y sin descuidar nada de lo concerniente al aprovechamiento espiritual de sus religiosos, dedicó todo su esfuerzo á llevar á feliz término la construcción de la nueva casa, llegando á trabajar manualmente en ella, ayudando á los albañiles y carpinteros, como un simple peón, dejando á todos edificados con aquella prueba de humildad y con la pronta obediencia con que cumplía las órdenes de maestros y oficiales.

Su actividad en esta clase de trabajo llegó á ser tan grande que él solo hacía la tarea de varios hombres, y su habilidad en aquel oficio, á que era tan ajeno, llegó á ser tan sobresaliente como si toda su vida no se hubiera empleado en otra cosa.

No era menos admirable la vida que llevaba y los ejemplos de mortificación que daba á todos sus religiosos y á los seglares con quienes compartía el tra-

bajo de aquella obra. Hizo su celda del hueco de una escalera; su cama consistía en una tarima con dos mantas viejas, una á modo de colchón y otra como cobertor; una tabla fijada en la pared le servía de mesa, y todos los adornos de aquella improvisada celda consistían en una Biblia, el Breviario, una cruz de madera y algunas estampas de Santos.

Nadie, al verle tan pobremente instalado, diría que era el Prior de aquella casa y uno de los más altos dignatarios de la Congregación de los Carmelitas descalzos, pues hasta el último lego de su convento se hallaba mejor alojado, siendo muy de notar que aquella vivienda, que él escogió para sí, no fué provisional, pues no tuvo otra cuando quedó terminado el convento, y en ella siguió durante el tiempo de su residencia en él.

Allí se retiraba todas las noches después de dedicar todo el día al desempeño de las múltiples obligaciones de sus dos cargos, y prolongaba tanto su oración, que los religiosos tenían á milagro que pudiera sostenerse en pie, dados los cortos instantes que dedicaba al sueño.

Con este santo ejercicio alternaba las más ásperas disciplinas, y eran tan rigurosos los golpes que con ellas se daba, que muchas noches acudieron los religiosos con luces para obligarle á suspender la cruenta flagelación, temiendo encontrarle alguna mañana muerto por la violencia de los azotes.

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo era el tema constante de sus meditaciones, y éstas le inspiraban mil medios de mortificarse para imitar al Divino Redentor en sus terribles dolores, y en memoria de la

hiel y vinagre que le dieron á beber en la Cruz, se desayunaba todos los viernes con alguna substancia muy amarga, especialmente con ruda.

Cierta Semana Santa se penetró de tal modo por la revelación divina de los misterios de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que quedó transido de dolor, con los ojos anegados en llanto y sin poder atender á cosa alguna.

Á todos sus religiosos y á los seculares que se sometían á su dirección espiritual les exhortaba en todo tiempo á la penitencia, pero les aconsejaba muy especialmente que dedicasen los viernes á padecer todo cuanto pudieran y á entristecerse y gemir como lo hace la Iglesia en Viernes Santo.

Sus meditaciones sobre tan augusto misterio terminaban casi siempre con extáticos arrobamientos. Cierta día que se hallaba orando ante una imagen de Nuestro Señor Jesucristo llevando la Cruz á cuestras, quedó en éxtasis durante largo tiempo, y al volver en sí del arrobamiento que le había producido la consideración de la fatiga que el Divino Salvador había experimentado durante el camino del Calvario, cargado con el peso del santo madero, debilitado por los azotes y puñadas con que se cebaron sus verdugos en el pacientísimo Cordero, oyó una voz que salía de la misma imagen, que le llamó dulcemente con estas palabras:

—Fray Juan.

Claramente las oyó el Santo, mas como era tan espiritual y ponía especial cuidado en no atender á las revelaciones sensibles, que siempre le parecían sospechosas, hasta que no se cercioraba de su origen

divino, no hizo caso del llamamiento, que otras dos veces fué repetido. Á la tercera conoció, por los movimientos íntimos de su alma, que aquel prodigio era



obra de Dios y no simulación del espíritu de las tinieblas, y pronto á la voz celestial que le llamaba, respondió inmediatamente:

—Señor, aquí estoy.

Entonces le preguntó Su Divina Majestad:

—¿Qué premio quieres por lo que por Mí has hecho y padecido?

La respuesta del Santo no se hizo esperar, pero no fué la de un hombre de mundo, que habría pedido seguramente honores y riquezas; ni siquiera la de Moisés, cuando pidió ver la clara faz del Señor; ni la de la Samaritana, que deseó el agua de la vida eterna.

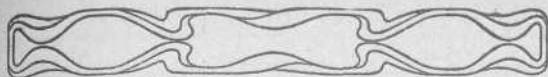
Tampoco pidió, como San Juan y Santiago, las primeras sillas en el cielo; ni como San Pedro, la gloria del Tabor; ó como San Pablo, verse libre de un espíritu molesto. Ni imitó al Doctor Angélico, que pidió al mismo Señor; ni aun como Santa Teresa de Jesús, que expone su deseo de una de estas dos cosas: ó morir, ó padecer.

La respuesta de San Juan de la Cruz fué otra propia de su heroico espíritu y de su ardiente anhelo de seguir á Jesús hasta el monte Calvario para permanecer en él clavado en la cruz.

— Quiero, Señor — dijo, — padecer y ser menospreciado.

---





## XXVI

QUEDA SIN CARGO ALGUNO Y SE RETIRA AL SANTUARIO DE PAÑUELA.—PASA LUEGO AL CONVENTO DE ÚBEDA.—NUEVAS TRIBULACIONES.

**T**IEMPO hacía que San Juan de la Cruz no sufría los efectos de la contradicción, cuando una disposición del Vicario general de su Orden vino á turbar la armonía de la familia carmelitana. El nuevo gobierno que había introducido, reduciendo á una consulta de seis Definidores las causas graves y aun menudas, así de monjas como de frailes, fué la causa de la discordia, y las religiosas, como más sensibles y vehementes, las que, no pudiendo disimular sus quejas, aconsejadas de personas extrañas de buena intención, pero no bien regulada, consiguieron un Breve para huir la sujeción á la consulta y elegir un Comisario general que, independientemente de los demás Prelados, las visitase y dirigiese. Esto fué causa de que, tanto el Vicario general como los demás Prelados de la Orden, renunciasen al gobierno de las monjas en manos del Sumo Pontífice, lo que visto por San Juan de la Cruz, y temiendo que se fuesen de la Orden las hijas de Santa Teresa, abogó por ellas y trató de disculparlas.

Esta solicitud del siervo de Dios por las religiosas, unida al rumor que había corrido de que éstas procuraban tener á Fr. Juan por Comisario para su nueva dirección, hizo sospechoso al Santo entre los miembros del Capítulo, que en 6 de Junio de 1591 le dejaron sin oficio, para cerrar la puerta á las esperanzas de las monjas por si intentaban otra novedad en su gobierno.

En la apariencia, esta fué la causa de que el siervo de Dios quedase sin cargo; pero en realidad, sucedieron así las cosas porque Dios quiso cumplir al humilde carmelita la petición que le había hecho de no morir siendo Prelado. Así lo entendió el mismo Santo, quien, teniendo por señal de la proximidad de su fin en la tierra la postergación de que había sido objeto, quiso marcharse adonde se cumplieran sus otras dos peticiones, que eran padecer más por su amor y morir donde fuese menos conocido.

No tardaron el Vicario general y los demás Capitulares en lamentar la determinación que habían tomado con Fr. Juan, pues reconociendo que este santo varón era incapaz de entrar en los manejos que se habían supuesto, instáronle vivamente á que tornase de nuevo al gobierno del convento de Segovia. Pero el Santo, que no cabía en sí de júbilo al verse libre de la carga que más le había pesado, que es la de regir á los demás, no sólo se propuso renunciar á todo gobierno, sino á residir en España, para lo cual, habiéndose pedido doce religiosos para la provincia de Indias, se ofreció á ser uno de ellos, aunque el Señor lo estorbó, porque la provincia para que le quería era la del Cielo.

Despidióse, sí, de los religiosos de Segovia, y por más instancias que le hicieron no lograron quebrantar su propósito; y ya que no le era dado salir de España, para ir á parte tan remota donde no le conocieran, retiróse al santuario de la Pañuela, á seis leguas de Baeza, donde redujo su vida á una serie continua de ejercicios de oración y de penitencia. Por la mañana, después del rezo y de la Misa, y por la tarde, después de Vísperas, se subía á los montes ó se recogía en su celda, según el tiempo, y allí se entregaba á la contemplación de las verdades divinas ó á las más ásperas penitencias.

Pero aunque á todo trance quería vivir obscurecido, no le fué dado conseguirlo, porque en aquella soledad en que vivía realizó grandes portentos que pregonaban su santidad.

También fué víctima de la envidia, pues había de cumplirse hasta lo último su deseo de padecer por Cristo.

Un religioso llamado Fr. Diego Evangelista, resentido con el Santo porque éste le corrigió algunas demasías cometidas en el púlpito, cuando Fr. Juan era Definidor, se aprovechó de la circunstancia de serlo luego él, y habiendo recibido comisión de hacer una información relativa á cierto religioso, se arrogó la facultad de extender sus poderes, y sin motivo ni pretexto hizo también información contra San Juan de la Cruz, procediendo con tal encono, que no dejó convento de la provincia donde no investigase la conducta del siervo de Dios, para ver de cogerle en alguna falta.

Había dicho que poco podría, ó echaría de la Or-

den de Carmelitas descalzos al que la fundó, y por las preguntas tan indignas de la santidad del siervo de Dios que hacía á los religiosos y religiosas, bien se echó de ver su propósito. Pero los resultados no correspondieron á él, pues apenas el Vicario general leyó la información, tan vilmente amañada, la arrojó al suelo, diciendo:

—Ni el Visitador tenía comisión para entremeterse en esto, ni lo que aquí pretendió inquirir cabe en el P. Fr. Juan de la Cruz.

Después se propuso castigar al Visitador cuando reuniera el Capítulo general; pero habiendo muerto el Vicario antes de que se reuniera, su sucesor, Fr. Elías de San Martín, contentóse con reprenderle por su exceso, haciendo quemar la información ofensiva para Fr. Juan, y después algunos de los protectores le propusieron para Provincial de la Andalucía alta.

Al saberlo en Granada la venerable Madre Beatriz de San Miguel, púsose en oración, y, quejándose ante Su Divina Majestad de tener que recibir por Padre de la provincia al que había perseguido al de la Orden, el Señor la dijo: «No tengas pena, que no entrará en Granada sino muerto.»

Y así sucedió, porque al llegar á Alcalá la Real le dió tan fuerte enfermedad, que acabó con él en dos días, y muerto entró en Granada para ser enterrado.

Por este tiempo cayó también enfermo Fr. Juan de la Cruz, no como castigo, sino como cumplimiento de los deseos del Santo de padecer por Dios.

Dióle una fuerte calentura, acompañada de una gran hinchazón en la pierna derecha, y habiéndole dado á

escoger para que fuese á curarse, el colegio de Baeza, donde era muy querido de todos los religiosos, ó el convento de Úbeda, de que era Prior otro religioso



enemigo del siervo de Dios, como lo había sido Fr. Diego Evangelista, optó por el segundo, porque estaba seguro de padecer en él, y además porque apenas era allí conocido.

Con el movimiento del camino aumentó la inflama-

ción de la pierna, y viéndole tan fatigado el Hermano que le acompañaba, le dijo al llegar al puente de Guadalimar:

—Á la sombra de esta puente podrá Vuestra Reverencia descansar y comer un bocado.

—Sí descansaré—respondió el Santo,—porque lo necesito; pero tratar de comer es excusado, porque tengo total inapetencia.

—¿Es posible—replicó el Hermano—que nada apetezca Vuestra Reverencia?

—Sólo una cosa—dijo Fr. Juan,—que son unos espárragos; pero en este tiempo no es posible hallarlos.

No había acabado de decir estas palabras el siervo de Dios, cuando él y el lego vieron sobre una peña un manojo de espárragos frescos, que el Hermano cogió, sin que le fuera dable á San Juan de la Cruz, no obstante su humildad, que aquel hecho era verdaderamente milagroso.

Llegado al convento de Úbeda, fué recibido, según lo esperaba, con muy poco agrado por el Prior. Á más de esto, se había agravado tanto por el camino la hinchazón de la pierna, que al día siguiente de llegar al convento se le reventó por cinco partes, formando cinco bocas en forma de cruz.

Hubo necesidad de cortarle carne de la pierna, desde el empeine del pie hasta la rodilla, y tan grande fué la tranquilidad con que soportó la terrible operación, que el cirujano quedó admirado, y más cuando oía decir al Santo:

—Si es menester cortar más, córtese muy enhorabuena y hágase la voluntad de mi Señor Jesucristo'

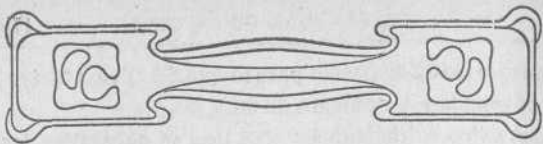
que yo estoy dispuesto para lo que Su Divina Majestad mandare y ordenare de mí.

Á estos sufrimientos corporales se agregaban los morales que le causaba el desvío del Prior, cuyas visitas más parecían de juez que de religioso, tanto por la aspereza de sus palabras como por lo poco caritativo de sus obras, pues sólo le daba el alimento estrictamente necesario, y como creía que los demás religiosos le habían tomado cariño, mandó que ninguno entrase en su celda, y para hacer más positiva su prohibición vigilaba por sí mismo el cumplimiento de su orden.

La conformidad con que San Juan de la Cruz soportaba todas estas pruebas fué publicada por cirujanos y religiosos, y por el relato de los primeros muchas personas devotas acudieron á cuidar del enfermo, y en vista del informe de los segundos, presentóse en el convento de Úbeda el Provincial, Fr. Antonio de Jesús, quien después de reñir ásperamente al Prior por su falta de caridad, exclamó:

—Abran, Padres, esas puertas, para que, no sólo los religiosos, sino los seglares, entren á ver este espectáculo de santidad y queden edificados con su admirable paciencia.

---



## XXVII

SU ÚLTIMA ENFERMEDAD.—HECHOS PRODIGIOSOS Y NOTABLES QUE SE PRODUCERON CON OCASIÓN DE ELLA.

**L**A visita del P. Provincial y sus manifestaciones en loor de San Juan de la Cruz abrieron los ojos al Prior, haciéndole ver lo injusto de su conducta con el siervo de Dios y el daño que ello hacía á su propia alma y á su crédito como Superior, pues no se le ocultó que si los religiosos de su convento nada le decían por respeto, en su fuero interno todos lamentaban la ceguedad y le motejaban de atrabiliario y aun de vengativo.

Para reparar, en lo posible, el mal que había causado, levantó la prohibición impuesta á sus súbditos de que entrasen en la celda del Santo, y desde aquel punto todos los religiosos se dieron, por decirlo así, cita en ella, no tan sólo para consolar al enfermo, sino para edificarse con su ejemplo.

Los seglares de la población, aprovechándose de la licencia que para ello les dió el P. Provincial, acudían también á la celda del siervo de Dios, y con el



fin de distraerle, llegaron á solicitar el permiso de llevar á la estancia del enfermo unos músicos, que



con sus armónicas melodías divirtieran su ánimo, haciéndole olvidarse de los dolores que sufría.

El P. Provincial y el Prior no pusieron ningún inconveniente á esta petición, pero sí Fr. Juan, al que,

como cifraba toda su ventura en padecer por Dios, parecióle muy mal la idea, á la que se opuso reiteradas veces, diciendo:

—No es justo mezclar los regalos de Dios con otros del mundo.

No obstante, como las piadosas personas que le visitaban mostrasen su desconsuelo al ver rechazado su proyecto, el caritativo carmelita, para no afligirles, consintió en que tocasen los músicos en su celda, y mientras duró el concierto pudieron observar los circunstantes que se hallaba como embelesado, lo que atribuyeron al gusto que recibía con aquella diversión.

Uno de ellos, más persuadido que los demás de ello, le preguntó qué le había parecido la música.

—No la oí—respondió el Santo,—porque otra mejor me ha tenido ocupado en este tiempo.

Á la solicitud que todos mostraban para aliviar sus padecimientos, contestaba que no valían la pena de que nadie se ocupase en ellos, y recordándoles los dolores de Job, les decía:

—Aquello sí que era padecer, Padres míos: arrojado en un muladar, rayendo con una teja la podre de sus llagas, mientras yo, en vez de muladar, estoy en una cama blanda, y en lugar de la teja, me limpian las llagas con hilas y paños suavísimos. ¿Qué tiene que ver esto con aquello? Nada es lo que padezco; muy blanda es para conmigo la mano del Señor; no ya su mano, sino un dedo suyo, y ése muy suave, apenas me ha tocado.

La paciencia con que San Juan de la Cruz soportaba sus dolores, bastaba para dar testimonio de su

santidad; mas el Señor, por medio de otras señales, quiso ponerle más en evidencia por medio de algunas maravillas que daban ocasión al asombro y á la edificación de los que le asistían.

Una de ellas fué la calidad del humor que le salía de sus llagas, que con bastar, á causa de su abundancia, para apestar á todo el convento, no sólo no despedía hedor alguno, sino, por el contrario, exhalaba un perfume suavísimo y sumamente agradable, y tenía además la propiedad de sanar, como si en vez de un producto de corrupción fuera un bálsamo formado de las substancias medicinales más eficaces.

De ello dió testimonio en los siguientes términos el Hermano Fr. Diego de Jesús, que le asistía:

—El día — dice — que le abrieron la pierna, á lo que yo me hallé presente, recogieron en una porcelana la sangre y materia que de ella salía. La cual tomé yo en mis manos, y llegándola á oler, dije: «Esto no es materia»; y me dí una fricción con ella, y se me quitó un dolor de cabeza que padecía por aquellos días.

Dos piadosas mujeres, llamadas Inés y Catalina de Salazar, tomaron á su cargo lavar las vendas y paños que servían para las curas que hacían al siervo de Dios, y dieron testimonio de que despedían un olor celestial, y cuando tocaban las unas ó los otros, experimentaban interior consuelo. Esto fué comprobado en cierta ocasión, en que con la ropa del Santo lavaron la de otro enfermo. Recibióla Inés Salazar, y en el acto dijo á su madre:

—Ó el P. Fr. Juan de la Cruz ha sufrido algún accidente, ó con estos paños vienen los de otro enfermo.

Á poco volvió el Hermano que había llevado la ropa, para llevarse la que, mezclada con la del santo carmelita, había llevado á Inés, y la separación se hizo fácilmente, por la diferencia que entre ellas había de olor.

Dos meses y medio transcurrieron de este modo, y llegado el día 7 de Diciembre, sábado y vigilia de la festividad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, hallándose el siervo de Dios orando fervorosamente, fué avisado por la Reina de los cielos de que había de morir el sábado siguiente. Desde aquel momento no cesaba de preguntar qué día era el de su libertad, pues por tal tenía el de su muerte, hasta el punto de decir que con la buena nueva que había recibido nada le dolía ya, y en nada pensaba desde que la excelsa Señora le avisó de la proximidad de su fin más que en prepararse para comparecer ante Dios. El médico creyó que moriría aún más presto, y dijo que le diesen el Viático; pero Fr. Juan, que por el aviso de la Santísima Virgen sabía mejor á qué atenerse, le respondió que aun no era tiempo, y que entretanto comulgaría por devoción, como acostumbraba á hacer siempre que estaba enfermo, cada dos días.

El jueves siguiente pidió que le administrasen el Santo Viático, que recibió con gran reverencia á la misma hora en que se calcula que fué instituido por Nuestro Señor Jesucristo el augustísimo Sacramento de la Eucaristía.

Algunos de los que le rodeaban le pidieron que les diese alguna prenda suya para conservarla como reliquia, y el Santo les respondió:

—Yo soy pobre, y no tengo ninguna cosa propia; todo es de mi Prelado; pídansele á él.

Después mandó llamar al Prior, para pedirle que le perdonase todas las molestias y pesadumbres que le habia dado en su enfermedad, y después añadió:

—Ruego á Vuestra Reverencia por amor de Dios me mande dar un hábito de limosna para que me entierren con él.

El 13 de Diciembre, fiesta de Santa Lucía, preguntó qué día era.

—Viernes—le contestaron.

Callóse, y ya no volvió á preguntar por el día; pero poco después fué preguntando por la hora, y al llegar á la una, exclamó:

—Lo he preguntado, porque, gloria á mi Dios, tengo que ir esta noche á cantar Maitines al cielo.

Á las cinco de la tarde recibió la Extremaunción con gran fervor, atendiendo á todas las ceremonias. Á las nueve volvió á preguntar la hora, y cuando se la dijeron, exclamó:

—Aun me faltan tres horas.

Á las diez oyó sonar una campana, y habiéndole dicho que era la de un convento de monjas que tocaba á Maitines, respondió:

—Yo también, por la bondad de Dios, los iré á decir con la Virgen en el cielo.

Y luego, dirigiéndose á la Reina de los cielos, añadió:

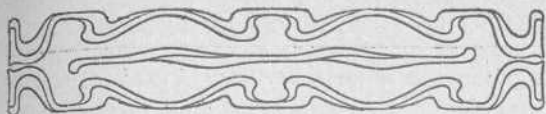
—Gracias os doy, Reina y Señora mía, por este favor que me hacéis en querer que salga de esta vida en sábado, que es vuestro día.

Cerca de las once se sentó en la cama, como si estuviera sano, y exclamó:

—¡Bendito sea Dios, y qué ligero me encuentro!

Después pidió á los religiosos y seglares que le acompañaran á bendecir y alabar al Señor, y de ello comenzó él mismo á dar el ejemplo, entonando con voz firme y tierna devoción varios salmos y jaculatorias, en las que mostraba, más que con las palabras, con la unción y el fervor con que las pronunciaba, su inmenso amor á Dios y la gratitud que de su corazón se desbordaba al ver acercarse el instante de que su alma, libre de las cadenas que la tenían sujeta á la cárcel de su cuerpo, tendiera su vuelo para descansar eternamente en el seno de su Divino Creador.

---



## XXVIII

PRECIOSA MUERTE DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—PRODIGIOS QUE INMEDIAMENTE LA SIGUIERON.—LOS FUNERALES Y ENTIERRO.

**H**ABÍA rogado el Santo á la mayoría de los religiosos del convento que rodeaban su lecho en las primeras horas de la noche, que se retirasen á descansar, que él les llamaría cuando se acercase el momento de entregar su espíritu al Señor, y sólo algunos de sus Hermanos y los piadosos seglares de que hemos hecho mención en el capítulo anterior, le acompañaban al sonar las once y media de la noche, cuando después de dar gracias al Señor en la forma que queda dicho, dijo que avisaran al P. Provincial, al Prior y á los demás miembros de la Comunidad que se hallaban descansando, para que acudieran á su celda á fin de auxiliarle para dar el tremendo paso que separa el tiempo de la eternidad.

Cuando todos estuvieron reunidos, dióles gracias el siervo de Dios por su caridad, con palabras tan tiernas, que ninguno pudo contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y llenos de admiración ante el prodigio de santidad que se ofrecía á su vista, le

suplicaron les diese su bendición, á lo que el humilde carmelita contestó que á él era á quien correspondía recibirla del P. Provincial y del Prior en su calidad de Superiores de la provincia y de aquella santa casa, respectivamente.

Ambos Prelados y demás los religiosos reiteraron sus ruegos, y al fin, vencido por ellos, consintió San Juan de la Cruz en darles la bendición que anhelaban, y que recibieron de rodillas como prenda no sólo de su aprovechamiento espiritual, sino de la extensión y prosperidad de la descalcez carmelitana, que presto iba á tener en el cielo como intercesor valioso á su santo Fundador.

Éste pidió luego que le leyesen algunos de los versículos del *Cantar de los cantares*, y después de oírlos y de repetir algunos, exclamó:

—¡Oh, qué preciosas margaritas!

Poco antes de las doce de la noche dió á un seglar muy devoto suyo que estaba á su lado el crucifijo que tenía en las manos, y con gran sosiego arregló las ropas de la cama y las interiores que tenía puestas, demostrando con este acto la compostura y limpieza que había presidido siempre á todos sus actos.

Una vez así arreglado, pidió á su devoto amigo que le devolviera el crucifijo, y el piadoso seglar besó la mano del Santo al entregárselo, lo que hizo decir al siervo de Dios, dando otra muestra de gran humildad:

— No se lo hubiera dado si creyera que tan caro me había de costar el recobrarlo.

Acercábase el momento de tocar á Maitines; pero los religiosos, absortos en la contemplación del por-



tento de santidad que tenían delante, y que de tal manera les edificaba, se habían llegado á olvidar hasta de la hora en que vivían. Mas el Santo, dando un nuevo testimonio en aquel trance supremo de su celo por la observancia de la regla, se lo recordó diciendo:

—Ya se llega la hora de tañer á Maitines; vayan á la campana.

Su orden fué cumplida inmediatamente, y el siervo de Dios estuvo un rato dando muestras de profundo sosiego, y en esta quietud y arrobamiento se vió rodeado súbitamente de un globo de luz resplandeciente que eclipsaba con sus fulgores las luces que ardían en la celda. En aquel mismo momento dieron las doce y media, y al sonido de la campana del convento pareció despertar de un profundo sueño, y preguntó que á qué tañían.

—Á Maitines—le respondió un religioso.

Entonces el Santo paseó suave y cariñosamente su mirada sobre todos los religiosos, como despidiéndose de ellos, y con gran dulzura exclamó:

—Al cielo me voy á decirlos.

Y luego, besando con gran fervor los pies del crucifijo que tenía siempre en sus manos, cerró los ojos, y sin convulsiones ni contracción de ninguna clase en el rostro, dejando ver la inefable tranquilidad y sosiego de su alma, la entregó al Altísimo, diciendo:

—En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Así expiró aquel gran siervo de Dios, al comienzo del sábado 14 de Diciembre de 1591, á los cuarenta y nueve años de su edad y veintiocho de profesión religiosa los cinco primeros en la Observancia de los

Carmelitas calzados, y los veintitrés siguientes en la de los descalzos.

Quedó su rostro apacible y sonrosado, despidiendo tan suaves y vivos resplandores y que de tal modo contrastaban con su demacración y palidez en él impresas durante los últimos días de su enfermedad, que todos creyeron, y así lo publicaron, que el siervo de Dios había muerto en un fervoroso acto de amor á Su Divina Majestad. Observaron también que, así que expiró, esparcióse por la celda una suavísima fragancia, emanada del sagrado cuerpo, que no tardó en extenderse por todo el convento, mientras las almas de los religiosos que en él estaban, en vez del dolor y la aflicción que la pérdida del Santo debía causarles, se inundaban de gran consuelo y alegría y de una tierna y ferviente devoción.

Llegáronse todos á los preciosos restos del bienaventurado, y después de besarle los pies y las manos, comenzó cada uno á cortar pedazos de su hábito y de las ropas, así de cama como interiores, que le habían servido durante su enfermedad, guardándolos como sagradas reliquias.

Mientras esto pasaba en el interior de la celda del Santo, comenzaron á doblar las campanas del convento anunciando la gloriosa muerte de San Juan de la Cruz, y el pueblo en masa, al oír los fúnebres clamores, se agolpó á las puertas del convento, que fué necesario abrir para no llenar de aflicción á los muchos que pedían con vivas instancias que les dejaran ver el cuerpo de aquel gran siervo de Dios.

Entre los que acudieron se señalaba por la vehemencia de sus súplicas cierto carpintero, apellidado

Iruela, que, según él mismo declaró más tarde, hallábase aquella misma noche en compañía de una mujer con quien sostenía relaciones ilícitas, y en medio de su pecado, oyó una voz que le avisaba de que llegaban los parientes de la citada mujer con ánimo de matarle, y de la necesidad de ponerse inmediatamente en salvo, añadiendo el misterioso avisador que le ayudaría á librarle del grave riesgo que corría, y que esta merced la debía á la intercesión de un religioso que acababa de morir en el convento de los Carmelitas descalzos.

Levantóse en el acto el carpintero, y aunque se vió cercado de varios hombres furiosos que le amenazaban con sus espadas, pudo romper el mortífero círculo que le envolvía y saltar de la casa por una pared de cinco varas de altura, sin recibir el menor daño.

Ya en salvo, corrió al convento para dar las gracias á su generoso bienhechor, y arrepentido de sus culpas, enmendó su mala vida y fué uno de los más asiduos visitantes de la sepultura de San Juan de la Cruz. Y como á muchos llamase la atención su constancia en esta devoción, le preguntaron la causa, y él respondió á todos:

— Debo mucho á este Santo.

Á las primeras horas de la mañana que siguió á la noche del dicho tránsito al cielo del glorioso Fundador de los descalzos, la muchedumbre aumentó de un modo tan considerable, que no cabía en la iglesia ni en ninguna de las dependencias del convento, y tantas y tan fervorosas fueron las muestras de veneración que todos tributaban al Santo, que no parecía sino que estaba ya canonizado.

El mismo efecto producían las innumerables peti-

ciones que gentes de todas condiciones hacían á los Padres del convento de algún objeto que hubiera



tocado el siervo de Dios, aunque sólo fueran un pedazo de los paños y vendas que le habían servido en su última enfermedad.

Mientras estuvo expuesto el santo cuerpo en la iglesia del convento, fueron grandes los esfuerzos que los religiosos del mismo tuvieron que hacer para evitar que aquél desapareciera trozo á trozo, pues los fieles no se contentaron con arrancarle una parte del hábito, sino que muchos llegaron á querer cortar pedazos de los sagrados restos.

Entre los que tal cosa intentaron hallábase el P. Fr. Domingo de Sotomayor, que por haber conocido al bienaventurado Fr. Juan en Baeza, tenía más que otros motivos para apreciar su santidad. Hallábase junto á sus preciosos restos, postrado de hinojos, y de repente cayó sin sentido sobre el féretro, y cuando volvió en sí declaró que había tratado de cortar un dedo al Santo, y que éste, como si estuviera vivo, retiró la mano, dando muestras de conservar después de muerto la humildad que siempre tuvo en vida, y que este suceso le había trastornado de tal modo, que le hizo caer desmayado.

Más afortunado fué otro religioso de la Orden de los Mínimos, que al besar los pies al siervo de Dios logró arrancarle una uña, y los que tuvieron noticia de estos dos hechos, de resultado tan diferente, coligieron que el Santo permitió al Mñimo conseguir aquella reliquia porque, más modesto que Fr. Domingo, se contentó con aquella parte mínima de su sagrado cuerpo.

Antes de darle sepultura celebráronse solemnes exequias en las que predicó el Dr. Becerra, quien terminó el panegírico del humilde descalzo con estas palabras:

«No os pido — dijo, — como se suele, que encomen-

déis á Dios el alma del difunto, porque nuestro difunto fué santo, y está su alma en el cielo. Lo que os pido es que procuréis imitarle, y á él que nos alcance de Dios su santa gracia. »

Cuando, acabados los funerales, se trató de trasladar el santo cuerpo al lugar de su enterramiento, se promovió una piadosa disputa entre los religiosos de diferentes Órdenes, sobre quién había de llevarle en hombros, pues todos querían tener ese honor. Por fin quedó convenido en que de él participase un religioso de cada Orden, y ellos mismos le colocaron en la sepultura, en medio de las demostraciones de veneración de todo el pueblo.

---



## XXIX

OTROS MILAGROS CON QUE EL SEÑOR MANIFESTÓ  
LA SANTIDAD DE SU SIERVO DESPUÉS DE SU  
MUERTE.

**R**EFIERE D.<sup>a</sup> Clara de Benavides, gran bienhecho-  
ra de los Carmelitas descalzos, que supo la  
muerte de San Juan de la Cruz porque este bienaven-  
turado se le apareció apenas hubo expirado, para  
darle gracias por los beneficios que había hecho á su  
Orden.

Otra devota del Santo recibió igual visita, y al  
mismo tiempo fué arrebatada en espíritu y vió en la  
iglesia del convento de Úbeda á un religioso de ros-  
tro hermoso y resplandeciente que, puesto de rodi-  
llas y con los ojos elevados al cielo, sostenía sobre  
sus hombros aquella casa é iglesia.

Luisa de la Torre, que así se llamaba la devota,  
preguntó quién fuera aquel religioso, y le fué respon-  
dido que era el P. Fr. Juan de la Cruz, por cuya in-  
tercesión se labraria de nuevo aquel edificio, y que  
en él florecerían todas las virtudes, como el tiempo  
se encargó luego de confirmar.

También se apareció el siervo de Dios la misma  
noche de su muerte, en Segovia, á Beatriz del Sacra-

mento, que se hallaba tullida, sin poder moverse de la cama, y agobiada por grandes dolores. El Santo se ofreció á sus ojos lleno de resplandeciente hermosura, con el hábito de su Orden esmaltado de joyas de oro y sembrado de estrellas, y con una hermosísima corona en la cabeza. Alentóla á padecer por Dios, con la misma conformidad que la dolencia que la tenía postrada en el lecho, todos los males que el Señor la enviara, y en premio de la que hasta entonces había tenido, la dejó completamente sana.

En la misma ciudad de Úbeda, donde San Juan de la Cruz acababa de morir, quedó tuerto, herido por un cohete, un vecino llamado Juan de Vera. El lisiado se encomendó al siervo de Dios, aplicándose al ojo una reliquia que del mismo obtuvo, y en el acto recobró la vista del ojo lastimado. Su primer impulso fué ir á dar gracias á Dios y al Santo en la iglesia de su convento por la gran merced que acababa de recibir; mas la consideración meramente humana de que podían hacerle daño á la vista las luces de la iglesia, idea que indudablemente le sugirió el demonio para que cometiera aquel pecado de ingratitud, le retrajo de tributar á su bienaventurado protector el homenaje de agradecimiento á que estaba obligado, y optó por diferir la visita para más adelante.

Mal resultado tuvo para él tan desdichado acuerdo, pues no sólo volvió á perder la vista del ojo lastimado, sino que el mal se pasó al otro, y quedó ciego en castigo de su culpable negligencia. Entonces comprendió que había sido miserablemente engañado por el enemigo de las almas, y de nuevo se encomendó á San Juan de la Cruz, quien se le apareció,



reprendiéndole suavemente por su omisión, y habiéndole hecho prometer que la repararía, le devolvió la vista perdida por su culpa.

En el convento de los Carmelitas descalzos de Andújar aparecióse también al Hermano Fr. Martín de



la Ascensión, su antiguo lego y compañero habitual de sus santas expediciones, diciéndole estas palabras:

—Hermano, vaya á nuestro P. Provincial, y dígale

que Nuestro Señor le pagará con bienes eternos la honra que hace á los huesos de los Santos; pero que mire que en el claustro de Baeza hay cinco cuerpos de Santos, por los cuales el P. Vicerrector, Fr. Juan de Jesús y María, se fué derecho al cielo, que los saque y los ponga en más decente lugar.

Otra vez se apareció al mismo religioso, y le dijo:  
—Hermano, escriba á nuestro P. Provincial que le estoy agradecido por haber sacado aquellos huesos y puéstolos en decente lugar.

El lego se sobrecogió, y temiendo que el Provincial no diese crédito á sus palabras, determinó no escribirle. Pero á los tres días se le volvió á aparecer San Juan de la Cruz, y no ya con el semblante apacible de las dos visitas anteriores, sino con rostro muy severo, y le dijo:

—Hermano, ¿por qué no ha hecho lo que le dije? Hágalo.

Fray Martín, muy sobresaltado, respondió al Santo:

—Padre nuestro, ¿cómo tengo yo de escribir á nuestro P. Provincial estas cosas, que me tendrá por novelero, y qué sé yo si Vuestra Reverencia es nuestro Padre ó si es engaño del demonio?

San Juan de la Cruz, entonces, sacó de debajo de su hábito una cruz, y dándosela al Hermano, después de besarla, le replicó:

—No es esto del demonio.

Y luego, haciendo una profunda reverencia á una pintura de Cristo crucificado que habla en la estancia, desapareció.

La cruz fué enviada por el lego al P. Provincial Fr. Juan de Jesús María, quien la conservó toda su

vida con gran veneración, y es fama que Nuestro Señor obró por medio de ella muy señalados milagros.

Hacen notar los comentaristas de este maravilloso suceso la humildad de San Juan de la Cruz en estas apariciones y la lección que dió á todos los religiosos del respeto que se debe á los Prelados, pues siendo él ya santo, y superior, por lo tanto, á todos los mortales, llamó siempre al P. Fr. Juan de Jesús y María «nuestro P. Provincial», como si todavía estuviera bajo su obediencia.

Otro hecho, igualmente milagroso, ocurrió en Úbeda el año 1607. Cierta tarde del mes de Mayo del citado año descargó sobre la ciudad una tempestad violentísima, siendo tanto mayor el pavor que produjo en sus habitantes, cuanto que otra tormenta semejante había asolado varios pueblos circunvecinos, y temían experimentar la misma desgracia.

Con este temor, acudió el pueblo en masa al convento de Carmelitas descalzos para pedir á San Juan de la Cruz que aplacase la ira del cielo, que á la sazón se manifestaba con espantables truenos y un diluvio de piedras descomunales, que parecía iban á derruir la ciudad. Á las diez de la noche cesó el pedrisco, y queriendo el Señor que los vecinos de Úbeda conociesen al protector que les había salvado de la ruina y á muchos de la muerte, hizo que á la luz de los relámpagos se viese en los aires la figura del Santo, vestido con su hábito de carmelita descalzo y luchando con las nubes, hasta que las deshizo sin daño de la ciudad, que desde entonces, y como testimonio de perenne gratitud, le tomó por su abogado.

Había en el convento de Málaga una religiosa llamada Mencía de San Luis, acometida desde hacía diez años con tan fuerte perlesía, que durante aquel tiempo no pudo asistir á los actos de la Comunidad ni moverse de la cama.

El año 1608 fué á visitar el citado convento el Padre Provincial de la Orden, Fr. Bernardo de la Concepción, y compadecido de la enferma, sacó un dedo de San Juan de la Cruz, que á prevención llevaba por si se le presentaba ocasión de demostrar la virtud que el Señor había concedido á las reliquias del siervo de Dios, y exhortando á la religiosa á que tuviera fe en la medicina que iba á aplicarla, puso el dedo del Santo sobre la cabeza de la paciente, mientras ambos invocaban la intercesión del glorioso Fundador de los descalzos.

En el acto sintió la Herrana Mencía de San Luis una gran conmoción en todo su cuerpo, á la que sucedió un sosiego tan grande, que al punto conoció que había sido curada, y así era efectivamente, pues con gran facilidad se levantó de la cama, y sin que volviese á experimentar el menor amago de su pasado mal, volvió á los ejercicios de la Comunidad, distinguiéndose en ellos por su extraordinario ardor.

Hallábase en Úbeda D. Luis Núñez, notario de las informaciones abiertas para la canonización de San Juan de la Cruz, y cuando se disponía á sentarse á comer en compañía de su sobrina D.<sup>a</sup> Luisa Vela, hallaron á ésta en su cuarto tendida en el suelo y sin conocimiento. Llamados apresuradamente los médicos, declararon que la paciente había sido acometida de una apoplejía complicada con manifestaciones de

perlesía y alferecía, y que su estado era, por lo tanto, desesperado. Aplicáronle, sin embargo, cuantos remedios recomienda la medicina en semejantes casos; pero ninguno surtió efecto, y, en vista de ello, se despidieron los médicos manifestando que la muerte de la enferma era inminente.

Oyó el notario la fatal sentencia, y vuelto prontamente de la dolorosa impresión que le produjo la triste nueva, recurrió á la intercesión poderosa del siervo de Dios, de cuya santidad estaba convencido, y para más reforzar su súplica, envió á buscar uno de los pies del Santo, conservado en el convento de Úbeda, entre otras de sus preciosas reliquias, y apenas se lo aplicaron al pecho á la desahuciada, volvió ésta en sí, y la sangre, que se había paralizado en sus venas, comenzó de nuevo á circular libremente. Quedóla, sin embargo, como reliquia de la terrible enfermedad que la había tenido á las puertas de la muerte, cerrada tan herméticamente la boca, que no podía pronunciar una palabra, ni pasar otro alimento que algunas gotas de líquido por entre las junturas de sus dientes.

Pero su entendimiento, ya despejado, la permitió comprender á quién debía aquel comienzo de salud, y mentalmente invocó á San Juan de la Cruz para que completase su curación, y al quinto día, y después de una aplicación á sus labios del pie del Santo, cesó el impedimento de la boca y de la lengua, y se la oyó exclamar:

— No eran vanas mis esperanzas en vos, mi santo Padre Fr. Juan. Bien sabía yo me habíais de dar salud. Á vos doy las gracias por la merced.

Para que ésta fuese todavía más completa, el Santo la curó también instantáneamente de las llagas que la habían causado las ventosas y otros cauterios que la habían aplicado los médicos, y sin transición pasó, por decirlo así, de la muerte á la vida, con todos los bienes de una perfecta salud.

Además de los dos milagros que acabamos de relatar, y que fueron aprobados por la Sagrada Congregación de Ritos, obró el Santo otro análogo el año 1617 en la persona de D<sup>a</sup> Juana Godínez de Sandoval, quien, á la edad de diez y seis años, que á la sazón contaba, fué acometida de una calentura tan violenta, acompañada de fuerte delirio, que quedó privada de sentido por espacio de cinco días.

En tan lamentable estado, fué visitada por dos religiosas carmelitas que llevaban el pie del Santo, y habiéndosele aplicado al pecho, volvió en sí la enferma, y abrazándose á la sagrada reliquia, y después de un rato de silencio, manifestó que al ponerla el santo pie sobre el pecho sintió que se le despejaban los sentidos, y oyó una voz que la dijo que por méritos del siervo de Dios, cuya era aquella reliquia, la daban aquella mejoría. Y fué ésta tan rápida, que, sentándose con gran ligereza en la cama, exclamó á grandes voces:

—Ya estoy buena, que mi santo Padre, Fr. Juan de la Cruz, me ha sanado.

Luego pidió que la dieran sus vestidos, y como con la turbación propia del caso no acertaban las criadas que la servían á encontrarlos, cogió un manto, envolvióse en él, y con la misma ligereza que se había sentado antes en la cama, saltó de ella al suelo,

y comenzó á pasear por la estancia, para demostrar á los que se hallaban á su lado que efectivamente estaba curada.

La gratitud de la doncella, tan milagrosamente sanada, hacia su santo protector fué tan grande, que, previo el consentimiento de sus padres, igualmente reconocidos al favor que les había hecho el siervo de Dios, ingresó en el convento de religiosas Carmelitas descalzas, en el que tomó, como testimonio de su reverencia al Santo, el nombre de Juana de la Cruz.

Señaladísimo fué asimismo el milagro que Dios nuestro Señor, por intercesión del santo Fundador de los descalzos, obró con un hijo de D. Francisco Narváez, llamado Rodrigo, quien, habiendo tenido la desgracia de caerse de un corredor muy alto de su casa á las losas de un estanque, sufrió tal golpe, que arrojó gran cantidad de sangre por boca, narices y oídos, con salida de parte de la masa encefálica. Tuviéronle por muerto; pero habiéndosele aplicado la reliquia del Santo, sanó tan rápidamente, que á los dos días no tenía señal alguna del accidente que había sufrido.

---



### XXX

OTRO PRODIGIO JUNTO AL SEPULCRO DEL SANTO.—  
TRASLACIÓN SECRETA Á SEGOVIA DE LOS SAGRA-  
DOS RESTOS.—PROTESTA DE LA CIUDAD DE ÚBEDA  
Y COMPOSICIÓN DEL PLEITO QUE CON TAL MOTIVO  
SURGIÓ.

**E**A humilde sepultura de San Juan de la Cruz, abierta en el suelo de la iglesia aneja al convento de Carmelitas de Úbeda, fué, desde el mismo momento en que fueron depositados en ella los sagrados restos del siervo de Dios, objeto de gran veneración para los fieles de la ciudad, que por el respeto que les inspiraba se abstendían de hollar con sus plantas la losa que la cubría.

No procedían con igual reverencia los religiosos de dicho convento, porque, según la frase de uno de los historiadores del Santo, tomada del salmo CXXXVIII, el profeta en su patria no es tan bien recibido; pero Dios, que velaba por la gloria de su siervo, dió á conocer cuánto le agradaba la veneración del pueblo al lugar donde reposaban las sagradas reliquias del bienaventurado Fundador de los descalzos, con un señaladísimo prodigio, que fué al mis-



mo tiempo lección provechosa para aquellos descuidados religiosos.

El lunes que siguió al sepelio de San Juan de la Cruz preparábanse para darse la disciplina en comunidad, y estando ya apagadas las luces del templo, surgió de la sepultura del siervo de Dios una luz resplandeciente que iluminó con gran profusión la iglesia.

El P. Prior y los demás religiosos que al pronto no repararon de dónde salía la luz, daban voces desde la capilla mayor para que fuese apagada, hasta que otros religiosos que se hallaban cerca de la sepultura manifestaron á los primeros su origen, quedando todos maravillados ante tan extraordinaria novedad, de la que dijo uno de los testigos presenciales, llamado el P. Fr. Francisco, que era tan grande el resplandor que de la sepultura de Fr. Juan salía, que vió tan claramente las figuras del retablo de la capilla mayor de la iglesia, como si en ellas diera un rayo de sol.

Los religiosos, sin embargo, aunque vieron y admiraron el prodigioso resplandor, no se hicieron cargo de su significado, y prosiguieron hollando sin cuidado alguno la losa que cubría la tumba del Santo, lo que obligó al Señor á darles un segundo aviso más perentorio, para que tuvieran la veneración debida á aquel lugar, especialmente sagrado, del santo templo.

Un Hermano donado, de nombre Francisco, en otra noche de disciplina se puso á tomarla sobre la sepultura de San Juan de la Cruz, y al intentar echarse en aquel lugar, sintió tan fuertes dolores en un brazo, que no lo podía mover. Al mismo tiempo una voz

interior le advirtió la causa de aquel súbito dolor, que cesó al apartarse de aquel santo lugar, y lleno de admiración corrió á comunicar caso tan extraordinario al P. Prior y á los demás religiosos, que de allí en adelante, arrepentidos de su descuido, lo repararon cumplidamente con repetidos actos de desagravio.

Mientras esto sucedía en Úbeda, en Segovia doña Ana de Peñalosa y su hermano D. Luis, fundadores del convento de Carmelitas descalzos de Segovia, gestionaban activísimamente la traslación á esta última ciudad de los sagrados restos de San Juan de la Cruz, y tantas fueron las influencias que pusieron en juego, que al fin obtuvieron una orden del Consejo Real y cartas patentes de la Orden carmelitana autorizando la traslación. Pero la ciudad de Úbeda se negó resueltamente á cumplirla, y los que se interesaban en el traslado determinaron, para evitar desórdenes, hacerlo secretamente.

Con este fin enviaron comisionados que, introduciéndose sigilosamente en el templo donde se hallaban depositadas las preciosas reliquias, procedieron á extraerlas de su sepultura. Al abrir ésta esparcióse por la iglesia una suavísima fragancia, y cuando el santo cuerpo quedó al descubierto, todos pudieron apreciar que se hallaba tan entero, fresco y sonrosado, como el día en que lo enterraron.

El más autorizado de los comisionados cortóle uno de los tres dedos de la mano derecha, con que San Juan de la Cruz sujetaba la pluma con que escribía, del que manó abundante sangre, y no se sabe á punto fijo si porque temieron ser descubiertos, ó por

otra causa, contentáronse por entonces con llevarse aquella reliquia, volviendo á depositar el sagrado cuerpo en el lugar donde yacía.

Al año siguiente, instados por los de Segovia, volvieron secretamente á Úbeda, y, aprovechando la obscuridad de la noche, entraron otra vez en el templo, y desenterrando el santo cuerpo, le hallaron tan entero como el año precedente, pero más enjuto.

El alguacil de Segovia, que iba con los comisionados, lo encerró en una maleta grande, y tan sigilosamente como habian entrado salieron de la iglesia y de la ciudad antes que amaneciera, para evitar que los de Úbeda se dieran cuenta del piadoso fraude y les arrancaran las preciosas reliquias, y quizá las vidas: tan resueltos se hallaban los moradores de la mencionada ciudad á defender aquel inestimable tesoro.

En esta operación obró el Señor algunas maravillas, siendo una de las más señaladas la que presenciaron antes de llegar á Martos, cuyo camino tomaron el alguacil y los comisionados de Segovia, para despistar; que no dejarían de imaginarse quiénes eran los raptores del cuerpo de San Juan de la Cruz así que notaran su desaparición.

Iban, pues, por el camino mencionado, cuando de repente se les apareció un hombre que, cerrándoles el paso, comenzó á gritarles:

—¿Adónde lleváis el cuerpo del Santo? Dejadle donde estaba.

Gran pavor causaron al alguacil y á sus acompañantes las voces destempladas de aquel hombre; mas repuestos del susto que con ellas recibieron, apreta-

ron el paso, y pronto perdieron de vista al aparecido.

Sin otra novedad llegaron á Madrid con su preciosa carga, que depositaron en el convento de religiosas Carmelitas establecido en la corte, donde les esperaba D.<sup>a</sup> Ana de Peñalosa, que antes de enviar el santo cuerpo á Segovia hízole cortar ún brazo, que luego fué depositado en el convento de descalzas de Medina del Campo.

Avisados los de Segovia de la llegada de los sagrados restos de San Juan de la Cruz, salieron á recibirlos con grandes demostraciones de júbilo, y con gran pompa y solemnidad fueron colocados en la capilla mayor del convento fundado por D.<sup>a</sup> Ana y su hermano. Para mayor seguridad cercaron el sepulcro del Santo con una verja, y de este modo, aunque á través de ella pudiesen verle, no podían tocarle, evitándose así que la piedad de los fieles llegase al extremo de abrirlo para llevarse trozos del sagrado cuerpo, pues todos á porfía querían tener alguna de sus preciosas reliquias.

Al lado del sepulcro colocáronse de guardia algunos religiosos, que por espacio de ocho días no dieron paz á sus manos, tomando de las de los fieles medallas, rosarios, cruces y otros objetos, que luego de ser tocados en el santo cuerpo, expuesto á su veneración por dicho espacio de tiempo, eran devueltos á sus dueños. Uno de aquellos días fué tan grande la concurrencia de devotos, y tantos y tan grandes los empujones que unos á otros se daban, para ver más de cerca las sagradas reliquias, que la verja de la capilla mayor, donde aquéllas estaban expuestas

rompióse por varias partes, sin que lo pudieran impedir los guardianes, que tuvieron que sostener una verdadera lucha con la muchedumbre de fieles que les acosaba, para preservar el cuerpo del Santo de una mutilación.

En lo más fuerte del alboroto tuvo el Prior una idea, con la que logró contener la impetuosa devoción del pueblo, y fué la de repartir entre los más irreflexivos pedazos de un hábito de San Juan de la Cruz, que estaba depositado en el convento. Después, una vez que no quedó ni el pedazo más pequeño del hábito, echó mano de las hierbas y flores en que había ido envuelto el santo cuerpo, y que se llevaron los fieles como reliquias muy apreciadas, de las que aun se conservan algunas hojas de laurel en varias casas de Segovia, tan verdes y flexibles como si acabaran de ser cortadas.

Mientras esto ocurría en Segovia, en Úbeda era todo aflicción y recriminaciones amargas contra los que se habían dejado arrebatarse los sagrados restos, y no faltó quien, en la exaltación de su ira ante el piadoso robo, propusiera organizar una expedición que á mano armada arrancase á los segovianos el tesoro de que cautelosamente se habían apoderado. Otros propusieron recuperarlo por el mismo procedimiento empleado por los de Segovia, esto es, enviando comisionados, para que secretamente tomaran el santo cuerpo y lo volvieran á Úbeda. Pero pasados los primeros momentos de exaltación, determinaron los más prudentes, y su voto prevaleció, tratar el asunto por las vías legales, y á este fin la ciudad envió á Roma procuradores para que recabasen de

la autoridad del soberano Pontífice la orden de devolución de los restos de San Juan de la Cruz á su primitivo enterramiento.

La ciudad de Segovia, por su parte, tampoco estuvo ociosa para defender la posesión del cuerpo del Santo, que gracias á su industria había adquirido, y á la que, por otra parte, le daban derecho la cédula del Consejo Real y las patentes de la Orden carmelitana. Imitando á Úbeda, mandó también á Roma sus procuradores, y ambas partes, con igual empeño, extremaron sus solicitudes, para salir triunfantes de este negocio.

Vióse el asunto en Roma, donde las razones aducidas por los de Úbeda parecieron mejor fundadas, y después de tres años de tramitación del expediente que se instruyó al efecto, el Papa Clemente VIII, después de hacer constar su admiración ante la piadosa competencia, que le hizo formar un alto concepto de las virtudes del siervo de Dios objeto de ella, expidió un Breve en 15 de Octubre de 1596, disponiendo fuese devuelto á Úbeda el cuerpo del glorioso Fundador de los Carmelitas descalzos, con lo cual pareció quedar resuelto definitivamente el litigio.

No fué así, sin embargo, porque los de Segovia, lejos de conformarse con lo dispuesto en el Breve citado, declararon resueltamente su propósito de no consentir que los sagrados restos, objeto del pleito, salieran de su territorio, aunque tuvieran que defenderlos á mano armada. Y como los de Úbeda, por su parte, alentados por la orden del Pontífice, manifestaran también su resolución de recuperar las precio-

sas reliquias de grado ó por fuerza, todo hacía temer sucesos muy desagradables entre ambas poblaciones, que personas graves de una y otra procuraron evitar por medio de una amigable composición.

Con este fin se pusieron de acuerdo los Prelados de la Orden carmelitana de ambas ciudades, los Ordinarios de las mismas y algunas personas notables de uno y otro bando, y después de muchas deliberaciones, réplicas y protestas, llegaron por fin á un acuerdo que, si no satisfizo del todo ni á los de Úbeda ni á los de Segovia, no pudieron dejar de aceptarlo, para poner término á una desavenencia que de otro modo habría sido eterna.

El acuerdo consistió en dividir el cuerpo del Santo, llevándose los de Úbeda una pierna, á más de lo que había quedado en dicha ciudad, y que la cabeza y el cuerpo destroncado quedasen en Segovia, comprometiéndose ambas partes á no intentar en lo sucesivo ninguna acción encaminada á la alteración de este convenio, y así lo hicieron constar en documento fehaciente, en el que se señalaron las formalidades con que había de procederse á la partición de las reliquias.

El día fijado para ello se presentaron los comisionados de Úbeda, que se hicieron cargo de la pierna del Santo, que se llevaron á su ciudad con la solemnidad y pompa correspondientes, y en ambas ciudades edificaron los fieles suntuosas capillas, donde son veneradas las sagradas reliquias del glorioso siervo de Dios.



## XXXI

APARICIONES DEL SANTO EN SUS SAGRADAS RELIQUIAS.—CONVERSIONES Y OTROS PRODIGIOS ALCANZADOS POR LAS MISMAS.

**L**AS apariciones de San Juan de la Cruz en las reliquias de su carne, son otras tantas pruebas de la solitud con que Dios nuestro Señor ha manifestado su voluntad de que el glorioso Fundador de los Carmelitas descalzos sea honrado y reverenciado por todo el mundo hasta la consumación de los siglos.

La primera de tan singulares apariciones se verificó en Medina del Campo, y figura como milagro calificado por el Prelado de Valladolid, D. Vigil Quiñones, en juicio contradictorio, actuando de fiscal y con todas las circunstancias que el Derecho canónico pide para estos casos, en junta magna de teólogos, juristas y médicos, entre ellos tres de Cámara del rey D. Felipe III, celebrada el año 1615. En ella convinieron todos los reunidos que se trataba de una obra milagrosa, y así lo decretó por sentencia jurídica, cuyo testimonio fué enviado al Papa Paulo V para los efectos de la beatificación y canonización de San Juan de la Cruz.



El venerable Francisco de Yepes, hermano, como es sabido, del santo Fundador de los descalzos, y de cuyas virtudes hemos hecho mención en capítulos precedentes, era muy favorecido por el Señor, á causa de su gran espíritu de oración, con muchas apariciones de Su Divina Majestad y de gran número de bienaventurados. Conocedor de la santidad de su hermano, y no dudando, mejor dicho, sabiendo que gozaba en las mansiones celestiales de la bienaventuranza eterna, tenía grandes deseos de verle, y así se lo pedía á Dios con vivísimas instancias.

Reiterábale cierto día su petición, cuando se le apareció el Divino Salvador, á quien el venerable Yepes dijo:

— Señor, ya que me mostráis á tantos cortesanos del cielo, ¿no me harías la merced de enseñarme á mi querido hermano?

— Siempre que veas carne de tu hermano—le contestó Su Divina Majestad,—le verás á él.

Tenía el venerable en un relicario un pedazo de carne del Santo, y lleno de fe y confianza en las palabras del Señor, sacólo del pecho, donde por devoción lo llevaba, y al punto que lo abrió vió, efectivamente, á San Juan de la Cruz de la misma manera que cuando vivía, aunque con el rostro más hermoso y resplandeciente.

En el mismo pedazo de carne vió también á la Santísima Virgen, vestida con el hábito del Carmen, llevando en los brazos al Niño Jesús, cuyo brazo izquierdo abrazaba el cuello de su Madre, y extendido el derecho, con el cuerpecito inclinado, hasta tocar con la mano la cabeza del Santo.

Con esta visión, que tuvo por primera vez el día de la Epifanía, diósele á entender la grande y fervorosa devoción que San Juan de la Cruz había tenido toda su vida hacia Jesús y su Madre, y las mercedes que por ellos había alcanzado.

Conmovido hasta lo íntimo de su alma, dió cuenta de ese maravilloso caso el venerable Francisco de Yepes al P. Cristóbal Caro, de la Compañía de Jesús, varón muy docto y verdaderamente apostólico, que era á la sazón su confesor, el cual tomó en sus manos la reliquia en que tan extraordinarias cosas se obraban, y puesto de rodillas devotamente, vió en ella una celestial aparición, de que quedó sumamente admirado.

Después llamó á diferentes personas de todas edades y condiciones, á quienes fué sucesivamente entregando la reliquia, invitándoles, sin decirles nada de lo que él había visto en ella, á que la venerasen, y su admiración subió de punto cuando cada una de dichas personas le fué dando cuenta de las apariciones con que había sido favorecida.

Á unos se les apareció Cristo nuestro Señor crucificado; otros habían visto á San Juan de la Cruz arrodillado ante un Crucifijo, cubierto el rostro con una nube y descubierto el resto del cuerpo. Húbo quien vió al Divino Redentor como niño en los brazos de su Madre, quien le contempló también niño y desnudo en los brazos del Santo, que hincado de rodillas le besaba los pies. Algunos declararon que habían visto al Santo Niño sobre una nube, con una corona de oro en la mano y en actitud de ir á colocarla en la cabeza del siervo de Dios, y otros sentado

el Niño en el brazo izquierdo del bienaventurado Fr. Juan, que con el brazo derecho abrazaba amorosa y reverentemente al tierno y divino Infante. Sólo unos pocos declararon que no habían visto nada en la sagrada reliquia.

De todo ello dedujo el P. Caro que en todo esto había un alto misterio digno de gran veneración, y que el mostrarse el Señor de tan diferentes maneras revelaba la existencia de recónditos secretos que sólo podrían ser vislumbrados con el previo conocimiento del estado y necesidades de las almas con tan diversas visiones.

Son innumerables los milagros que Dios ha obrado por medio de estas apariciones, y muy extraordinario el número de pecadores empedernidos que con la contemplación de las visiones que se mostraban en las reliquias del Santo, mudaron de vida, convirtiéndose en modelos de virtud y de penitencia.

Á la ciudad de Calatayud fué un carmelita descalzo llamado Fr. Juan Bautista, para predicar á unas mujeres de mala vida, contra cuya obstinación se habían estrellado los esfuerzos de todos los predicadores de la ciudad durante la Cuaresma. El religioso mencionado comenzó su sermón, al que asistieron tres de aquellas desgraciadas mujeres, que por espacio de media hora le oyeron sin dar muestras de fijar su atención en las palabras del misionero y haciendo alarde de su desenvoltura y poca vergüenza.

No por eso se desanimó el buen carmelita, que, dispuesto con la ayuda de Dios y del santo Fundador de su Orden, á vencer la obstinación procaz de aque-

llas mujeres, se dirigió á ellas diciéndolas que no pretendía convertirlas, sino únicamente que veneraran una reliquia de San Juan de la Cruz que á prevención traía consigo.

Las tres mujeres convinieron en ello, diciendo que á pesar de la vida que llevaban eran cristianas, de lo cual daban testimonio los rosarios que llevaban, y una tras otra se dispusieron á venerar la sagrada reliquia.

La primera que la contempló quedóse de repente inmóvil, y una espantosa palidez comenzó á cubrir su rostro. Preguntóla el predicador la causa de aquella alteración, y la mujer, con palabras entrecortadas que revelaban la conmoción que había sufrido, declaró que veía en la reliquia que tenía ante los ojos á una mujer llorando amargamente, junto á Cristo, y una calavera, y que lo que á ella se le alcanzaba, aquella mujer era la Magdalena, que lloraba sus culpas, y que ella, arrepentida de las suyas, quería llorarlas también.

La segunda mujer que se acercó á la sagrada reliquia, vió lo mismo que había visto la primera, y sintiendo los mismos efectos que ésta, declaró también su propósito de convertirse y consagrar á la penitencia el resto de su vida.

Al ver la impresión que en sus dos compañeras había producido la contemplación de la reliquia, la tercera mujer se negó á mirarla, y aunque al fin lo hizo ante las reiteradas instancias del predicador, nada vió en ella, de lo que pudo deducirse con fundamento que aquella desgraciada mujer había llegado á un grado tal de corrupción, que Dios había acabado por dejarla de su mano.

Más dichosas sus compañeras, sintieron abrirse sus corazones á los sentimientos de un verdadero dolor por las ofensas que habían hecho al Señor con su mala vida, y al día siguiente volvieron á la iglesia, donde hicieron delante de toda la ciudad pública confesión de sus pecados, que luego ratificaron en el santo Tribunal de la penitencia, y absueltas de ellos, fueron en adelante la edificación del pueblo á quien antes habían escandalizado con sus liviandades.

El Definidor general de los Carmelitas descalzos, Fr. Pedro de la Madre de Dios, tenía una reliquia de San Juan de la Cruz, y aunque la contemplaba con mucha frecuencia, nunca lograba ver en ella las apariciones de que tantos hablaban. La veracidad indiscutible de las personas que afirmaban el repetido prodigio, y la fe que tenía en la santidad del santo Fundador de su Orden, le impedían dudar de aquellos milagros, y el que no pudiera él contemplarlos lo atribuyó á sus pecados y á la poca limpieza de su conciencia, lo que le movió á ser más riguroso en examinarse, más escrupuloso en sus confesiones y más celoso en el cumplimiento de sus obligaciones.

Tomadas estas precauciones, celebraba el santo sacrificio de la Misa con gran devoción, y luego iba á venerar la santa reliquia; pero por más que en ella fijaba no sólo la vista corporal, sino todas las potencias de su alma, no lograba ver nada en ella y esto le traía muy acongojado.

Dominado por esta aflicción, fuéle necesario hacer un viaje por asuntos de la Orden, y así llegó á Alcalá la Real, donde determinó pasar la noche.

En el mesón donde se detuvo servía como moza

una turca llamada Fátima, tan obstinada en sus falsas creencias, que todos los esfuerzos hechos hasta entonces para atraerla á la verdadera religión habían resultado inútiles. Esto lo sabía Fr. Pedro, y una vez recogido en su aposento, lo recordó con el dolor que á toda alma caritativa causa el mal ajeno. Pensando en ello tuvo la feliz, y aun pudiéramos decir celestial, inspiración de mostrar á la obstinada turca la reliquia del siervo de Dios, y poniendo por obra su pensamiento, así que amaneció bajó de su cuarto á la sala común de la posada, y así que vió á la infiel, sacó su relicario y la dijo:

—Fátima, mira qué cosa más linda.

La turca, movida de curiosidad, acudió á la llamada del religioso, y apenas hubo tomado en sus manos el relicario, cuando, llena de júbilo, exclamó en alta voz:

—¡Linda Señora, hermoso Niño!

Luego, llevando siempre el relicario en las manos, corrió hacia el sitio donde se hallaba otra de las criadas, que era cristiana, diciéndola que mirase á aquella Señora y á aquel Niño. Miró la cristiana el relicario, y como viera la misma aparición que había visto la turca, se apresuró á decir á ésta que la Señora era la Santísima Virgen María, y el Niño, su Divino Hijo.

Quedó la turca admirada al oír esto, y tan grande fué la impresión que la produjo la hermosura del Niño Dios y de su Santísima Madre, que inmediatamente pidió ser instruída en nuestra religión sacrosanta, y convertida á ella, fué bautizada, quedando el P. Definidor consolado y advertido de que el Señor hace los milagros cuando conviene á sus inescru-

tables designios y no cuando se los piden sin otro fin que el de satisfacer una innecesaria curiosidad.

Otro prodigio realizado por Dios con las reliquias de San Juan de la Cruz, fué el siguiente, que consta aprobado en el proceso de canonización de Santa Teresa de Jesús.

En el convento de las Carmelitas descalzas de Granada vió la religiosa María de San Pablo cierto día, después de la puesta del sol, un rayo luminoso que salía de una imagen de la Santa mencionada, colocada en una ermita edificada en una huerta. Llena de admiración ante aquel fenómeno, fijóse en el punto donde terminaba el rayo, y vió que éste se detenía en un papel, dentro del cual se hallaba envuelta una reliquia de San Juan de la Cruz, que, según se supo después se le había caído á otra religiosa del mismo convento.

Alzólo del suelo la Madre María de San Pablo, y en el acto cesó la luz, en lo cual se vió claramente el cuidado con que Dios vela por que las reliquias de sus Santos no sufran menoscabo y sean siempre objeto de gran veneración.

---



## XXXII

### RETRATO DEL SANTO.—SUS ESCRITOS.—SU CULTO Y GLORIFICACIÓN POPULAR Y CANÓNICA.

**E**RA San Juan de la Cruz más bien de estatura pequeña que mediana, lo cual hacía decir donosamente á Santa Teresa de Jesús cuando el Padre Fr. Antonio de Heredia y el Santo se ofrecieron para la reforma de la descalcez, que ya contaba con fraile y medio.

Su cuerpo era bien proporcionado, y la delgadez, que fué acentuándose en él, no era producto de su complexión, sino de las austerísimas penitencias con que mortificó y maceró su cuerpo. Era trigüeño de rostro, más bien redondo que largo, de frente despejada y espaciosa, ojos negros de suave y apacible mirada, cejas bastante pobladas y bien trazadas, nariz un tanto aguileña, labios y boca muy proporcionados, así como todo lo demás del rostro.

Su aspecto era grave, apacible y modesto, y á pesar de que su mucha humildad procuraba ocultarlo, de toda su persona se desprendía una dignidad tan majestuosa, que incitaba á venerarle, así como la bondad que todo su ser revelaba convidaba á amarle. Su voz era dulce, sin pecar de afeminada, y su



palabra naturalmente persuasiva y de una elocuencia arrebatadora, sin ninguna clase de afectación.

Era de ingenio muy despierto, y aunque dedicó preferentemente su atención á las letras sagradas,



cultivó con gran aprovechamiento las humanas, que en el siglo en que vivió, no obstante estar calificado por los llamados intelectuales de la edad presente de obscurantismo teocrático, eran patrimonio de mayor número de gentes que en esta época llamada de las luces y del progreso.

En aquel entonces no abundaban tanto como hoy los charlatanes insubstanciales, sino los verdaderos

ingenios, y por esta razón siempre conservará el siglo XVI el título de siglo de oro de nuestra literatura. En esto fué San Juan de la Cruz hijo de su siglo, como lo demuestran sus admirables escritos, no sólo por la santa doctrina que en ellos se encierra, sino por su forma literaria y por el numen poético de la más pura inspiración que revelan. Compúsolos en diferentes épocas de su vida; pero les dió la última mano durante el tiempo que residió en su apacible soledad de la Pañuela, y pueden ser clasificados en dos grupos principales, el de los tratados mayores ó principales, como *La subida al monte Carmelo*, *Noche obscura*, *Cánticos espirituales* y *Llama de amor viva*, y otros menores ó más breves, entre los que figuran los siguientes:

*Cau'elas espirituales para los religiosos, contra los tres enemigos del alma; Cartas á diferentes personas; Sentenciario espiritual; Poesías devotas sobre diferentes asuntos; Espinas del espíritu, y Reglas para discernir los milagros verdaderos de los falsos.*

Este último tratado, y es gran lástima, se ha perdido por los descuidos de los hombres y por los estragos del tiempo, y sólo se sabe que lo escribió San Juan de la Cruz con ocasión de los milagros obrados por las santas imágenes existentes en el convento de Carmelitas de Guadalcazar.

Aunque por su número no llega la obra místico-literaria del santo Fundador de los descalzos á la magnitud de la de otros escritores sagrados, por su mérito merece lugar preeminente en el emporio de las letras, y así lo han reconocido y reconocen las personas letradas de toda clase de opiniones.

Pero la gloria mayor del bienaventurado carmelita estriba en su santidad, y de ésta dió testimonio toda España con el culto que comenzó á tributarle apenas las campanas de Úbeda, donde entregó su alma al Señor, comenzaron á doblar.

El pueblo de dicha ciudad en masa acudió á las puertas del convento, y fué necesario abrirlas para dar satisfacción á esta primera manifestación del culto popular, que tuvo plena justificación con los milagros con que Su Divina Majestad quiso honrar á su siervo.

Del aprecio que tanto religiosos como seglares hicieron de sus reliquias, ya hemos hablado en capítulos precedentes, y también de los prodigios que obró Dios en ellas, y ante un número tan considerable de pruebas de la santidad del bienaventurado Fr. Juan de la Cruz, nada tiene de extraño que fuese venerado y reverenciado y que á su intercesión recurrieran personas de todas las clases sociales.

Sólo faltaba para el coronamiento de su glorificación que la Iglesia aprobara canónicamente su culto, y éste se comenzó á gestionar el año de 1616, haciendo las primeras informaciones, que tuvieron por prólogo un señalado milagro.

Al ser invitado un religioso del convento de Granada para que dijese lo que supiera acerca de las virtudes del Santo, respondió con cierto aire de desdén:

—Del P. Fr. Juan de la Cruz, ¿qué hay que decir?

Y en el acto mismo quedósele la lengua pegada al paladar, sin poder pronunciar más palabras; pues en castigo de su menosprecio al glorioso Fundador,

quedó completamente mudo. Una hora duró aquel castigo, pues arrepentido de corazón de su culpa, postrado de rodillas, y con los ojos anegados en llanto, pidió perdón al siervo de Dios, y éste le devolvió el uso de la palabra.

Hechas las segundas informaciones por los Prelados de Úbeda, Baeza, Jaén, Málaga, Granada, Segovia, Medina del Campo y Salamanca, con las declaraciones de gran número de testigos oculares, así religiosos como eclesiásticos y seculares, y hallando en ellas sobrado fundamento para pedir la canonización, fueron otorgadas en 1627 remisoriales y rótulo para las terceras, encomendándolas á los Prelados Ordinarios de Jaén, Granada, Málaga, Segovia y Valladolid, donde se hicieron con el mismo resultado que las anteriores, siendo, por lo tanto, remitidas á Roma, donde el Papa Urbano VIII decretó la suspensión de su vista hasta que se cumpliera el plazo de cincuenta años, á contar desde la muerte del Santo.

Por más que luego se procuró abreviar la causa, ésta duró hasta los pontificados de Alejandro VII y Clemente IX, que aprobaron la santidad de vida y virtudes del bienaventurado, y con esto quedó detenido el proceso, hasta que, habiendo pasado á Roma como Procurador general el Rdo. P. Fr. Juan de la Concepción, hermano del Duque de Béjar, consiguió removerlo, pasando al examen de sus milagros.

Probados éstos, la Congregación de Ritos propuso al Papa Clemente X *que seguramente se podía proceder á la canonización del siervo de Dios Juan de la Cruz, y con más seguridad, en el interin que se le declarase Beato, y que cada año, el día de su feliz trán-*

*sito al cielo, se pudiese rezar y decir Misa de confesor no pontífice en toda la Orden carmelitana.*

Durante once días encomendó Su Santidad al Señor esta propuesta, y á 6 de Octubre del año 1674 ordenó que fuese publicado el decreto de beatificación correspondiente, al que siguió el de canonización una vez cumplidos los requisitos señalados para estos casos, con gran júbilo de los fieles en general y de la Orden carmelitana en particular, que hoy ve unidos en el mismo culto en los altares á la mística Doctora Santa Teresa de Jesús y á San Juan de la Cruz, restauradores de la primitiva austeridad de su glorioso Instituto.



## Canciones del alma en la Noche Oscura. (1)

---

### I

En una noche oscura  
Con ansias en amores inflamada,  
¡Oh dichosa ventura!  
Salí sin ser notada,  
Estando ya mi casa sosegada.

Á oscuras, y segura  
Por la secreta escala disfrazada,  
¡Oh dichosa ventura!  
Á oscuras y en celada  
Estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,  
En secreto que nadie me veía,  
Ni yo miraba cosa,  
Sin otra luz ni guía  
Sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba  
Más cierto que la luz de mediodía,  
Adonde me esperaba

---

(1) Ponemos como apéndice algunas de las sublimes y divinamente inspiradas poesías de San Juan de la Cruz. Las hemos tomado de la preciosa colección del R. P. Ángel María de Santa Teresa, Carmelita descalzo.

Quien yo bien me sabía,  
En parte donde nadie parecía.  
¡Oh noche, que guiaste,  
Oh noche amable más que el alborada,  
Oh noche, que juntaste  
Amado con amada,  
Amada en el Amado transformada!  
En mi pecho florido,  
Que entero para él solo se guardaba,  
Allí quedó dormido,  
Y yo le regalaba,  
Y el ventalle de cedros aire daba.  
El aire de la almena,  
Cuando ya sus cabellos esparcía  
Con su mano serena,  
En mi cuello hería,  
Y todos mis sentidos suspendía.  
Quedéme, y olvidéme,  
El rostro recliné sobre el Amado,  
Cesó todo, y dejéme,  
Dejando mi cuidado  
Entre las azucenas olvidado.

## II

Aquella niebla oscura  
Es una luz divina, fuerte, hermosa,  
Inaccesible y pura,  
Íntima y deleitosa,  
En ver á Dios sin vista de otra cosa.  
La cual á gozar llega

El alma que de amor está inflamada,  
Y viene á quedar ciega  
Quedando sin ver nada,  
La esencia trascendida y alcanzada.

Y cuando la conquista  
Del reino de sí misma está acabada,  
Se salé sin ser vista  
De naide ni notada,  
Á buscar á su Dios, de Él inflamada.

Y en aquesta salida  
Que sale de sí el alma dando un vuelo  
En busca de su vida,  
Sube al impíreo cielo,  
Y á su secreto centro quita el velo.

Aunque busca al Amado  
Con la fuerza de amor toda encendida,  
En sí le tiene hallado,  
Pues está entretenida  
En gozar de su bien con Él unida.

Está puesta en sosiego,  
Ya todas las imágenes perdidas,  
Y su entender ya ciego,  
Las pasiones rendidas,  
Con fuerza las potencias suspendidas.

Á tal gloria y ventura  
Subir por escalera le convino,  
Para venir segura,  
Que por modo divino  
Los misterios de Cristo fué el camino.

Y habiendo ya llegado  
Al deseado fin que fué su intento,  
Tiene, quieta en su Amado,



Continuo movimiento,  
Estando sosegada y muy de asiento.  
En la noche serena  
En que goza de Dios su vida y centro  
Sin darle nada pena,  
Le busca bien adentro  
Con deseo saliéndole al encuentro.  
El amor la encamina,  
Metida entre niebla tan oscura,  
Y sin otra doctrina  
Camina más segura  
Adonde Dios la muestra su hermosura.  
Y yendo sin camino,  
Sin que haya entendimiento ni memoria,  
La muestra el Rey divino  
Su virtud y su gloria  
Como se puede en vida transitoria.  
¡Oh noche cristalina  
Que juntaste con esa luz hermosa  
En una unión divina  
Esposo con la esposa,  
Haciendo de ambos una misma cosa!  
Y cuando de continuo  
Del Verbo Eterno el alma está gozando,  
Su espíritu divino  
Mueve un aire muy blando  
Que todo lo interior va regalando.  
Gozando de Él á solas  
Y puesto un muro en este prado ameno,  
Vienen las blandas olas  
De aqueste aire sereno  
Y todo lo de afuera hace ajeno.

Que el Rey en quien ya vive,  
La tiene con gran fuerza ya robada,  
Y como le recibe  
De asiento en su morada,  
La deja de sí toda enajenada.

Como es tan poderosa  
La fuerza de Aquel donde está unida,  
Y ella tan poca cosa,  
Con darse por vencida  
Pierde su ser y en Él es convertida.

## III

¡Oh dulce noche oscura  
Que no pones tiniebla tenebrosa,  
Mas antes tu espesura  
Cuan ciega es deleitosa  
Y cuanto más oscura más hermosa.

Divinas negaciones,  
Dichosa escuridad, dulce sosiego,  
Secretas invinciones,  
Dichoso el que está ciego  
En tanta claridad, dichoso entrego.

Negándose á sí mismo,  
Por no negar Aquel que nunca niega,  
Entré en el dulce abismo  
De aquella noche ciega  
Donde halla viva luz el que se entrega.

Y en lo más escondido  
De aquesta escuridad resplandeciente  
Habiendo esclarecido

El sol que está presente,  
Hace la noche día refulgente.  
¡Oh noche regalada  
Que con seguridad sabor ofrece  
Al alma enamorada  
Que en ella se adormece,  
Y así el día noche le parece!  
Subió para dormirse  
Por la secreta escala escondida,  
Y como sin sentirse  
Al fin quedó dormida,  
Tocáronle los rayos de la vida.  
Escala de reposo,  
Los misterios de Cristo regalados,  
El caminar hermoso  
De los hijos amados  
Adonde mil tesoros son hallados.  
Al fin destas escalas  
Llegó volando mientras la dejaron  
Con dos hermosas alas,  
Mas luego que llegaron  
Sus delicadas plumas se abrasaron.  
Y así quedó gozando  
De los secretos rayos del Amado,  
Y así señoreando,  
Sin fuerza ni cuidado,  
La casa y moradores que le han dado.  
Durmiendo con reposo  
Los moradores libre la dejaron;  
Abrió y entró el Esposo;  
Mas cuando despertaron,  
De verse ya despiertos se quejaron.

Gozan de sus favores  
Á solas, que al Esposo no le vieron  
Des que los moradores  
Del todo se durmieron  
Y ni un pequeño ruido no le hicieron.

Allí la dulce esposa  
Transformada en su Amado y convertida,  
En Él vive y reposa  
Y de Él recibe vida,  
Quedando ya la suya consumida.

Y mientras aquí vive,  
Descansa, goza, y vive, y se mantiene;  
Mas cuando ya recibe  
La vida que ella tiene,  
Llora porque la muerte se detiene.

Mas después que ha llorado,  
Creciendo con el llanto sus favores,  
Ya no la dan cuidado,  
Porque en sufrir dolores  
Tiene puesto su fin y sus amores.

La luz en la tiniebla,  
La tiniebla en la luz sin apartarse,  
La claridad en la niebla,  
La niebla en la luz mostrarse,  
En este abismo ya sin estorbarse.

Porque puso tiniebla  
En su divina luz su ser y esencia,  
Para que visto en niebla,  
Con secreta asistencia  
Acá pueda gozarse su presencia.

## Liras.

---

### Ansía el alma estar con Cristo.

---

Del agua de la vida  
Tuvo mi alma sed insaciable,  
Desea la salida  
Del cuerpo miserable  
Para beber desta agua perdurable.  
Está muy deseosa  
De verse libre ya desta cadena;  
La vida le es penosa  
Cuando se halla ajena  
De aquella dulce patria tan amena.  
El mal presente aumenta  
La memoria de tanto bien perdido;  
El corazón revienta  
Con gran dolor herido  
Por verse de su Dios desposeído.  
Dichosa y venturosa  
El alma que á su Dios tiene presente;  
¡Oh, mil veces dichosa,  
Pues bebe de una fuente  
Que no se ha de agotar eternamente!  
¡Oh patria verdadera,

Descanso de las almas que en ti moran,  
Consolación entera  
Adonde ya no lloran  
Los justos, mas con gozo á Dios adoran!

La vida temporal  
Á ti, ¡oh vida eterna!, comparada,  
Es tanto desigual,  
Que puede ser llamada  
No vida, sino muerte muy pesada.

¡Oh vida breve y dura,  
Quién se viese de ti ya despojado!  
¡Oh estrecha sepultura!  
¿Cuándo seré sacado  
De ti para mi Esposo deseado?

¡Oh Dios, y quién se viese  
En vuestro santo amor todo abrasado!  
¡Ay de mí! ¡Quién pudiese  
Dejar esto criado

Y en gloria ser con Vos ya trasladado!  
¡Oh! ¿Cuándo? ¡Amor, oh! ¿Cuándo?  
¿Cuándo tengo de verme en tanta gloria?  
¿Cuándo será este *cuando*?

¿Cuándo, de aquesta escoria  
Saliendo, alcanzaré tan gran victoria?

¿Cuándo me veré unido  
Á Ti, mi buen Jesús, de amor tan fuerte,  
Que no baste el ladrido  
Del mundo, carne ó muerte,  
Ni del demonio, á echarme desta suerte?

¿Cuándo, mi Dios, del fuego  
De vuestro dulce amor seré encendido?  
¿Cuándo he de entrar en juego?

¿Cuándo he de ser metido  
En el horno de amor y consumido?  
¡Oh, quién se viese presto  
Deste amoroso amor arrebatado!  
¿Cuándo me veré puesto  
En tan dichoso estado  
Para no ser jamás de allí mudado?  
¡Dios mío, mi bien todo,  
Mi gloria, mi descanso, mi consuelo!  
Sacadme deste lodo  
Y miserable suelo,  
Para morar con Vos allá en el cielo.  
Unidme á Vos, Dios mío,  
Sin medio, y apartad lo que os impide;  
Quitadme aqueste frío  
Que á vuestro amor despide,  
El cual en os amar tan corto mide.  
¡Oh, si tu amor ardiese  
Tanto que mis entrañas abrasase!  
¡Oh, si me derritiese!  
¡Oh, si ya me quemase,  
Y amor mi cuerpo y alma desatase!  
Abrid, Señor, la puerta  
De vuestro amor á aqueste miserable;  
Dad esperanza cierta  
Del amor perdurable  
Á aqueste gusanillo deleznable.  
No tardes en amarme,  
Y en hacer que te ame fuertemente;  
No tardes en mirarme,  
¡Oh Dios omnipotente!,  
Pues me tienes á mí siempre presente.

Tú mandas que te llame,  
Y aquí estoy con suspiros ya llamando;  
Tú mandas que te ame,  
Yo lo estoy deseando;  
Mas, Señor mío, Tú, ¿hasta cuándo, cuándo?  
¿Cuándo has de responderme  
Y darme aqueste amor que estoy pidiendo?  
Vuelve, Señor, á verme,  
Mira que estoy muriendo  
Y parece que vas de mí huyendo.  
¡Ea, Señor Eterno,  
Dulzura de mi alma y gloria mía;  
Ea, Bien sempiterno,  
Ea, sereno día,  
Tu luz, tu amor, tu gracia presto envía!  
Por Ti suspiraré  
En tanto que durare en mis prisiones:  
Nunca descansaré  
De echar mis peticiones,  
Hasta que á Ti me lleyes y coronas.  
De Ti si me olvidare,  
Mi Dios, mi dulce amor, mi enamorado,  
En el olvido pare,  
Sin que haya en lo criado  
Quien de mí, triste, tenga algún cuidado.



Cántico espiritual  
entre el alma y Cristo su Esposo.

---

ESPOSA.

¿Adónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste,  
Habiéndome herido;  
Salí tras ti clamando, y ya eras ido.  
Pastores, los que fuéredes  
Allá por las majadas al otero,  
Si por ventura viéredes  
Aquel que yo más quiero,  
Decidle que adolezco, peno y muero.  
Buscando mis amores,  
Iré por esos montes y riberas;  
Ni cogeré las flores,  
Ni temeré las fieras,  
Y pasaré los fuertes y fronteras.  
¡Oh bosques y espesuras  
Plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh prado de verduras,  
De flores esmaltado,  
Decid si por vosotros ha pasado!

## RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

Mil gracias derramando  
 Pasó por estos sotos con presura,  
 Y, yéndolos mirando  
 Con sola su figura  
 Vestidos los dejó de su hermosura.

## ESPOSA

¡Ay, quién podrá sanarme!  
 Acaba de entregarte ya de vero,  
 No quieras enviarme  
 De hoy ya más mensajero,  
 Que no saben decirme lo que quiero.  
 Y todos cuantos vagan,  
 De ti me van mil gracias refiriendo,  
 Y todos más me llagan,  
 Y déjame muriendo  
 Un no sé qué que quedan balbuciendo.  
 Mas ¿cómo perseveras,  
 ¡Oh vida!, no viviendo donde vives,  
 Y haciendo porque mueras  
 Las flechas que recibes,  
 De lo que del Amado en ti concibes?  
 ¿Por qué, pues has llagado  
 Á aqueste corazón, no le sanaste?  
 Y pues me le has robado,  
 ¿Por qué así lo dejaste,  
 Y no tomas el robo que robaste?  
 Apaga mis enojos,  
 Pues que ninguno basta á deshacellos,

Y véante mis ojos,  
Pues eran lumbre de ellos,  
Y sólo para ti quiero tenellos.  
Descubre tu presencia,  
Y máteme tu vida y hermosura:  
Mira que la dolencia  
De amor, que no se cura  
Sino con la presencia y la figura.  
¡Oh cristalina fuente,  
Si en esos tus semblantes plateados  
Formases de repente  
Los ojos deseados  
Que tengo en mis entrañas dibujados!  
Apártalos, Amado,  
Que voy de vuelo.

## ESPOSO

Vuélvete, paloma,  
Que el ciervo vulnerado  
Por el otero asoma,  
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

## ESPOSA

Mi Amado, las montañas,  
Los valles solitarios nemorosos,  
Las insulas extrañas,  
Los ríos sonorosos,  
El silbo de los aires amorosos.  
La noche sosegada,  
En par de los levantes de la aurora,  
La música callada,

La soledad sonora,  
La cena, que recrea y enamora.  
Cazadnos las raposas,  
Que está ya florecida nuestra viña,  
En tanto que de rosas  
Hacemos una piña,  
Y no parezca nadie en la montiña.  
Detente, Cierzo muerto:  
Ven, Austro, que recuerdas los amores,  
Aspira por mi huerto,  
Y corran tus olores,  
Y pacerá el Amado entre las flores.  
¡Oh ninfas de Judea!  
En tanto que en las flores y rosales  
El ámbar perfumea,  
Morá en los arrabales,  
Y no queráis tocar nuestros umbrales.  
Escóndete, Carillo,  
Y mira con tu haz á las montañas,  
Y no quieras decillo;  
Mas mira las compañías  
De la que va por ínsulas extrañas.

## ESPOSO

Á las aves ligeras,  
Leones, ciervos, gamos saltadores,  
Montes, valles, riberas,  
Aguas, aires, ardores,  
Y miedos de las noches veladores.  
Por las amenas liras  
Y cantos de sirenas os conjuro

Que cesen vuestras iras,  
Y no toquéis al muro,  
Porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa  
En el ameno huerto deseado,  
Y á su sabor reposa,  
El cuello reclinado  
Sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano  
Allí conmigo fuiste desposada,  
Allí te dí la mano,  
Y fuiste reparada  
Donde tu madre fuera violada.

## ESPOSA

Nuestro lecho florido,  
De cuevas de leones enlazado,  
En púrpura tendido,  
De paz edificado,  
De mil escudos de oro coronado.

Á zaga de tu huella  
Los jóvenes discurren al camino,  
Al toque de centella,  
Al adobado vino,  
Emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega  
De mi Amado bebí, y cuando salía  
Por toda aquesta vega,  
Ya cosa no sabía  
Y el ganado perdí, que antes seguía.  
Allí me dió su pecho,

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,  
Y yo le dí de hecho  
Á mí, sin dejar cosa;  
Allí le prometí de ser su esposa.

    Mi alma se ha empleado  
Y todo mi caudal en su servicio.  
Ya no guardo ganado,  
Ni ya tengo otro oficio;  
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

    Pues ya sí en el ejido  
De hoy más no fuere vista ni hallada,  
Diréis que me he perdido,  
Que andando enamorada  
Me hice perdidiza, y fui ganada.

    De flores y esmeraldas  
En las frescas mañanas escogidas,  
Haremos las guirnaldas,  
En tu amor florecidas,  
Y en un cabello mío entretejidas.

    En solo aquel cabello  
Que en mi cuello volar consideraste,  
Mirástele en mi cuello,  
Y en él preso quedaste,  
Y en uno de mis ojos te llagaste.

    Cuando tú me mirabas,  
Su gracia en mí tus ojos imprimían,  
Por eso me adamabas,  
Y en eso merecían  
Los míos adorar lo que en ti vían.

    No quieras despreciarme,  
Que si color moreno en mí hallaste,  
Ya bien puedes mirarme

Después que me miraste,  
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

## ESPOSO

La blanca palomica  
Al arca con el ramo se ha tornado,  
Y ya la tortolica  
Al socio deseado  
En las riberas verdes ha hallado.  
En soledad vivía,  
Y en soledad ha puesto ya su nido,  
Y en soledad la guía  
Á solas su querido,  
También en soledad de amor herido.

## ESPOSA

Gocémonos, Amado,  
Y vámonos á ver en tu hermosura  
Al monte y al collado,  
Do mana el agua pura;  
Entremos más adentro en la espesura.  
Y luego á las subidas  
Cavernas de las piedras nos iremos,  
Que están bien escondidas,  
Y allí nos entraremos,  
Y el mosto de granadas gustaremos.  
Allí me mostrarías  
Aquello que mi alma pretendía,  
Y luego me darías  
Allí tú, vida mía,  
Aquello que me diste el otro día.

El aspirar del aire,  
El canto de la dulce Filomena,  
El soto y su donaire,  
En la noche serena  
Con llama que consume y no da pena.  
Que nadie lo miraba,  
Aminada tampoco parecía,  
Y el cerco sosegaba,  
Y la caballería  
Á vista de las aguas descendía.

## Canciones.

---

### I

Si de mi baja suerte  
Las llamas del amor tan fuertes fuesen  
Que absorbiesen la muerte,  
Y tanto más creciesen  
Que las aguas del mar también ardiesen;  
Y si de ahí pasasen  
Tanto que las tres máquinas hinchasen,  
Y así las abrasasen,  
Y en sí las convirtiesen,  
Y todas ellas llamas de amor fuesen,  
No pienso que podría,  
Según la viva sed de amor que siento,  
Amar como querría;



Ni las llamas que cuento,  
Satisfacer mi sed por un momento.

Porque ellas comparadas  
Con aquel fuego eterno sin segundo,  
No son más abultadas  
Que un átomo en el mundo  
Ó que una sola gota en el profundo.

Mi corazón de cieno,  
Que no sufre calor ni permanece  
Más que la flor del heno,  
Que luego que florece  
El aire la marchita y envejece,  
¿Cómo jamás podría  
Arder tanto que suban sus veslumbres,  
Según él lo quería,  
Hasta las altas cumbres  
De aquel eterno Padre de las lumbres?

¡Oh mísero partido!  
Donde el amor tan cortos vuelos cría,  
Que vuelo tan subido  
No sólo nõ hacía  
Como aquel sumo amor lo merecía;  
Mas antes siente quellas  
Las fuerzas de su amor tan limitadas,  
Está tan falto dellas,  
Las plumas abajadas,  
Que apenas alza vuelo de asomadas.

Y si mi baja suerte  
Tal fuese que mis llamas levantase  
Hasta llegar á verte,  
Y allí las presentase  
Delante de mi Dios que las mirase;

Ó de su eterno fuego  
Con fuerzas abismales embestidas,  
Serían absortas luego,  
Absortas y embebidas  
Y ya en eterno fuego convertidas.  
El cual en sí morando,  
Y en sí sus mismas llamas convirtiendo,  
En su amor se abrasando,  
Las mías encendiendo,  
Haría estar del mismo amor ardiendo.  
Así se hartaría  
La profunda codicia de mi pecho,  
Porque allí se vería  
Absorta muy de hecho  
Con nudo bien estrecho y satisfecho.

## II

Mi Dios y mi Señor, tened memoria  
Que ha visto ya mi fe vuestra figura,  
Y que sin ella no hay para mí gloria.  
El día que os miré quedé de suerte,  
Que no habrá cosa ya que tanto pueda,  
Que un hora ni un momento me contente.  
De nada gusto ya, Dios de mi vida,  
Que toda mi alegría es contemplaros,  
Y lo que me la quita, es no gozaros.  
Si Vos queréis, mi Dios, aquesta ausencia,  
Tendré las ansias mías por consuelo  
El tiempo que viviere en este suelo.  
Nunca me durará contento alguno,

Sino es pensar, mi Dios, que podré veros  
Adonde nunca más tema perderos.

¡Cuándo será aquel día venturoso  
Que yo podré gozaros, gloria mía,  
Fuera de este cuerpo tan penoso!

Allí serán los gozos sin medida  
Que yo tendré de veros tan glorioso,  
Y eso será el contento de mi vida.

¡Oh! ¿Qué será vivir con Vos un día,  
Pues ahora padeciendo es tal consuelo?  
Llévame ya, Señor, á vuestro cielo.

Si el tiempo que viviése acrecentase  
En vuestro ser eterno alguna gloria,  
Es cierto no querría se acabase.

Aquel momento eterno de la gloria  
Dará fin á mi pena y desconsuelo,  
De suerte que no quede en mi memoria.

De no haberos servido estoy perdida,  
Tanto como ganada en conoceros;  
Ya quiero de hoy más siempre quererlos.

### III

Decid, cielos y tierra; decid, mares;  
Decid, montes y valles y collados;  
Decid, viñas y mieses y olivares;  
Decid, yerbas y flores; decid, prados;  
Decidme dónde está

Aquel que hermosura y ser os da.

Ángeles que mirándole gozáis,  
Ánimas que le amáis y poseéis,

Esposas que este Esposo deseáis,  
Y sus abrazos dulces pretendéis,  
Decidme dónde está

Aquel que hermosura y ser os da.

¡Ay! Nada me responde; todo calla,  
Porque callando Vos todo está mudo;  
Mi alma en sí le busca y no le halla,  
Mi corazón del todo está desnudo.

¡Ay, ay! Si se levanta en mí batalla,  
¿Quién será mi defensa, quién mi escudo?

¡Ay, gozo de mi alma y gloria mía!  
¿Cómo en tal ausencia habré buen día?

¡Ay! ¿Dónde os habéis ido, amado Esposo?

¿Por qué dejáis á solas al que os ama?

¿Dónde están vuestros rayos, sol hermoso?

¿Por qué habéis escondido vuestra llama?

Si tras el pecador andáis ansioso,

¿Por qué no respondéis al que os ama?

¿Por qué escondéis el rostro, dulce amigo?

¿Por qué me reputáis como enemigo?

¿Por qué sin me hablar quisisteis iros?

¿Por qué no me hablasteis al partir?

Muevan os, dulce Amado, los suspiros

Que envió hasta veros ya venir;

Ó venid ó me mandad poder seguiros,

Ó si no, me mandad, Señor, morir;

No me mandéis vivir sin tener vida;

No viva yo sin ver vuestra venida.

Si estáis, Amado mío, en las alturas,  
Dadme alas con que suba donde estáis;

Si moráis en las almas que son puras,

¿Por qué esta pobre alma no apuráis?

Si tenéis aposento en las criaturas,  
Mostradme en cuáles dellas reposáis;  
Dó está vuestro aposento, amor suave,  
Porque sin Vos el mundo no me cabe.

Aves que resonáis dulces canciones,  
Serpientes, animales y pescados,  
Decidme si sabéis adónde está  
Aquel que hermosura y ser os da.

## Canciones de la íntima unión del alma con Dios.

---

### I

¡Oh llama de amor viva,  
Que tiernamente hieres  
De mi alma en el más profundo centro!  
Pues ya no eres esquivada,  
Acaba ya, si quieres,  
Rompe la tela de este dulce encuentro.

### II

¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,  
Que á vida eterna sabe  
Y toda deuda paga!  
Matando, muerte en vida la has trocado.

## III

¡Oh lámparas de fuego,  
En cuyos resplandores  
Las profundas cavernas del sentido,  
Que estaba oscuro y ciego,  
Con extraños primores,  
Calor y luz dan junto á su querido!

## IV

¡Cuán manso y amoroso  
Recuerdas en mi seno,  
Donde secretamente solo moras,  
Y en tu aspirar sabroso  
De bien y gloria lleno,  
Cuán delicadamente me enamoras!

### Coplas del alma que pena por ver á Dios.

---

Vivo sin vivir en mí,  
Y de tal manera espero,  
Que muero porque no muero.  
En mí yo no vivo ya,  
Y sin Dios vivir no puedo;  
Pues sin Él y sin mí quedo,

Este vivir, ¿qué será?  
Mil muertes se me hará,  
Pues mi misma vida espero,  
Muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo  
Es privación de vivir;  
Y así, es continuo morir  
Hasta que viva contigo;  
Oye, mi Dios, lo que digo,  
Que esta vida no la quiero,  
Que muero porque no muero.

Estando ausente de Ti,  
¿Qué vida puedo tener,  
Sino muerte padecer,  
La mayor que nunca vi?  
Lástima tengo de mí,  
Pues de suerte persevero,  
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,  
Aun de alivio no carece,  
Que la muerte que padece,  
Al fin la muerte le vale;  
¿Qué muerte habrá que se iguale  
Á mi vivir lastimero,  
Pues si más vivo más muero?

Cuando me empiezo aliviar  
De verte en el Sacramento,  
Háceme más sentimiento  
El no te poder gozar;  
Todo es para más penar,  
Y mi mal es tan entero,  
Que muero porque no muero.

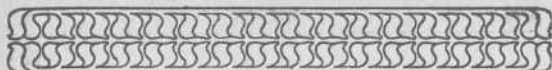
Y si me gozo, Señor,  
Con esperanza de verte,  
En ver que puedo perderte  
Se me dobla mi dolor,  
Viviendo en tanto pavor,  
Y esperando como espero,  
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,  
Mi Dios, y dame la vida;  
No me tengas impedida  
En este lazo tan fuerte;  
Mira que muero por verte,  
Y de tal manera espero,  
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,  
Y lamentaré mi vida  
En tanto que detenida  
Por mis pecados está.  
¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será  
Cuando yo diga de vero:  
Vivo ya porque no muero?

---





## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
I.—Sus padres y patria.—Nacimiento del Santo.—Su educación.....	5
II.—Primeras luchas del Santo contra el espíritu de las tinieblas.—Protección que le dispensó un noble caballero.—Recibe nuevos favores de la Santísima Virgen.	12
III.—Ejercítase el Santo en la oración y la penitencia, proponiéndose por modelo á Nuestro Señor Jesucristo.—Le es revelada su vocación.....	19
IV.—Toma el hábito de religioso carmelita.—Su noviciado y profesión.....	25
V.—Su espíritu de penitencia.—Sus estudios. Celebra su primera Misa.—Favor señalado que le concedió el Señor.....	31
VI.—Piensa entrar en la Cartuja.—Es presentado á Santa Teresa de Jesús.—Principio de la reforma de Carmelitas descalzos..	36
VII.—San Juan de la Cruz en Duruelo.—Cómo se fundó el primer convento de Carmelitas descalzos.—Penitencias y trabajos apostólicos del Santo.....	43
VIII.—Traslación del convento de Duruelo á Mancera.—Es nombrado el Santo Vicario de Pastrana y luego Rector de Al-	

	Págs.
calá.—Es nombrado confesor de las Carmelitas del convento de la Encarnación de Ávila.....	50
IX.—Favores espirituales que el Santo recibió del Señor mientras fué confesor de las religiosas del convento de la Encarnación.....	56
X.—Su poder sobre el demonio.—Triunfos que obtuvo sobre los espíritus malignos.....	62
XI.—Convierte á muchos pecadores.—Es tentado por el demonio, y le hace huir vergonzosamente.....	70
XII.—Persecución levantada contra el Santo por el espíritu de las tinieblas.—Prisiones que sufrió y castigos que le fueron impuestos.—Admirable resignación con que soportó estas pruebas.....	76
XIII.—En premio á su resignación, vuelve el Señor á consolarle en su prisión.—Le libra de ella la protección de la Santísima Virgen.....	83
XIV.—Pasa San Juan de la Cruz al convento del Calvario.—Ejemplos de virtud que en él dió.—Cura á un endemoniado.—Las monjas de Beas le toman por confesor.	93
XV.—Funda el Colegio de Baeza.—Muestra en él su gran devoción á la Santísima Trinidad.—Sus piadosas representaciones del Nacimiento de Jesús.—Sus ensayos de martirio.....	102
XVI.—Es trasladado á Granada.—Maravillas que obró en el gobierno de dicho convento.....	110

	<u>Págs.</u>
XVII.—Las virtudes de San Juan de la Cruz.—Su amor á Dios y su caridad para con el prójimo.....	115
XVIII.—Su profunda humildad.....	122
XIX.—Sus visitas á los conventos de la Orden.—Cómo viajaba el Santo.—Curación milagrosa.....	128
XX.—Una muestra del espíritu de mortificación y de la profunda humildad del Santo.—Más milagros.—Su dón de profecía y de penetración en los espíritus.....	134
XXI.—Pureza angelical de San Juan de la Cruz.—Sublimidad de su espíritu.....	142
XXII.—Su dirección espiritual en el convento de religiosas de Granada.—Su habilidad para expeler los espíritus malignos.—Cómo destruyó una aflagaza del demonio.....	148
XXIII.—Del gozo inalterable de su espíritu y de su paciencia y constancia en los trabajos y enfermedades.....	155
XXIV.—Varias fundaciones.—Tiene revelación de la proximidad de su muerte.....	160
XXV.—Es nuevamente elegido Definidor.—Penitencias á que se entregó para acabar de purificar su alma.....	167
XXVI.—Queda sin cargo alguno, y se retira al santuario de la Pafueta.—Pasa luego al convento de Úbeda.—Nuevas tribulaciones.....	173
XXVII.—Su última enfermedad.—Hechos prodigiosos y notables que se produjeron con ocasión de ella.....	180
XXVIII.—Preciosa muerte de San Juan de la Cruz.—	

---

	<u>Págs.</u>
Prodigios que inmediatamente la siguieron.—Sus funerales y entierro.....	187
XXIX.—Otros milagros con que el Señor manifestó la santidad de su siervo después de su muerte.....	195
XXX.—Otro prodigio junto al sepulcro del Santo.—Traslación secreta á Segovia de sus sagrados restos.—Protesta de la ciudad de Úbeda y composición del pleito que con tal motivo surgió.....	204
XXXI.—Apariciones del Santo en sus reliquias.—Conversiones y otros prodigios alcanzados por las mismas.....	212
XXXII.—Retrato del Santo.—Sus escritos.—Su culto y glorificación popular y canónica...	220
Poesías de San Juan de la Cruz.....	226

---





# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN X

Libros escritos sobre Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	523	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	3	Precio de adquisición.	»
Tabla .....	6	Valoración actual.....	»





523